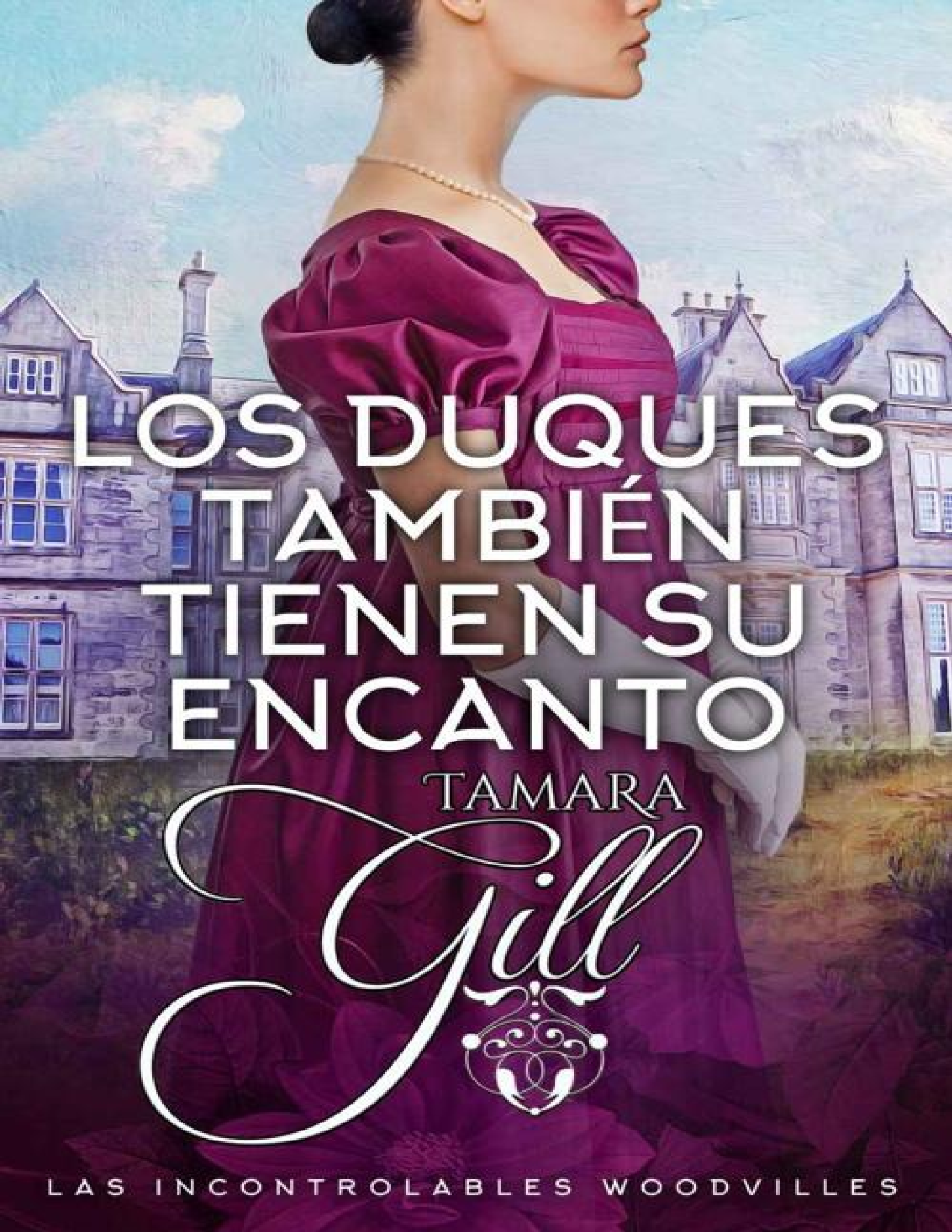

LOS DUQUES TAMBIÉN TIENEN SU ENCANTO
TAMARA
Gill
LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

LOS DUQUES TAMBIÉN TIENEN SU ENCANTO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Los Duques También Tienen su Encanto
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 4
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

No puede negarle nada... excepto quizás su corazón...

Ashley Woodville no pretendía causar ningún daño cuando irrumpió en la oficina de Grady Kolten. Solo era un reto de sus amigas. No se suponía que la atraparan. Y ciertamente no se suponía que convenciera al notorio dueño de la casa de juegos (y perturbadoramente atractivo canalla) para que le mostrara el lado más salvaje de Londres. ¿Enamorarse de él? Tampoco era parte del reto. Pero lo hizo de todos modos. Todo...

Grady no tiene interés en complacer los caprichos de una debutante aburrida (aunque admitidamente seductora). Pero la idea de que ella tropiece inadvertidamente con el peligro tampoco le sienta bien. Así que participará en sus ridículas escapadas y hará todo lo posible por mantener su distancia emocional. Debería ser fácil, considerando lo totalmente inadecuados que son. Lástima que no pueda recordar nada de eso cuando ella está en sus brazos...

Ella nunca ha encontrado un desafío que no aceptara. Pero, ¿serán los muros alrededor del corazón de Grady —y los oscuros secretos de su pasado— demasiado para que incluso la atrevida Ashley los conquiste?

CAPÍTULO UNO

Temporada londinense, 1808

ASHLEY MIRÓ por la ventana del carruaje y frunció el ceño, con el estómago revuelto y la cabeza dándole vueltas sobre lo que se suponía que debía hacer. Volvió la mirada hacia sus amigas sentadas frente a ella, cuyos ojos alegres y abiertos no le ofrecían ningún apoyo ni ayuda.

—No puedo hacer esto. ¡¿Y si me atrapan?! Si algún caballero que conoce a mi familia o me reconoce lo cuenta, estaré arruinada.

—Perdiste la apuesta —declaró Anna, lanzándole una mirada de desaprobación. Su amiga más cercana en Londres, Lady Anna, siempre estaba tramando algo y parecía salirse con la suya más a menudo que no. Probablemente porque era la hija de un conde, y nadie sospechaba que la dama fuera tan perversa como realmente era.

Pero Lady Anna no era tan inocente, y esta apuesta que Ashley había perdido con ella era prueba de ello. La tarea era imposible, por no mencionar peligrosa.

Gimió, mirando de nuevo hacia la calle oscurecida, viendo a varios caballeros entrar en el local unas casas más abajo en el callejón oscuro. Un club de juego para caballeros, o eso se suponía, según Anna, pero Ashley no estaba tan segura. Varias mujeres de dudosa ocupación habían entrado mientras estaban apostadas allí, y empezaba a pensar que era más que un lugar para que los hombres perdieran su dinero.

Su virginidad también, para aquellos que aún la conservaban.

—Si vas por la parte de atrás, habrá una entrada. Mi hermano me lo dijo durante una de sus noches de juerga cuando aún estaba borracho y me contó todo lo que hacía —Anna se rio—. Arriba, encontrarás la oficina y el escritorio de Grady Kolten. El bastardo del Duque de Blackhaven, o lo será cuando herede de su padre.

El nombre sonaba tan ominoso como este desafío. —Todo lo que tienes que hacer es tomar su pluma, y habrás cumplido lo que todas prometimos si alguna de nosotras perdía la apuesta. Lo cual —dijo, alzando una ceja y mirándola por encima de su nariz recta—, efectivamente hiciste.

—No creo que nuestra pequeña apuesta de cartas valga mi reputación. Si me atrapa, podría arrastrarme de vuelta a Mayfair de la oreja y arrojarme ante el duque. O peor, exigir que mi

cuñado pague para liberarme. Hay un millón de formas en que esto podría salir mal.

Ashley masticó el extremo de su guante, reconsiderando esta noche y sus tres amigas que la harían hacer tal cosa. Cómo deseaba que su mejor amiga de Grafton estuviera en la ciudad. Daphne sabría qué hacer.

—No arruines la noche —se quejó Paisley—. Yo tuve que robar la pluma del escritorio de Lady Jenkin, y tenía una punta dorada. Sin duda la echará de menos y exigirá respuestas a su personal.

—Tal vez deberías devolverla —intervino Caroline—. No queremos tomar nada de valor de estas personas. Especialmente porque esto es solo un juego.

—Vamos, Ashley. Ve por la parte de atrás, sube corriendo, toma la pluma y termina con esto. Estarás dentro y fuera en cinco minutos, y no nos iremos sin ti. Todo saldrá bien, confía en mí —dijo Anna, con una sonrisa de total inocencia.

Ashley suspiró, deslizando la capucha de su dominó sobre su cabeza y saltando del carruaje. Sus zapatillas de seda se humedecieron, y miró hacia abajo. El charco innombrable hizo que su noche fuera aún más repugnante.

Cerrando de golpe la puerta del carruaje y fulminando con la mirada a sus amigas, se dio la vuelta y comenzó a caminar por el callejón que corría junto al antro de juego. Al llegar al patio, pudo ver muchos palés de madera vacíos apilados ordenadamente alrededor de la valla. Botellas vacías de vino y cerveza apiladas en montones ordenados. Ciertamente consumían muchas bebidas en este lugar.

Se mantuvo en las sombras tanto como pudo antes de llegar a una puerta de madera maciza. Empujándola, rezó para que estuviera cerrada y su excursión terminara, pero sorprendentemente no lo estaba. Chirrió, el sonido como un tambor mientras se abría lentamente antes de que ella se deslizara a través y entrara en el infierno.

El sonido de hombres riendo, gritos de apuestas en las mesas de juego y música flotaba por el edificio, pero lo suficientemente lejos como para que esperara no ser vista. El pasillo era largo, y a mitad de camino, una escalera conducía al segundo piso. Comprobando que estaba sola, comenzó a subir las escaleras y llegó arriba para encontrar otro pasillo con habitaciones que daban a él.

¿Cuál sería la oficina de este Grady Kolten? Por un momento, se quedó allí, insegura de qué dirección tomar, antes de adivinar y dirigirse a la izquierda.

El piso de arriba estaba inquietantemente silencioso, y su estómago se revolvía de nervios. ¿Qué haría si alguien la atrapaba? ¿Qué haría si la persona que la encontrara husmeando fuera peligrosa y le causara daño?

Se quedó inmóvil cuando sonó el crujido de una tabla detrás de ella, y estaba a punto de huir de esta pesadilla de su propia creación cuando la sorprendente presión fría del metal contra su cuello detuvo incluso su corazón.

Oh, Dios mío, voy a morir.

—¿Buscas algo? —susurró una voz profunda y áspera contra su oído. No se atrevió a moverse mientras el pellizco de la hoja escocía. ¿La había cortado? ¿Cómo explicaría la marca a su familia? Si es que alguna vez los volvía a ver, claro está.

—Lo siento, señor. No pretendía hacer daño. Era solo una travesura, una apuesta. No debería estar aquí. No debería haber venido —balbuceó, cerrando la boca para detener el pánico que oía en su voz.

—Mmm —dijo él, quitando el cuchillo de su garganta y levantándola sobre su hombro como si no pesara más que un saco de harina. Entró a zancadas en una habitación con una ventana, un gran escritorio y varias paredes con estanterías, y cerró la puerta de golpe, bloqueando su escape. Ashley elevó una última plegaria a los cielos para intentar salir de este aprieto. Nunca debería haber escuchado a sus amigas. Nunca debería haber venido. Y ahora, moriría en el pozo negro del este de Londres, y su familia nunca sabría por qué.

Grady dejó caer a la mujer ligera como una pluma de su hombro, ignorando el dulce trasero que había agarrado para mantenerla estable, y la arrojó sobre el diván que estaba bajo la ventana de su oficina.

Se apartó, mirando a la señorita, y maldijo. Era una dama. Los pendientes de diamantes se lo decían, si la piel perfectamente inmaculada y los ojos claros no lo hacían. Tomó un respiro calmante, sin necesitar tal distracción. No esta noche, en cualquier caso. Tenía un antro de juego que dirigir, una vida que llevar. Una amante que complacer. No necesitaba que esta joven señorita arruinara sus planes depravados.

—¿Qué haces husmeando por mi infierno? ¿Acaso sabes dónde estás, señorita...? —preguntó, esperando que ella le diera su nombre.

Ella levantó la barbilla, dejando que la capucha cayera sobre sus hombros. Se arregló el cabello castaño oscuro, comprobando que los rizos estuvieran en su lugar mientras lo observaba con ojos demasiado grandes, demasiado perfectos para ser reales.

Maldición, la tonta era bonita.

—Soy Ashley, y lo que dije al conocerlo, señor, era cierto. Estoy aquí solo por diversión, un juego con mis amigas. Perdí una apuesta, así que me enviaron en una misión para robar la pluma de su escritorio. Ahora veo el error de mi proceder, así que si me disculpa, me marcharé.

Se puso de pie e intentó pasar junto a él, pero Grady la sujetó por los hombros, empujándola de vuelta al diván, sin estar aún dispuesto a dejarla ir. Hacía tiempo que no estaba cerca de una mujer tan hermosa de alto rango. Entrecerró los ojos, preguntándose quién sería realmente. No era solo Ashley nadie.

—¿Y su apellido, para poder informar a su familia de sus travesuras descarriadas de esta noche?

Sus ojos se abrieron de par en par, y ella se acercó a él, tomando sus manos y apretándolas con más fuerza de la que él creía que fuera capaz.

—Oh, no, no puede decírselo a mi familia. Me enviarán a casa, y estoy disfrutando tanto de

la temporada hasta ahora. Tengo muchos pretendientes, y aunque son tan jóvenes como yo, algunos son agradables y tienen potencial. Si me envían a casa, no tendré opciones para un marido, y eso nunca funcionará.

Los labios de Grady se crisparon, y se aclaró la garganta, recordándose que esta no era una situación divertida.

—Podrías haber sido violada y asesinada en esta parte de Londres. ¿Sabes lo peligroso que es para una mujer de tu posición haberse colado en un antro de juego? Este podría haber sido un lugar de mala reputación, y en este momento podrías estar bajo un hombre que te habría levantado las faldas, saciándose. ¿Pensaste en eso, Ashley? —le preguntó, ignorando la punzada de culpa cuando ella se estremeció ante sus palabras.

Pretendía ser cruel. Ella debía darse cuenta de lo peligroso que era estar aquí. La tonta podría haber vivido su última noche en la tierra, no solo en Londres. Podría haber terminado flotando boca abajo en el Támesis.

Y ahora él tenía que decidir qué hacer con ella, para que eso no sucediera.

CAPÍTULO
DOS

ASHLEY MIRÓ FIJAMENTE al coloso de hombre que supuso era Grady Kolten, pero su amiga lo había mencionado como el bastardo Duque de Blackhaven. Era un caballero entonces, y seguramente eso significaría que un poco de su crianza le impediría hacerle daño.

—¿En verdad eres el futuro Duque de Blackhaven? —le preguntó, su atención desviándose hacia sus hábitos de vestir poco refinados. El hombre era un enigma. Ciertamente no parecía un caballero. Su cabello necesitaba un buen corte, y había una sombra distintiva de barba incipiente en su mandíbula. Sin mencionar su ropa. Aunque limpia y respetable, ciertamente no estaba cortada por el mejor sastre de Londres, pero aun así, sus pantalones se ajustaban y abrazaban muy bien su forma.

El hombre era devastadoramente guapo, pero en realidad desprendía un aire de peligro. Un hombre con el que nunca se debía cruzar, la pequeña cicatriz en su pómulo izquierdo era prueba de ello.

Aunque podía haber nacido noble, no creía que siempre hubiera actuado como tal. Tuvo la impresión de que, sin importar cuán enojado estuviera por su presencia allí o cuán molesta fuera, no le haría daño. Podría regañarla, y merecidamente, pero nada más.

Él frunció el ceño, y ella vislumbró la dureza del tipo, un hombre que se ganaba la vida en los lados más sórdidos de Londres y no toleraba a los tontos.

—Aún no soy duque —dijo, frotándose la mandíbula, el sonido de la barba incipiente siendo acariciada era todo lo que ella podía oír.

—¿No asistes a la Temporada? —le preguntó, esperando un poco que el imponente, amenazador y absolutamente devastador caballero frente a ella pudiera rozar el suelo durante su año de presentación. Ciertamente haría que la Temporada, de otro modo mundana, ganara un poco de ligereza.

Él echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Ella suspiró, sin necesitar que él respondiera para saber lo que pensaba de esa idea.

Ashley miró alrededor de la habitación, sorprendida ahora que estaba derecha de lo cómodo y opulento que era el espacio. Nada como lo que había supuesto al llegar allí por primera vez. Había pensado que sería frío, sin comodidades y duro como el hombre mismo.

Esperó a que su diversión se apaciguara antes de molestarse en hacerle más preguntas.

—Vamos, te vas, y si te veo vagando por los pasillos de este infierno de nuevo, no te gustará el castigo, Ashley —dijo, tirando de ella hacia la puerta.

Ella se soltó de su agarre, levantando la barbilla. —Puedo irme sin tu ayuda. Tengo un carruaje esperando.

Él arqueó una ceja, dirigiéndose a la puerta y arrancando el abrigo del gancho de latón, deslizando sus brazos musculosos por las mangas y distrayéndola por un momento.

Ashley se lamió los labios resecos.

Lo siguió e ignoró el hecho de que no la esperara, sino que simplemente creyera que ella lo seguiría como un cachorrito. El hombre era exasperante. ¿Qué futuro duque no conocía los modales apropiados hacia una dama? Incluso uno que vivía la mayor parte de su tiempo en antros de juego.

—Si vas a ser duque, ¿qué eres ahora? ¿No tienen los hombres de tu clase un título de cortesía hasta que heredan?

Sus hombros se tensaron y negó con la cabeza. —Eres muy entrometida para ser una debutante. ¿Es por esto que aún no estás casada? ¿Ningún marido dispuesto a soportar tu incesante cháchara? Me irrita los oídos, si quieres saber la verdad.

Nunca en su vida le habían hablado con tan poco respeto, y lo fulminó con la mirada. —Tú también eres muy grosero, milord —dijo—. Solo intentaba iniciar una conversación.

Él se burló, comenzando a bajar las escaleras. —Dime quién eres, Ashley, y puede que sea sincero a cambio. No es que no tenga una idea...

—Una idea, milord. Por favor, ilústrame —dijo ella.

Él se detuvo en las escaleras, girándose, y su altura, incluso dos escalones por delante de ella, lo hacía aún más alto que ella. Su mente quedó en blanco por un momento sobre lo que estaban hablando. Se detuvo, casi chocando contra su pecho. Tan cerca de él, el aroma a sándalo y lavanda tentaba sus sentidos. Su atención se centró en sus labios, llenos y burlones mientras la miraba.

Ashley tragó saliva, el fondo de su estómago retorciéndose en deliciosos nudos. ¿Quién era este hombre? Tan misterioso, oscuro y amenazador. ¿Cómo podía una dama no verse afectada?

—La hija de un duque o algún par del reino, supongo. Una mujer acostumbrada a conseguir todo lo que desea sin pensar en los demás. Tu pequeña escapada aquí esta noche apesta a privilegio y estupidez. El pensamiento de que eres invencible y que nada malo te sucederá por quién eres. ¿Estoy en lo cierto?

Ashley se quedó boquiabierta antes de cerrar la boca de golpe y fulminarlo con la mirada por centésima vez. El hombre era imposible. —No soy de la nobleza como tú, milord. Mi padre es un caballero, de la alta burguesía, pero sin título. Creciendo con mis cuatro hermanas, compartí una doncella y conocía a todos los sirvientes por su nombre en la casa de mis padres. No creo que se pueda decir lo mismo de ti, futuro duque —dijo, sabiendo que su uso del título era

incorrecto, pero queriendo hacer hincapié en ello de todos modos. Especialmente porque el hombre se negaba a decirle su título actual y cómo se le conocía ahora.

Algo brilló en sus ojos verdes, respeto quizás, pero ciertamente desaprobación. —No tuve sirvientes mientras crecía, así que parece que ambos estamos equivocados, de cierta manera —añadió como si fuera una idea tardía.

Ashley no dijo una palabra más, simplemente lo siguió por la parte trasera del antro donde se encontraban los palés vacíos de bebidas. —¿Y ahora qué? —le preguntó—. ¿Me vas a dejar ir?

Él la agarró del brazo, arrastrándola por el callejón sombrío. —No. Te llevo a casa, y le diré a tu familia lo que hiciste esta noche. Ellos sabrán qué hacer con una rebelde como tú.

El corazón de Ashley flaqueó. No, no la enviarían a casa. El pagano no se saldría con la suya. Este era su tiempo en Londres, y que la condenaran si se lo perdía simplemente porque ella había superado a él y a su patética seguridad en el antro.

—Ni lo sueñes —dijo, zafándose de su agarre antes de correr como si el mismo diablo la persiguiera. Lo cual no estaba segura de que no fuera el caso.

CAPÍTULO
TRES

GRADY LE PERMITIÓ PENSAR que había escapado antes de que, con unos rápidos pasos, la alzara sobre su hombro por segunda vez. Se dirigió hacia el carruaje que esperaba en lo alto del callejón, mientras tres pares de ojos atemorizados lo miraban fijamente mientras avanzaba hacia ellos.

El cochero se tocó el sombrero a modo de saludo y Grady asintió en respuesta. —A Mayfair, por favor —dijo, abriendo la puerta del carruaje. Subió a Ashley al interior, ignorando su exclamación de indignación cuando su mano se deslizó por su pierna. La siguió de cerca, sentándose a su lado, más que consciente de su presencia.

Tomó un respiro para calmarse, acomodándose el abrigo y haciendo caso omiso de la reacción de su cuerpo ante la amenazante mocosa.

—Ustedes tres —gruñó, observando a las tres mujeres que lo miraban como si estuviera a punto de cortarles la cabeza de sus cuellos de cisne—. ¿Dónde residen en Mayfair? Las llevaré a cada una a su casa y espero no volver a verlas aquí. La próxima vez no seré tan complaciente.

Las tres chicas asintieron, murmurando sus direcciones, todas menos una. Ashley permanecía terca y callada a su lado. Su presencia hacía que su piel se erizara de conciencia, y su idea de llevarla a casa ahora parecía un error insensato.

El aroma a jazmín flotaba en el vehículo, y él respiró profundamente. Hacía tanto tiempo que no olía un aire tan dulce. Su infierno a menudo apestaba a sudor y sexo cuando sus clientes hacían uso de las damas que ejercían su oficio tras sus puertas.

Pero dentro del carruaje, el dulce aroma le hacía añorar cosas que había dejado de esperar hacía muchos años. Una por una, Grady le fue indicando al cochero las direcciones de las damas y las vio llegar sanas y salvas a sus hogares.

Se sentó frente a Ashley en Charles Street, en Mayfair, detenidos mientras ella seguía negándose a decirle dónde vivía.

—Por última vez, ¿dónde vives, Ashley? Quiero la dirección. Ahora —exigió, perdiendo la paciencia rápidamente; la amenazante mocosa lo empujaba más allá de su resistencia.

No podía culparla. El informar a sus padres de su paradero no acabaría bien para ella, y probablemente la enviarían de vuelta al campo para aprender la etiqueta adecuada.

Grady rechinó los dientes ante la idea de que ella se retirara tan lejos de la ciudad. Resentía el sentimiento que esto provocaba en su interior más que cualquier otra cosa.

—Por favor, no puede decirle a nadie lo que hice esta noche. Me enviarán lejos, y mi oportunidad de encontrar un matrimonio por amor como mis hermanas se habrá acabado. Por favor, solo lléveme a casa pero no confronte a mi familia. Prometo comportarme, y no participaré en más desafíos.

Las palabras de que se comportaría enviaron una descarga de lujuria a través de él. Ya era traviesa, y podría hacerla aún más con instrucción. La idea tenía mérito, pero no la entretendría más. No tenía tiempo para una debutante inocente. No cuando tenía una amante a la que podía fornicar cuando quisiera, sin más ataduras en ese arreglo.

Meditó sus palabras, reprimiendo la culpa que su mirada suplicante provocaba en su conciencia. —Si te permito volver a casa, me jurarás que nunca volverás a hacer una cosa tan idiota. Sin importar si pierdes amistades por esa promesa.

Ella asintió, varios mechones castaños cayendo de sus horquillas y acumulándose alrededor de sus hombros. Su mirada se deslizó hacia su cuello, el vestido de seda acentuando su amplio busto y su pequeña cintura.

La mocosa debería estar ya prometida. ¿Qué les pasaba a los hombres que no querían lo que tenían frente a ellos? Era tan hermosa, elegante e inteligente. Sus opiniones dadas con la cantidad justa de fervor.

Sus labios se curvaron. Ciertamente había hecho su noche, por lo demás aburrida, un poco más animada.

—Lo prometo, mi lord. Nunca volveré a hacer algo tan idiota. —Le lanzó una dulce sonrisa, y él entrecerró los ojos, preguntándose si decía lo que pensaba o si simplemente estaba diciendo lo que él quería oír para que la dejara libre. Para tener otra noche para causar estragos por la ciudad.

—Muy bien —cedió, recostándose en los cojines—. Y ahora me dirás dónde vives y quiénes son tus padres para que sepa a quién informar si te veo fuera de las zonas respetables de Londres una vez más.

—La residencia del Duque de Derby, Berkeley Square —le gritó al cochero del carruaje de alquiler. El chasquido del látigo y la sacudida del carruaje sacaron a Grady de su asombro.

—¿Cómo estás relacionada con Derby? —preguntó, sin haber esperado esa respuesta de ella, no después de su conversación anterior en el infierno.

Ella lo miró por encima de la nariz, expresando sin palabras lo que pensaba de su pregunta. —Derby es mi cuñado. Se casó con mi hermana mayor, Hailey. —Cruzó los brazos, la acción acentuando sus senos. Él realmente no necesitaba la distracción. Ella ya lo había desviado lo suficiente.

—¿En serio? Entonces eso te convertiría en una de las hermanas Woodville que están conquistando Londres. Se habla de ustedes incluso en mi infierno, lo cual no es común. Pero

razón de más para mantenerte alejada de él en el futuro o pagar el precio.

El carruaje dobló una esquina, y ella se estiró, agarrando las correas sobre la ventana con su mano enguantada. —Si se habla de nuestra familia, estoy segura de que solo son cosas buenas. No somos escandalosos como algunas personas que he tenido la desgracia de conocer.

Él se burló, incapaz de apartar los ojos de ella justo cuando el carruaje se detuvo bruscamente frente a una de las casas más grandiosas de Londres. —Que no te vuelva a ver, señorita Woodville —dijo, abriendo la puerta y haciéndole un gesto para que saliera.

Ella se movió hacia adelante en su asiento, metiendo la mano en su bolsillo. Grady sintió que su boca se abría ante la visión de lo que sostenía. Una nueva pluma ondeaba frente a su cara —su pluma— y la pequeña descarada tuvo la audacia de hacerle cosquillas en la nariz. Ella se rio, saltando del carruaje antes de que él pudiera alcanzarla.

—Buenas noches, mi lord, y gracias por su discreción. Espero con ansias no volver a verlo también. —Sonrió con aire de suficiencia, comenzando a atravesar las puertas hacia la puerta principal de la gran casa—. Gracias por la pluma —gritó por encima del hombro—. Nunca me gusta perder un desafío, y aún no lo he hecho. Ni siquiera esta noche.

Grady se sorprendió a sí mismo sonriendo. Intentó controlar sus facciones, desaprobar sus travesuras, pero no pudo. ¿Cómo podría alguien no estar encantado con la muchacha? Por exasperante que fuera.

Gritó instrucciones al cochero, aliviado cuando ella desapareció de su vista. Respiró hondo, mirando pero sin ver cómo Mayfair daba paso al East End. Todo lo que podía visualizar era una chiquilla de cabello castaño con un perverso sentido del humor y una boca hecha para el pecado.

Si tan solo siguiera siendo un caballero, quizás ella le habría dado motivos para asistir a una temporada. Desafortunadamente, ya no lo era.

Más tarde esa noche, Ashley yacía en la cama, mirando fijamente el oscuro techo, el roce de la pluma contra su rostro arrullándola hasta dormir. Esa velada había sido una de las más vigorizantes y, por momentos, aterradoras de su vida.

Conocer a Grady Kolten había sido un regalo inesperado. Era brusco, deslenguado y no tenía reparos en expresar sus opiniones, pero su atractivo hacía que todos los demás defectos se desvanecieran.

Cerró los ojos, imaginándolo. Qué lástima que no asistiría a los eventos de la temporada. A menos que...

Se incorporó, con la emoción palpitando en sus venas.

Su baile de presentación era en una semana, y aún había tiempo para enviar invitaciones. ¡Qué disparate sería invitarlo! ¿Vendría? Dudaba que lo hiciera, pero podía imaginar su diversión al recibir su invitación.

Él sabría que ella estaba pensando en él y en el tiempo que pasaron juntos, lo cual era cierto. Él había ocupado su mente constantemente desde que se marchó hacía varias horas, y no creía que dejara de pensar en él por algún tiempo.

Ashley suspiró, dejándose caer de nuevo sobre la cama. Si tan solo fuera un caballero, sus encuentros no tendrían que terminar. O bien, ella podría faltar a su palabra y buscarlo una vez más en su infierno.

¿La regañaría de nuevo? ¿Se sonrojaría y enfurecería, con el rostro encendido y devastadoramente apuesto como esta noche?

Ese plan tenía mérito. Después de todo, él no era su tutor ni su padre. Muy autoritario de su parte exigirle que hiciera todo lo que él decía. No era su jefe, y quizás necesitaba un recordatorio de ese hecho.

Y pronto.

CAPÍTULO
CUATRO

GRADY CAMINABA entre las mesas de juego de su infierno, deteniéndose para observar a los caballeros probar suerte contra la casa, lo cual, afortunadamente para él, a menudo resultaba infructuoso.

Una lástima que no pudiera decir lo mismo de su vida personal. La semana pasada había sido menos que satisfactoria, y sabía la razón. Los recuerdos de cierta bribona de cabello castaño invadían sus sueños y hacían su descanso casi imposible. Sin mencionar que se encontraba mirando al vacío y pensando en su ingenio en los momentos más inoportunos.

Se había despertado varias noches, duro y acalorado, con el sudor brotando a raudales. La mocosa atormentaba cada una de sus horas, e incluso ahora, observando cómo su club ganaba más dinero del que la mayoría de los hombres sueñan en toda una vida, lo único en lo que podía pensar era en ella.

La señorita Ashley Woodville.

La favorita de la alta sociedad, o eso había podido deducir de su visita a White's a principios de semana por primera vez en años, lo cual había causado bastante revuelo y muchas llamadas a la celebración.

No es que hubiera regresado a la sociedad o tuviera intención alguna de asistir a los eventos de la temporada. Simplemente quería escuchar cualquier chisme que pudiera obtener, y si alguna de esa información involucraba a Ashley Woodville, tanto mejor.

Pasó junto a una mesa de jugadores y observó a los participantes, uno en particular, Cedrik Marabel, el conde de Walsh. Los pelos de la nuca se le erizaron al ver al hombre. Al igual que su padre, el marqués de Gibson, Lord Walsh estaba cortado por la misma tela sucia y valía la pena mantenerlo a raya.

Sus palabras con el vizconde Fenton llegaron hasta él y sus pasos vacilaron para poder escuchar más.

—¿Asistirá usted al baile de presentación de la mocosa de Woodville? Es esta noche y seguramente será un evento de la temporada, ya que Derby lo organiza —afirmó Lord Walsh, arrojando más dinero sobre la mesa sin aprensión.

Lord Fenton asintió, sorbiendo su whisky y amasando el pecho de una ramera que se sentaba

en su regazo, meneándose con entusiasmo. —Sí, me dirijo allí después. Pensé que podría intentar cortejar a Lady Anna Bell. Es rica como Creso y bastante bonita.

—Muy cierto —declaró Lord Walsh, extendiendo la mano para tocar el pezón de Suzie y provocándole una risita—. Pero yo quiero a la misma señorita Woodville. Qué buen trasero tiene. Intenté llevármela a escondidas en un baile la otra noche, pero no quiso saber nada. Me dijo que me largara, si no le importa. —Lord Walsh sonrió con suficiencia—. Me hizo desearla aún más, y mi padre ha aprobado el enlace. Es una heredera, ¿sabe? Más rica que la mayoría de las damas de la alta sociedad.

Grady relajó las manos a los costados, negándose a entrar en una pelea a puñetazos con ninguno de los caballeros. No era tan puro y perfecto como para recriminarles sus acciones o palabras. Aun así, la idea de que la señorita Woodville se acercara a Lord Walsh o se convirtiera en su esposa le helaba la sangre. Estar cerca de Lord Walsh significaba que estaría cerca de su padre, el marqués de Gibson. Sobre su cadáver permitiría tal cosa.

—Probablemente deberíamos terminar aquí y marcharnos pronto. No quiero perderme nuestro tiempo cortejando a las damas. Dudo que alguna de ellas esté en el mercado matrimonial la próxima temporada, y debemos hacer nuestros movimientos mientras podamos.

—Muy cierto —declaró Lord Fenton, apurando su vino—. Pero primero, ¿deberíamos escoltar a Suzie arriba? Apagar el fuego entre nuestras piernas antes de bailar con las señoritas respetables. No queremos que una erección se interponga entre nuestras futuras novias y nosotros, ¿verdad?

Lord Walsh se rió, metiendo la mano entre las piernas de Suzie. Su gemido y su prisa por ponerse de pie revelaban su aprobación.

Grady se quedó a un lado, observándolos marcharse, y pensó en lo que debería hacer. Hacía varios días, había recibido una invitación para el baile de presentación de la señorita Ashley Woodville en Berkeley Square. Para su disgusto, había levantado el costoso pergamino hasta su nariz, aunque solo fuera para ver si el papel olía a jazmín, justo como Ashley.

No era así, pero se preguntaba si ella misma habría escrito la invitación. ¿Era la invitación una provocación, una burla para ver si caería en su trampa y asistiría?

Había tenido la intención de ignorarla, pero ahora no estaba tan seguro de que debiera hacerlo. No con la presencia de Lord Walsh y Fenton.

Ashley estaba de pie a un lado de la sala, sus tres hermanas, todas damas tituladas y casadas, a su lado, vigilándola como matronas que protegen a su polluelo de los libertinos de la alta sociedad.

Poco sabían ellas que ya se había encontrado con lo peor que la sociedad tenía para ofrecer, y lo encontraba absolutamente encantador. No es que supiera quién era al principio, pero su amiga Lady Anna Bell pronto la había informado de sus vínculos aristocráticos.

Grady Kolten, conde de Howley, no era quien esperaba encontrar cuando se coló en su casa de juego. Un golpe de suerte, si era honesta consigo misma. Ser atrapada podría haber sido

mucho peor si el hombre no hubiera sido un caballero en absoluto.

Sonrió y saludó a quienes pasaban por la línea de recepción. Esta noche era su baile de presentación, una celebración que su familia había planeado durante semanas. Ella también había estado esperando con ansias la velada, pero la noche sería más emocionante si una invitación en particular fuera aceptada.

¿Asistiría? ¿Vendría y conmocionaría a la alta sociedad con su reaparición?

Ashley suspiró, sabiendo que su deseo era solo eso. Un sueño que no se haría realidad. Él le había dicho que se comportara y no volviera a su club, y ella no lo había hecho. Su pequeña excursión al East End parecía haber asustado a sus amigas para que se comportaran más como las damas que habían nacido para ser, y ninguna de ellas había participado en otra apuesta desde entonces.

Ashley vio a su amiga Anna siendo invitada a bailar por Lord Fenton, y frunció el ceño. No le agradaba el hombre, aunque fuera un buen amigo de Lord Walsh. Había algo extraño en su señoría, como si fuera alguien en quien no se podía confiar.

—Veo que lord Walsh está aquí esta noche y se ve muy apuesto, en efecto —comentó su hermana Isla, señalando con un gesto hacia donde su señoría estaba de pie con varios caballeros.

—También lo veo —dijo Ashley, observando a su señoría. Era bastante agradable, suponía, siempre amable y considerado con ella. Pero podría elegir mejores amigos. Cada vez que estaba cerca de lord Fenton, tenía la impresión de que quería complacer y hacer todo lo que el vizconde deseara.

—Tal vez deberías reservar un baile para su señoría, ya que es uno de tus favoritos —mencionó Isla, dedicándole una pequeña sonrisa.

—No tengo favoritos, hermanas. No hagáis de casamenteras, por favor. Que todas vosotras hayáis encontrado el amor en vuestra primera temporada no significa que yo lo haga, y sabéis que no aceptaré nada menos. Incluso si eso significa que no me case durante dos o tres temporadas.

Hailey sonrió.

—No creo que te resulte difícil encontrar el amor. Hay un hombre en la alta sociedad con tu nombre escrito. Simplemente necesita darse a conocer.

El maestro de ceremonias anunció al siguiente invitado en llegar, y el corazón de Ashley se le subió a la garganta. Su atención voló hacia las puertas, y el calor se extendió desde sus mejillas hasta su cuello. No se atrevió a mirar hacia abajo, sabiendo que estaría manchada y roja.

Su atención se dirigió rápidamente a Anna, y pudo leer el miedo en el rostro de su amiga, sabiendo que era un reflejo del suyo propio.

¿Qué hacía él aquí?

¿Había venido después de todo?

Tragó saliva, maldiciéndose por tonta. Ella lo había invitado, por eso estaba aquí. Pero ¿qué haría ahora que estaba presente? Realmente debería haber pensado más en el asunto antes de

traer a un hombre que podría arruinarla y causar conflictos con su familia si pronunciaba una palabra sobre su atrevimiento. ¿Buscaría a su familia para contarles lo que había hecho? ¿Adónde había viajado? ¿Lo que había robado?

Como si sus agitados pensamientos sobre él hubieran atraído su atención, sus ojos se encontraron a través del mar de cabezas, y ella luchó por respirar, su corazón latiendo como mil tambores en sus oídos.

—¿Quién es ese, Ashley? —preguntó Hailey. Ashley pudo oír la incertidumbre en la voz de su hermana mayor.

Comprensible, también, ya que lord Howley vestía de negro, sin una pizca de ropa blanca en ninguna parte. Ni siquiera su camisa o su corbata. Todo lo que llevaba era tan negro como la noche.

O tan negro como su alma...

Ashley sabía que esto no era así, sin importar la reputación que pudiera tener. No la había tratado con crueldad cuando la encontró.

Te puso un cuchillo en el cuello...

Apartó ese pensamiento, sintiendo un nudo en el estómago cuando él comenzó a caminar hacia ella, su altura lo colocaba por encima de la mayoría de los asistentes.

Era como si el mismo diablo viniera a cobrarle, a obtener su pago por sus tratos con él, y ella estaba indefensa para detenerlo.

No es que deseara detenerlo en absoluto.

CAPÍTULO
CINCO

GRADY IGNORÓ los murmullos que acompañaban cada uno de sus pasos mientras buscaba a su presa y se dirigía hacia ella.

La señorita Woodville parecía una mujer a punto de enfrentarse a la guillotina, y él reprimió una sonrisa, sabiendo que ella no esperaba que asistiera esa noche.

Hizo una reverencia ante ella y sus tres hermanas, todas tan hermosas como la menor, que se erguía frente a ellas como una joya preciada lista para ser tomada.

—Señorita Woodville, gracias por la invitación. Espero que su baile haya sido agradable hasta ahora —dijo, sin haber entablado una conversación trivial en muchos años y preguntándose si sonaba tan falsa y anodina como le parecía a él mismo.

Ella hizo una graciosa reverencia, con el rubor en sus mejillas intensificándose. —Gracias por asistir, Lord Howley. —Hizo un gesto hacia sus hermanas—. Estas son mis hermanas. La duquesa de Derby, la vizcondesa Leigh y la marquesa de Chilsten.

Él volvió a inclinarse, ignorando las miradas estrechas y la inspección que cada hermana le dedicaba. Se preguntó qué veían y qué pensaban de él. No había estado en sociedad durante años. ¿Sabrían algo en absoluto?

Esperaba que no.

—Es usted más que bienvenido, Lord Howley, pero ¿cómo es que no se nos ha presentado antes? ¿Ha regresado recientemente a la ciudad? —le preguntó la vizcondesa Leigh, acercándose a Ashley y entrelazando su brazo con el de su hermana.

Así que la vizcondesa no confiaba en él. Mujer inteligente, y le agradaba aún más por ello.

—Resido en Londres, pero no asisto a los eventos de la alta sociedad.

—¿Nunca? —inquirió la duquesa de Derby, acercándose al otro lado de Ashley. Dos guardias que tendría que superar si quería hablar con la única mujer que lo había traído aquí.

Contuvo una sonrisa. —Nunca, Su Gracia. —No dio más explicaciones, y Ashley dio un paso adelante, rompiendo el silencio incómodo y el agarre de su hermana.

—¿Bailamos, Lord Howley?

—¡Ashley! —la reprendió su hermana, la marquesa de Chilsten—. Quizás su señoría no desee bailar. —Miró a los ojos de él, sonriendo un poco ante el atrevimiento de su hermana—.

Disculpe, milord. Mi hermana es nueva en la sociedad y sus reglas.

Él extendió su mano, deslizando la de la señorita Woodville en la suya. Era pequeña y delicada, y estaba cubierta de seda. Quería despojarla de esos suaves confines y sentirla. Deleitarse con su tacto.

Apartó ese pensamiento. ¿Qué le pasaba, actuando como si le importara? No era así. Simplemente estaba aquí para evitar que ella cometiera un error. Nada más.

—En cuanto a las reglas de la sociedad, yo también estoy oxidado, tanto tiempo he vivido sin ellas. Pero sería un honor bailar con usted, señorita Woodville —dijo.

Ella sonrió, lanzando una mirada triunfante por encima del hombro a sus hermanas, que parecían poco complacidas de dejarla salir con él. Sin embargo, cedieron, y él la escoltó a la pista de baile, uniéndose otras parejas a ellos en la Gavota.

—Así que vino, milord. No pensé que lo vería aquí. Creí que tendría que desobedecer sus órdenes y visitarlo en el garito de nuevo si deseaba otra conversación.

Él la atrajo hacia sí, moviéndose a través de los pasos de baile mientras la música flotaba por la sala. —No se atrevería, señorita Woodville. Se lo prohibí.

Ella se encogió de hombros, y su atención se dirigió al delicado hombro y al escote bajo de su vestido. Tomó un respiro calmante, al no haberla visto antes en todo su esplendor, con la luz parpadeante de las velas haciéndola parecer etérea y demasiado hermosa para describirla con palabras.

—Pensé que ya estaría comprometida a estas alturas. ¿No hay ningún caballero en la alta sociedad que haya cautivado su corazón aún? —la provocó, sus palabras más allá de lo aceptable.

No es que le importara. No había nadie que escuchara lo que decía.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, y miró a su alrededor, asegurándose de su privacidad. —No, milord. No hay nadie, al menos no todavía. Pero la temporada es joven, y tengo tiempo para hacer que un caballero se enamore de mí.

—Eso es cierto, señorita Woodville, y estoy seguro de que lo harán, siempre y cuando se comporte y no arruine su reputación visitando el East End de Londres como lo ha estado haciendo. Espero que haya dejado esas tonterías.

—Lo hemos hecho. —Asintió—. Desde que nos llevó a casa, no hemos participado en ninguna otra apuesta. Hemos aprendido la lección —dijo, con toda inocencia, y sin embargo sus ojos brillaban con alegría como si estuviera burlándose de él.

—No me mienta, señorita Woodville. Sería mejor que no pusiera en riesgo su reputación. Ninguna travesura vale una vida vivida en las sombras, donde incluso sus familiares y amigos son mal vistos si la visitan. —Él mismo conocía este hecho, tanto tiempo lo había vivido. Sin mencionar a su pobre madre, que había perdido todo lo que apreciaba, incluyendo a su esposo.

Ashley lo estudió un momento, preguntándose si Lord Howley había dicho más de lo debido en ese momento. ¿Había sucedido algo en su vida que lo había hecho desaparecer en las sombras

del East End y nunca aventurarse en la luz que era Mayfair durante la temporada?

—Habla usted como si tuviera experiencia, milord. —Quería preguntarle directamente. Hacer que le contara todos sus secretos. Él simplemente miró por encima de su cabeza como si no la hubiera escuchado.

—Veo que Lord Walsh y Lord Fenton parecen bastante interesados en su persona. No han apartado su atención de usted desde el momento en que le pedí bailar.

Ashley miró hacia un lado de la habitación y vio al conde y al vizconde observándola, los ojos del conde brillantes de interés. Sin embargo, podía prescindir de la evaluación del vizconde. Desde el primer momento en que la habían presentado al vizconde, había sentido como si usara a Lord Walsh para trabajar como una manada de lobos, rodeando a su presa y luego devorándola juntos. No bailaría con Lord Fenton si podía evitarlo.

—Esperemos que el interés de Lord Fenton disminuya en cualquier caso, milord —dijo, sin querer declarar abiertamente que esperaba que su señoría la dejara en paz.

—Fenton es un caballero elegible. Habría pensado que tu interés sería tan grande como el suyo —inquirió.

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño hacia él. Él le devolvió la mirada, la profundidad de sus ojos verdes —como esmeraldas brillantes en las que uno podría perderse— cautivándola. Era tan apuesto. Su mandíbula fuerte y nariz recta hablaban de su crianza aristocrática, pero ahí terminaba. Lord Howley podría ser de sangre noble, pero el peligro y la oscuridad flotaban alrededor de todo su ser, y tenía que admitir que eso lo hacía aún más interesante de tener cerca.

—En absoluto. Cuando encuentre al caballero con quien deseo casarme, él conocerá mi interés. No busco la atención de Lord Fenton, así que no le daré ninguna razón para buscar la mía.

—Puede que no tengas elección —dijo su señoría, con una elevación sardónica en sus labios.

Ashley se encogió de hombros. —Ese es su problema, no el mío, milord.

—¿Y encuentras a Lord Walsh aceptable? —preguntó, con los ojos entrecerrados mientras esperaba su respuesta.

—Es mucho más agradable que Fenton en cualquier caso. No veo razón por la que no pueda cortejarme.

—Hmm, probablemente deberías reconsiderarlo si estás buscando orientación.

Ella hizo una pausa, estudiándolo un momento, deleitándose de estar en sus brazos en un baile, bailando, cuando había pensado que no lo volvería a ver. —Te pediré orientación cuando y si la necesite, milord —dijo, haciendo una pausa—. Quizás ahora me dirás por qué estás presente. ¿Acaso tienes planes para mí y aceptaste mi invitación para declararte? —preguntó, incapaz de contener la sonrisa que se extendía por sus labios.

Su atención volvió rápidamente a ella antes de reír, apretando su agarre. —No, lo siento, señorita Woodville, pero mi interés en ti es solo curiosidad. Eso y asegurarme de que no volverás a visitarme en el infierno.

—El infierno era muy curioso. Deseo ver más de él —admitió, sabiendo que si Lord Howley no hubiera venido esta noche, habría vuelto a su infierno del juego para verlo de nuevo.

La idea de estar a solas con él la hizo estremecerse de conciencia. Era tan amenazante y diferente de los otros caballeros que había conocido antes. Deseaba que asistiera a más de estos eventos para poder verlo más. Intentar entender mejor a su señoría.

—Eso lo prohibí —dijo, con un tono de voz que no admitía discusión.

—Puedes prohibirlo todo lo que quieras, pero no soy tu esposa ni tu hermana, y puedo hacer lo que elija —respondió, sin que le gustara del todo que pensara que podía decirle qué hacer.

—No querrás que te atrape en mi infierno por segunda vez. Lo que dije antes es cierto. Puede que no sea tan complaciente la próxima vez.

Ella sonrió justo cuando el baile llegaba a su fin. —Bueno, milord. Ahora has hecho la posibilidad aún más tentadora. ¿Qué haré? —Se rió.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y por un momento, vislumbró al duro propietario del infierno del East End, no al caballero conde. —No harás eso —dijo, sacándola de la pista y llevándola a un pasaje oscuro.

CAPÍTULO
SEIS

GRADY ARRASTRÓ a Ashley hacia el oscuro pasillo, cerró la puerta tras ellos y se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso intentaba forzarse a sí mismo al matrimonio arrastrándola entre la multitud de invitados y desapareciendo con ella?

Ella lo miró fijamente, con una expresión de expectativa en su rostro, y él se apartó. Era demasiado tentador estar a solas con ella. —Debes regresar al baile ahora mismo. Traerte aquí fue un error. No tengo nada que decirte.

—Y aun así me trajiste a esta parte de la casa —comentó ella mientras deambulaba por el pasillo, observando varios cuadros en las paredes—. Debes haber querido discutir algo conmigo.

Se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el pecho, lo que elevó su amplio busto y distrajo su sentido común. Él apartó la mirada hacia su rostro y se esforzó por mantenerla allí.

—Una advertencia antes de irme. Mantente alejada de Lord Walsh y Fenton. No son buenos y no valen la pena. Busca a otro para casarte. No a ninguno de ellos.

Comenzó a alejarse por el pasillo, dejándola boquiabierta tras él. Oyó pasos apresurados y se estremeció, necesitando que ella se fuera. Vete ahora, antes de que los descubran a solas.

—Puedo entender lo de Fenton, pero ¿qué tiene de malo Lord Walsh? ¿Por qué no recomendarías a su señoría? ¿Acaso posees una moral tan elevada como para dar tal consejo? —Su tono sarcástico hizo que él ralentizara sus pasos.

Se detuvo pero no la miró. —Mi reputación diría lo contrario, pero te aseguro que ninguno de esos hombres te dará una vida que valga la pena o un matrimonio por amor como deseas. Me lo agradecerás por mi perspicacia algún día, tal vez no hoy, pero pronto.

Luego la dejó, dirigiéndose hacia el vestíbulo y saliendo por la puerta principal. Llamó a un coche de alquiler y, una vez acomodado en el sucio asiento, solo entonces suspiró aliviado.

Su piel hormigueaba y la sangre corría por sus venas. Grady tiró de su corbata, arrancándola de su cuello y desabrochando los botones de su camisa. Todo se sentía demasiado cálido, sofocante y restrictivo.

El carruaje retumbaba por las calles de Mayfair, y él miró hacia afuera, odiando la vida que los ricos y egoístas vivían dentro de las mansiones georgianas que lo rodeaban. Ninguno de ellos tenía idea de lo que era luchar. De cómo era la vida para aquellos rechazados por sus vidas

doradas.

Él sí lo sabía, sin embargo, y su padre era la causa de esa lucha. Su madre merecía mucho más, y cuando su padre muriera, entonces recuperaría todo lo que le pertenecía por nacimiento y daría toda la ayuda posible a quienes lo mantuvieron con vida, dándole la vida que ahora vivía.

Las calles de Mayfair quedaron atrás mientras el lado más sórdido de Londres aparecía a la vista. La zona era tan oscura y húmeda como dura y cruel. Y aun así, se sentía más como un hogar que la opulenta ubicación de Mayfair donde había dejado a Ashley Woodville mirándolo fijamente.

Su infierno era todo lo que tenía. Mantenía a su madre alimentada y vestida, y a él mismo también, y a sus muchos trabajadores. Pero si ese infierno le permitía ayudar a una ingenua chica del campo a no cometer un grave error, se aventuraría en la sociedad y la detendría de hacer algo de lo que se arrepentiría para siempre.

La chica ya había demostrado ser impulsiva y un poco ingenua. No descartaba que pudiera caer en palabras bonitas y falsas promesas y aceptar una propuesta de matrimonio de Walsh o Fenton.

Rechinó los dientes, odiando la idea de tal acto atroz. Ella sufriría si se casaba con cualquiera de ellos. Deseaba poder salvar a quien fuera la mujer que se casara con cualquiera de esos canallas, pero sabía que no podía ahuyentar a todas las mujeres. Alguna debutante se convertiría en la próxima condesa o vizcondesa, y solo podía esperar que sus vidas no fueran tan malas como suponía que serían.

El carruaje tardó varios minutos más hasta que se detuvo en la parte trasera de su infierno. Pagó generosamente al conductor y entró. Grady caminó hacia el frente del infierno, echando un vistazo al área de juego y notando que estaba casi lleno.

La vista lo hizo sonreír, y disfrutó ver a sus invitados haciendo uso del caro brandy y las comidas que ofrecían. Sin mencionar que varios caballeros parecían estar disfrutando de la compañía de damas invitadas. La noche sería rentable.

—Fuera hasta tarde esta noche, Grady. Espero no tener nada de qué preocuparme —susurró Maud, deslizando su mano por su pecho hasta sus pantalones. Él apartó su mano, sin querer que lo manoseara frente a su clientela.

—Esta noche no, amor. Ha sido una velada ocupada y pronto me iré a la cama.

Ella hizo un puchero, mirándolo fijamente, y él sabía que si lo deseaba, podría levantar sus faldas, incluso en el lugar público donde ahora estaban. No lo hizo. La idea de acostarse con su amante le dejó un sabor amargo en la boca. Quería dormir. Nada más.

—Podría acompañarte. Sabes que dormirás mejor cuando me tengas a tu lado.

Él le quitó los brazos de alrededor del cuello y dio un paso atrás. —Dije que esta noche no. —Grady volvió arriba y a su oficina. Abriendo la puerta con llave, entró y echó el cerrojo, sin querer ser interrumpido.

Se lavó los brazos y la cara durante varios minutos, se quitó la ropa y se metió en la cama,

tan desnudo como el día en que nació.

Suspiró, recostándose en su cómodo colchón, con el brazo detrás de la cabeza y pensamientos de una pícara de cabello oscuro atormentándolo. Soñaría con ella esta noche. Sabía que lo haría.

Maldita sea todo al infierno.

Estaba con él de nuevo, pero esta vez el vestido de seda que adornaba su dulce forma ya no estaba. Junto a su cama se erguía una diosa, pechos exuberantes y vientre esbelto, sus caderas se ensanchaban, ofreciéndole abundante bondad para tocar.

—¿Te gusta lo que ves, Grady?

Él la atrajo hacia sí, tirándola sobre su cama. Ella cayó sobre él, sus largos cabellos castaños haciéndole cosquillas en el pecho.

—Sí. —La hizo rodar debajo de él, besándola profundamente. Tan dulce, su lengua enredándose con la suya y dejando su miembro dolorido por la liberación. Besó su camino hacia abajo por su cuerpo, rindiendo homenaje a sus pechos, deleitándose con la sensación de sus ondulaciones, sus jadeos de placer y súplicas por más.

Le dio todo lo que ella quería, recorriendo su cuerpo. Su piel olía a jazmín, tan deliciosa que se le hacía agua la boca. Los suaves vellos de su monte de Venus le provocaban cosquillas en los sentidos.

Le separó las piernas. No había vergüenza ni pudor. La Ashley de sus sueños le permitía todas las libertades. Necesitaba saborearla y gimió cuando su néctar dulce y almizclado se posó en sus labios.

—Qué delicia —dijo, tomando su botón en la boca y succionando. Ella se arqueó debajo de él, sus dedos clavándose en su cabello. No podía saciarse de ella, lamió cada parte de su sexo, provocándola con la lengua, pero no era suficiente.

Se colocó encima de ella, mirando a la mujer que de alguna manera había capturado todo su interés, la única mujer que lo había arrastrado desde su parte de Londres hasta la de ella.

Ella envolvió sus caderas con las piernas, levantándose contra él, frotándose contra su hombría.

—Te deseo —suplicó, atrayéndolo para besarlo.

Él le dio lo que quería, bebió de su boca y frotó su sexo con su miembro.

Tan húmeda y lasciva. Incapaz de esperar un momento más, se alcanzó entre ellos, guiándose hacia su ardiente centro.

Ella se mordió el labio, un dulce gemido necesitado escapando de ella mientras él la penetraba en una larga y agonizante embestida.

—Sí, Grady. Ahora eres mío —suspiró, sus uñas arañando su espalda.

Y ella era suya. La embistió y la tomó con estocadas duras y decididas. Necesitando que supiera que era suya. Ahora le pertenecía. Nunca estaría con otro y ciertamente nunca se casaría con nadie más si él podía evitarlo.

La penetró con embestidas feroces. Tan dolorosamente cerca. Las piernas de ella se elevaron más, sus pies cruzándose sobre sus nalgas.

—Más, Grady —suplicó ella, con voz ronca y sin aliento.

Ahora estaba perdido en el frenesí de la pasión. Sus testículos se tensaron y su miembro se endureció aún más. Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre mientras las primeras contracciones de su liberación ondulaban alrededor de su miembro.

Era demasiado. Grady se corrió con fuerza, derramando su placer en ella con abandono.

Despertó sobresaltado, con la mano aferrada a su miembro y su semen sobre el estómago. Por un momento, se quedó allí tendido, respirando con dificultad mientras trataba de recuperarse de su sueño. Un sueño tan vívido y real que quería más.

La deseaba a ella.

Ashley Woodville.

Una mujer fuera de su alcance, excepto en sus sueños.

CAPÍTULO
SIETE

A PESAR de que Ashley le había dicho a Lord Howley que ella y sus amigas no participarían en más desafíos, la semana desde que él había asistido a su baile había pasado, y no hubo más avistamientos de él.

Fue idea de Lady Anna disfrazarse de hombres y viajar en coche de alquiler al garito de Lord Howley. Tenían más que suficiente dinero para disfrutar de una noche de juego, y habían estado en sociedad el tiempo suficiente como para saber jugar a las cartas y a los dados.

Sin mencionar que, con la ayuda de la doncella de Caroline, su vestimenta, abrigos superfinos, sombreros de copa, camisas y chalecos bordados parecían la viva imagen de un grupo de jóvenes en su primera noche en Londres.

—Pareces un hombre. La barba incipiente que tu doncella dibujó en tu rostro es perfecta, y mirándote, no puedo decir en absoluto que seas una mujer —dijo Paisley, sonriendo a Ashley.

Les había llevado horas prepararse, y cada una de ellas había dicho a sus tutores o padres que se quedarían en varias casas. Esto les permitía permanecer fuera hasta altas horas de la madrugada y era perfecto para su próxima aventura.

Los nervios revoloteaban en el estómago de Ashley, y se agarró el abdomen. ¿Qué diría Lord Howley si las reconociera? Se enfadaría, de eso tenía poca duda, pero al menos habían elegido su garito para su primera noche de juego. Podrían haber elegido cualquier otro y haberse puesto en mucho más peligro del que estaban.

Debería estar complacido de que confiaran lo suficiente en él con su plan.

Un pensamiento ilusorio. Las regañaría si reconociera a alguna de ellas, especialmente porque ella le había prometido que no participaría en más desafíos. Pero, ¿qué era la vida sin algo de diversión con amigos?

—Espero que todas podamos llevar a cabo esta farsa. Me preocupa que nos encontremos con personas que conozcamos —dijo Paisley, mordiéndose el labio.

—No nos reconocerán. Llevamos pelucas, y nuestros pechos están vendados y nuestros estómagos acolchados. No parecemos mujeres. Interpreta el papel de un hombre, y nadie te mirará dos veces —afirmó Lady Anna, asintiendo.

El carruaje se detuvo en lo alto del callejón donde se encontraba el garito de Lord Howley.

Saltaron y Ashley recordó no juguetear con su chaleco y pantalones. Estaba más cómoda que nunca, pero aun así, con tan poca ropa, se sentía desnuda y vulnerable.

Con un paso que esperaba pareciera masculino, se dirigieron por el callejón hacia donde la puerta del garito estaba entreabierta.

Sin cuestionamientos, entraron en el edificio, el hombre corpulento y alto en la puerta mirando a cada una de ellas con ojos entrecerrados.

Ashley se preguntó si las sospechaba, pero descartó la idea cuando nadie más en el garito se volvió siquiera para reconocer su llegada.

—Voy a dar una vuelta, a ver a qué juegos me puedo unir —dijo Ashley, moviéndose hacia el centro de la sala y tomando nota de a qué se estaba jugando.

Recordó fruncir el ceño y parecer lo menos femenina posible cuando los que sí miraron se fijaron en ella. Vio a varios caballeros que eran amigos de los maridos de sus hermanas, pero ninguno la identificó.

Suspiró aliviada, esperando que siguiera así. Ashley jugó varias rondas de whist e incluso participó en los dados, un juego nuevo para ella que no había jugado antes.

Habiendo ganado considerablemente más dinero del que había entrado, Ashley pidió una copa de vino del Rin, otra bebida que no había probado antes, y se quedó de pie cerca de un lado de la sala, observando jugar a los caballeros.

Los pelos de la nuca se le erizaron, y miró hacia el rellano del primer piso, y el aliento se le cortó en los pulmones.

Allí estaba Grady Kolten, el Conde de Howley, observando la sala tal como ella lo hacía ahora. Se apoyaba en la balaustrada, con una mujer a su lado cuyo vestido dejaba poco a la imaginación.

La molestia se acumuló en su estómago, y miró con furia a la mujer. ¿Era esa su amante? ¿Tenía una amante después de todo? No le había preguntado tal cosa, pero se daba por sentado que probablemente la tenía. ¿Qué hombre de su empleo y estatus, sin mencionar su aspecto, no tenía una mujer para calentar su cama?

Bebió un sorbo de su bebida y tragó con fuerza cuando los ojos de él se fijaron en los suyos. La clavó en el sitio, y ella apartó la mirada, esperando que él no percibiera su nerviosismo.

¿Por qué lo había mirado siquiera? ¿Y si la había reconocido?

Ashley se contuvo de ajustar su peluca corta, el cabello rubio opuesto a su castaño y que esperaba la ayudara aún más a evitar que la reconocieran.

Lord Howley se apartó de la barandilla y comenzó a bajar las escaleras. Ashley contuvo la respiración cuando él llegó a la planta baja antes de caminar en dirección opuesta a donde ella estaba.

Como si le hubieran quitado un peso de los hombros, se apoyó contra la pared para disfrutar de su bebida y de haber burlado al hombre. Cómo se burlaría de él por no haberla visto allí cuando la había advertido que no fuera.

O quizás no. Estaría terriblemente enfadado y, viendo a algunos de sus clientes, con razón.

Vio a sus amigas, cada una de ellas holgazaneando en sus mesas de juego, interpretando perfectamente a los falsos caballeros de los que iban vestidas. Ashley calculó cuánto tiempo llevaban allí y supo que su tiempo se estaba acabando, que deberían volver pronto a casa, para que no se descubriera su mentira. Terminaría su cerveza y luego se iría.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Ashley dejó escapar un chillido agudo que atrajo algunas miradas extrañas antes de controlar sus facciones y volverse hacia el furioso Grady Kolten, que se erguía sobre ella como un pilar de la muerte.

Levantó su cerveza, señalándola. —Tomando una copa —logró decir antes de que una expresión de absoluta incredulidad cruzara el rostro de él.

—A mi despacho. Ahora —le advirtió, pasando junto a ella y derramando una pequeña porción de su bebida sobre su chaleco.

Ella se burló, pero pensó que era mejor no ir en contra de sus deseos y lo siguió escaleras arriba como le había ordenado. Se sentía como si caminara hacia su muerte, y no dudaba que tal vez lo estuviera haciendo.

Grady caminaba de un lado a otro en su despacho, incapaz de creer que había visto a la señorita Woodville de pie a un lado de su infierno de juego, con una copa en la mano y disfrutando de las partidas que se desarrollaban frente a ella.

La reconoció de inmediato y esperaba que otros no lo hubieran hecho. Incluso con su peluca de color claro que parecía tan falsa como el hecho de que era una mujer fingiendo ser un hombre.

Se acercó a la licorera de whisky y se sirvió una gran copa, bebiéndola de un trago justo cuando ese pequeño problema entró en su despacho y cerró la puerta silenciosamente tras ella.

No dijo ni una palabra. Inteligente, considerando que él no estaba seguro de si deseaba gritarle por lo estúpido de sus acciones.

—¿En qué estás pensando al volver aquí? Especialmente cuando te dije que te mantuvieras alejada.

Ella levantó el mentón desafiante, mirándolo por encima de la nariz, a pesar de que era un buen pie más baja que él.

—Nos aburrimos y decidimos hacer más retos. Como no nos delataste la última vez ni nos asesinaste, pensamos que tu infierno era tan bueno como cualquier otro para probar nuestra suerte. Hasta ahora, además, no nos han descubierto —cruzó los brazos, y la atención de él se desvió hacia sus pechos, o la falta de ellos.

¿Se los había vendado? Gruñó ante la idea de desenvolverla como un regalo.

—Si crees que voy a permitir este desprecio por tu seguridad y la de tus amigas, estás equivocada. Le contaré a Derby sobre tu salida, y serás enviada de vuelta a donde sea que hayas venido, y buen viaje.

Ella se estremeció ante sus palabras, y él hizo a un lado cualquier sentimiento de culpa por

hablarle tan duramente. La mocosa necesitaba aprender antes de que terminara muerta.

Sus palabras parecieron sacarla de su postura obstinada, pero se equivocaba si esperaba que ella le suplicara esta vez. En su lugar, se encogió de hombros, su absurda peluca no disimulaba en lo más mínimo sus pómulos altos o la forma femenina de sus labios.

Era bonita, incluso con el cabello tan corto como el de algunos deshollinadores.

—No harás tal cosa —le respondió, el contoneo de sus caderas al acercarse a él lo distrajo por un momento.

—¿Y por qué no? —preguntó, cruzando los brazos, necesitando más que nunca esa barrera entre ellos. Era demasiado desobediente para una mocosa de su crianza, y por Dios, él adoraba eso.

—Si me envías lejos, ¿cómo te divertirán mis visitas? —dijo, con toda inocencia—. Admítelo, hasta que me colé en tu infierno, tu vida era tan tediosa como la mía. Pero hay una solución, y creo que te gustará —dijo, apoyándose en su escritorio junto a él como si fuera la dueña del lugar.

—¿En serio? —dijo arrastrando las palabras—. Cuéntame.

Ella le sonrió, su dulce rostro haciendo que se le cortara la respiración. —Mis excursiones por Londres, de día y de noche, serían mucho más seguras si tuviera un acompañante, y creo que he encontrado al caballero perfecto para mis escapadas.

—¿Quién? —preguntó, esperando que no dijera Lord Walsh.

Su sonrisa nunca vaciló. —Tú.

CAPÍTULO
OCHO

—¡ABSOLUTAMENTE no! ¿Estás loca? —le gritó, moviéndose para pararse cerca de la chimenea en su despacho.

Ashley se encogió de hombros, sin moverse de su lugar apoyada en el escritorio de él.

—Es la solución perfecta a mi problema. Quiero ver más de Londres, no solo la parte brillante y bonita de la que he sido testigo hasta ahora. Y, bueno, tú vives en una zona menos favorable pero conoces los límites para mantenerse a salvo que yo desconozco. Con tu ayuda y compañía, dejaré de hacer apuestas y simplemente te pediré que me acompañes.

Él la miró como si fuera una especie de simplona.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó, pasándose una mano por el pelo. La acción lo dejó con un aspecto desaliñado, y el calor besó las mejillas de Ashley. Se apartó del escritorio, dirigiéndose a la licorera de whisky y sirviéndose un vaso, con la boca seca.

Bebió un sorbo, tosió y luego bebió otro sorbo.

—Deseo ir a todos los lugares a los que estés dispuesto a llevarme. Me encantaría ver el interior de White's si eres miembro. Como sabes, no se permite la entrada a las mujeres. Una regla absurda que debería ser abolida.

Sus labios se contrajeron, pero no dijo ni una palabra, simplemente entrecerró los ojos. ¿Significaba eso que al menos estaba considerando lo que le pedía? Ella esperaba que así fuera.

—Me gustaría ver cómo sobrevive la otra mitad de Londres. Aunque esa vida no sea tan bonita y segura como la mía. Quiero ver el mundo tal como es, no solo los resplandecientes salones de baile. —Se acercó a él, mirándolo a los ojos—. Soy una heredera, ¿sabes?, y cuando me case, siempre que sea con un hombre que me ame, podré hacer lo que quiera.

Sus ojos se abrieron antes de preguntar:

—¿Y qué quieres hacer? ¿No desean todas las jóvenes de buena cuna tocar el pianoforte y bordar cojines, montar a caballo y asistir a fiestas de té?

Ashley puso los ojos en blanco. El hombre estaba claramente mal informado. Ninguna mujer podría querer hacer solo tareas tan insignificantes como las que él enumeraba. Tal vida no serviría en absoluto.

—Quiero ayudar a los menos afortunados que yo. Quiero ayudar a los niños huérfanos de

Londres. Darles un futuro mejor del que empezaron. Encontrarles empleo cuando sean lo suficientemente mayores y con algo de educación, y asegurarme de que hasta que sean capaces, tengan vivienda y ropa para darles el mejor comienzo posible.

—Quiero estar informada y saber a qué se refiere la gente cuando habla de las cosas. De hecho, quiero hablar de todo. Nadie habla de nada importante. Fue una de las razones por las que mis amigas y yo comenzamos nuestro pequeño juego. Era mucho más divertido que ir de baile en baile, que a menudo era más aburrido que estar en casa frente al fuego.

—Una idea honorable, sin duda, pero poco probable que ocurra si te casas con Lord Walsh.

Ella desechó sus palabras con un gesto.

—No quiero hablar de Lord Walsh ni de ninguno de los jóvenes que me cortejan esta temporada. Quiero saber si me acompañarás a donde yo quiera, y eso incluye hospicios y White's, Vauxhall cuando lo desee, y que no te quejes cuando lo hagas. Y si me ayudas, Lord Howley, no volveré a visitarte aquí. Lo prometo —dijo, cruzándose el pecho con la mano.

—Creo que sería más fácil para mí decírselo a Derby y acabar contigo.

—¿Realmente deseas deshacerte de mí? —preguntó, dándole su mejor mirada coqueta, esperando que no fuera ese el caso.

Sus ojos brillaron con algo que ella no entendió antes de que parpadeara y desapareciera. Suspiró, mirando al techo, como si deseara una intervención divina.

No recibiría ninguna desde arriba.

—Muy bien, te llevaré a los lugares que deseas visitar, pero tendrás que vestirte como un hombre para poder hacerlo. ¿Puedes cambiarte a ese atuendo —dijo, señalando su persona— y salir a escondidas de la residencia ducal sin que te atrapen?

—Creo que sí, pero una idea aún mejor sería que me cambiara aquí. Tendría que visitarte de nuevo, pero puedo ponerme la peluca en el carruaje antes de llegar para que nadie descubra mi identidad.

—Así que ya estás faltando a tu palabra de no volver a visitar este lugar.

Ella le dio la sonrisa más dulce que pudo convocar, que por su semblante poco complacido no pareció funcionar como ella quería.

—No realmente. No entraría por la puerta principal como esta noche. Me escabulliría por la parte de atrás.

Su señoría negó con la cabeza, con incredulidad cruzando sus facciones.

—Así que la única manera de mantenerte a salvo es hacer lo que quieres. ¿Qué gano yo si te ayudo, señorita Woodville? —preguntó.

Ashley se bebió su whisky y le entregó el vaso.

—El placer de mi compañía, milord —dijo, saliendo de la habitación, incapaz de contener la sonrisa en sus labios.

No era un hombre malo. La ayudaría, y qué diversión habría. Ahora solo necesitaba decidir adónde ir y cuándo.

Los días siguientes, Ashley los pasó en casa clasificando la ropa de Derby que estaba en baúles acumulando polvo en el ático. Abrigos de superfino y maravillosos chalecos bordados que había encargado cuando era más joven parecían perfectos para una mujer de su talla.

Tenía varios conjuntos, todos doblados y ordenados en el fondo de su baúl de viaje que estaba guardado en su vestidor.

Ashley asistió a varios bailes y una cena en casa de Lady Shaw como se esperaba las siguientes noches, y aunque las veladas fueron agradables, su mente no dejaba de pensar en su primera salida con el Conde de Howley.

Grady Kolten.

¿Le permitiría llamarlo por su nombre de pila si iban a ser amigos? O quizás preferiría que lo llamara Howley.

Estaba sentada en el salón, su hermana Hailey tejiendo botitas blancas para su futuro hijo. La duquesa había anunciado que tendría un hijo antes de que terminara el año.

Ashley se alegraba por ella. Hailey prácticamente resplandecía mientras tejía, probablemente perdida en pensamientos sobre la feliz familia que tendrían antes de Navidad.

—Creo que me quedaré en casa esta noche si no te importa, hermana. Hemos estado tan ocupadas asistiendo a eventos en Londres que siento que necesito un día o dos en casa. ¿Te decepcionaría asistir al baile de esta noche sin mí? —preguntó Ashley, prefiriendo no fingir un dolor de cabeza o de garganta para librarse del entretenimiento nocturno. No quería que nadie la rondara o se quedara para hacerle compañía mientras fingía recuperarse.

Hailey dejó su tejido en el regazo con un ceño de preocupación.

—¿Ocurre algo, querida? ¿No te encuentras bien? ¿Quieres que llame al médico para que te examine?

Ashley descartó su preocupación con un gesto, inclinándose para servirse una taza fresca de té.

—En absoluto. No pasa nada. Simplemente estoy cansada y deseo acostarme temprano —mintió, reprimiendo la culpa por mentir a su querida hermana.

—Podemos cancelar lo de esta noche. Sé que a Derby no le importaría. Últimamente no es muy aficionado a los bailes y fiestas —dijo Hailey, acariciándose el pequeño vientre.

Ashley sonrió, bebiendo el té caliente.

—Sé que no lo es, pero no estoy enferma. Simplemente no deseo ir. Necesito un día o dos en casa, eso es todo. No hace falta que nadie me vigile. Estaré perfectamente bien aquí con los sirvientes. Y, en cualquier caso, me acostaré temprano. Siento que lo necesito —dijo, sonriendo a su hermana, que continuaba estudiándola como si intentara averiguar si hablaba en serio o no.

—Bueno... si estás segura. El baile está a la vuelta de la esquina de esta casa, a poca distancia a pie, como sabes. No estaremos lejos si necesitas que volvamos a casa.

—Lo sé, y te lo agradezco —respondió.

—Lord Walsh se sentirá decepcionado de que no asistas. Parece ansioso por cortejarte. —

Hailey alzó la mirada, encontrándose con sus ojos—. ¿Apunta tu interés en la misma dirección que Lord Walsh?

Ashley pensó en su señoría, apuesto pero demasiado influenciado por Lord Fenton para su gusto. El hombre necesitaba formar algunas opiniones propias para resultar interesante.

Sin mencionar que el pensamiento de cualquiera de los hombres que la habían cortejado anteriormente parecía palidecer en insignificancia ahora que conocía a Lord Howley. ¿Cómo podría dejar de pensar en el hombre para poder formarse una opinión sobre otros que buscaban una esposa tanto como ella buscaba un marido?

Estaba segura de que Lord Howley, dueño de un antro y con una amante, no quería una esposa ni un futuro con hijos. Parecía más que satisfecho de permanecer soltero como estaba. Una esposa solo sería una complicación que no buscaba.

Necesitaba recordar eso cada vez que su corazón daba un vuelco al verlo. Él no era para ella. En realidad, era un marginado de la sociedad, un hombre que ya no formaba parte de la alta sociedad a menos que uno asistiera a su antro de juego en el East End de Londres.

No era para ella, y aunque en secreto deseara que no fuera así, él no cambiaría por ella, y ella no esperaba que lo hiciera.

CAPÍTULO
NUEVE

GRADY CAMINABA de un lado a otro por el pasillo fuera de su despacho, las visiones de lo que estaba sucediendo en su habitación en ese mismo momento atormentaban su mente, haciendo imposible quedarse quieto.

Ashley Woodville sería su muerte. Si no por su deseo hacia la entrometida bribona, entonces por su familia, que querría su cabeza en una pica después de que descubrieran lo que estaba haciendo con ella.

—¿Y estás seguro de que no estaremos en un palco alquilado con los otros ricachones? Quiero estar en el patio del teatro. Parece un lugar mucho más divertido para estar cuando estuve allí la última vez —llamó ella desde su habitación, su voz amortiguada a través de la puerta.

—Oh, ¿en serio? ¿Y por qué es eso? —No es que él, en realidad, quisiera saber su razonamiento.

—Todos los dandis parecen acumularse allí, y los que están en el patio parecen reír y disfrutar la noche mucho más de lo que yo lo he hecho —afirmó.

Todo cierto. El patio era un lugar para el entretenimiento, encontrarse con amigos y abuchear a los actores en el escenario.

—Tengo un palco, señorita Woodville, pero si desea sentarse en las gradas altas, tendrá que asistir con uno de sus amigos o Derby. Yo no lo uso. —Y tampoco le diría la razón por la que no lo hacía.

—De ninguna manera, mi lord. —Se quedó callada un momento, más ruido de movimiento —. Casi termino —gritó desde dentro de la habitación.

Él negó con la cabeza, pasándose las manos por el pelo. Caminó hasta el final del pasillo y miró por la pequeña ventana que daba a la entrada trasera del infierno. Algunos de sus hombres descargaban un carro con productos frescos, llevándolos a las cocinas ubicadas en el sótano del local.

Volvió a la puerta y llamó. —Vamos, llegaremos tarde si no te das prisa —gritó, luchando contra el impulso de mirar por el ojo de la cerradura como un desesperado. ¿La vería vendándose los pechos? Cómo había hecho desaparecer su amplio busto era un misterio que le encantaría resolver.

—Puedes entrar. Solo estoy atándome los cordones de las botas —explicó ella.

Grady abrió la puerta y fue presa del deseo por la mocosa. Estaba vestida como un hombre, sus ropas más finas que las de él. Y con razón, ya que las había robado a su cuñado ducal. Pero su cabello estaba suelto, sus largos rizos cubriendo sus hombros. Devoró la visión de ella. Piernas encantadoras y esbeltas y un trasero delicioso que se ajustaba perfectamente a sus pantalones. Sabía que había generosos pechos debajo de su camisa. Aplanados. El conocimiento y el pensamiento de desenvolverla hacía doloroso mirarla.

—Ponte tu peluca y vámonos. Te perderás la escena de apertura si no nos vamos ahora —ladró, con un tono formado por la frustración.

Rápidamente se trenzó el cabello y lo deslizó bajo una peluca rubia corta que sacó de una valija cercana. Dio una vuelta frente a él, claramente complacida con su transformación. —¿Qué te parece? ¿Crees que pasaré por un hombre? —preguntó, sonriendo.

Grady gimió. —Si vuelves a dar vueltas así, no engañarás a nadie con tu pretensión. —Salió de la habitación y bajó por el pasaje, sin molestarse en esperarla.

Ella se apresuró tras él, alcanzándolo justo cuando llegaban a la puerta trasera. —Gracias por hacer esto, mi lord. Realmente lo aprecio.

Él se dirigió a su carruaje, subiendo sin molestarse en ayudarla a precederlo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos mientras él se acomodaba en los asientos. —Sube, Ashley. Eres un hombre, ¿recuerdas? No esperes que te ayude a subir al carruaje o que saltes primero. Te delatarás ante mi personal antes de que siquiera lleguemos al teatro.

Sus palabras parecieron sacarla de su trance aturdido, y se abalanzó dentro del carruaje cuando este se puso en marcha antes de que ella hubiera tomado asiento. Su trasero aterrizó en su regazo, sus deliciosas curvas tentándolo, y él la agarró por la cintura, tomándose un momento para disfrutarla en sus brazos antes de sentarla en el asiento frente a él.

—Intenta no ser vista en mi regazo tampoco, Ashley. No soy conocido como un hombre que prefiere a los de su propio sexo.

Sus ojos se agrandaron, y lo miró fijamente, claramente contemplando la idea. —¿Existen tales ocurrencias? —le preguntó.

Él cerró los ojos, rogando por paciencia. —Sí, para ambos sexos, y eso es todo lo que voy a decirle a tus delicados y protegidos oídos al respecto.

Ella hizo un puchero, y él frunció el ceño. —Y no pongas esa cara tampoco. Estás actuando demasiado femenina. Te descubrirán, y entonces me retarán a un duelo. Y si no te importa, no quiero morir simplemente porque me manipulaste para ayudarte a cumplir este sueño alocado tuyo de ver el 'Londres Real'.

—Bien —dijo ella, sus labios adelgazándose en una línea de disgusto—. Lo haré mejor incluso cuando no estemos en público. —Miró por la ventana un momento—. ¿Cómo me llamarás? Probablemente debería tener un nombre ya que la gente puede preguntarte.

Todo cierto, y algo en lo que había estado pensando las últimas dos noches que no se habían

visto. —Creo que Ash para tu nombre de pila irá bien, y es más probable que respondas a eso en lugar de llamarte por algún nombre diferente al azar. Pero en cuanto a tu apellido, creo que tomarás el apellido de soltera de mi madre, Renolds.

—Así que seré tu primo entonces, visitando Londres, deberíamos decir —sugirió ella—. Qué divertido será. Una adorable reunión familiar.

—Excepto que no estamos emparentados —dijo él con voz arrastrada. ¿Siempre estaba tan feliz y emocionada por todo? No estaba tan seguro de que estar rodeado de todo este sol fuera bueno para él. Prefería las sombras oscuras de Londres, no el calor y la luz que la señorita Woodville traía consigo.

Ashley subió los escalones del Theatre Royal junto a Lord Howley. —Supongo que debería llamarte Howley ya que somos primos. ¿O podrías darme permiso para llamarte Grady? —sugirió, sonriendo hacia él y recibiendo una mirada fulminante a cambio.

El hombre era tan gruñón pero bastante dulce, sin importar cuán malhumorado estuviera por ayudarla a ver el Londres que la gente de su clase rara vez contemplaba.

Esto era bueno para ella, y le daría una apreciación por lo que tenía mientras también sabía lo que necesitaba hacer para ayudar a otros. Sin mencionar que podría ver el interior de Whites y superar a los caballeros del ton que se creían tan importantes como para mantener a las mujeres fuera.

—No me llamarás Grady —replicó él, con un músculo de la mandíbula trabajando—. Sin embargo, puedes llamarme Howley. Eso será apropiado.

Satisfecha, Ashley asintió a quienes hablaban con Howley mientras entraban al gran vestíbulo del teatro. Había hombres apresurándose a entrar al edificio, aquellos con estatus y fortuna subían las escaleras hacia sus palcos mientras que otros, gente como ella, permanecían en la planta baja y se dirigían al foso.

—¿Cuál es la obra que veremos esta noche? —preguntó, manteniendo su voz baja y tan masculina como creía posible.

Lord Howley se encogió de hombros. —No tengo idea. Seguro que no es nada espectacular. No te hagas ilusiones —dijo con desgana, abriendo el camino.

Ella lo siguió, pero la multitud, empujando y apresurándose para entrar, los separó. Él se detuvo, sintiendo que ella se quedaba atrás, y esperó a que lo alcanzara. En el momento en que lo hizo, su mano rozó la parte baja de su espalda antes de que reconsiderara su gesto y retirara la mano bruscamente.

Ashley se empeñó en mirar la tabla de eventos, ignorando lo que su toque le había hecho sentir. ¿Qué era lo que tenía el hombre a su lado que la atraía? No era el alma más cálida, y había vivido durante mucho tiempo fuera de los límites de la sociedad educada, casi al punto de ser salvaje.

Ashley lo miró de reojo, su apuesto perfil haciendo que quisiera suspirar de aprobación. Incluso sabiendo todo lo que sabía sobre él, estaba aquí con ella, dándole lo que quería. No tenía

por qué ser tan complaciente. Podría haberle dicho que se largara. Podría haber contado al duque sobre sus escapadas, y en este mismo momento, ella podría estar en un carruaje de camino a casa en Grafton.

Pero no lo estaba. Estaba aquí. Con él. Y nunca en su vida una noche en el teatro había sido una aventura tan maravillosa.

Se abrieron paso hasta el frente del foso y esperaron con otros asistentes. Ashley miró hacia el primer piso, donde se sentaba el ton. La visión de su cuñado, el duque, y su hermana hizo que se le helara la sangre.

¿La reconocerían? Se ajustó la peluca, obligándose a no mirar de nuevo para que no notaran su interés.

—Mantén tus ojos en el escenario, y es poco probable que nadie detrás de nosotros o arriba se dé cuenta de quién eres. Eres simplemente otra cabeza en el mar de los menos cultos. El demimonde a menudo se para aquí o los caballeros del ton y sus amantes.

—¿Sueles usar el foso para ver obras, o realmente asistes usando un palco arriba, como todas las otras personas privilegiadas en Londres y solo me dijiste lo contrario? —le preguntó—. Después de todo, eres un conde y futuro duque. Nadie podría culparte si lo hicieras.

Él se aclaró la garganta, sin molestarse en mirarla a los ojos. —No uso nada de mi padre. Él aún está vivo, como bien sabes, y hasta que muera, nada de lo suyo es mío.

No por primera vez, Ashley se preguntó qué había pasado entre ellos. ¿Qué había ocurrido que había permitido a un conde vivir en el East End, dirigir un antro de juego y mantenerse alejado de la sociedad? ¿Y por qué un padre, un duque, permitiría tal aislamiento?

Estaba reflexionando sobre eso justo cuando se abrieron las cortinas, el primer actor apareció en el escenario, vociferando sus primeras líneas, y Ashley olvidó todas sus cavilaciones y simplemente se perdió en la multitud, absorta en la obra como todos los demás.

Por ahora, al menos.

CAPÍTULO
DIEZ

GRADY MANTUVO su atención en la obra, lo cual no fue tarea fácil cuando la distractora Ashley Woodville estaba a su lado, toda sonrisas y risas. Había sido un error traerla aquí. Aunque era uno de sus requisitos, ella era demasiado vivaz, bonita y sonriente para ser un hombre de semblante serio. Pocos creerían que el burbujeante muchacho a su lado era su primo.

Ya algunos le habían lanzado miradas curiosas, y se había visto obligado a fulminarlos con la mirada.

—Recuerda parecer menos femenina —le recordó por centésima vez.

Ella puso los ojos en blanco y continuó sonriendo y riendo mientras la obra seguía.

Esto no funcionaría. ¿Cómo iba a mantenerla bajo control si así se comportaba la primera noche que había accedido a satisfacer su curiosidad?

No es que pudiera odiarla por querer ver el Londres que él conocía y que pocos otros veían. Era noble de su parte querer ayudar, aprender y conocer los secretos que se les ocultaban a mujeres como ella, pero dudaba que pudiera hacer mucho. Ciertamente, si se casaba con Lord Walsh, él pondría sus manos en su fortuna y haría lo que quisiera con los fondos. Su esposa tendría poco que decir al respecto.

Grady relajó las manos y apartó todos los pensamientos del bastardo de Walsh de su mente. Estaba aquí con Ashley, ningún lord la cortejaba esta noche, y después de que terminara la obra, se aseguraría de que regresara a casa sana y salva, y habría terminado con ella. Por esta noche, en cualquier caso.

La observó discretamente disfrutar de la obra, su sonrisa y ojos brillantes le decían sin palabras cuánto la deleitaba. Él la había visto antes, y desde el foso donde ahora estaban. Excepto que esa noche, había estado con su amante, no con una debutante nueva en el mercado matrimonial y en busca de marido.

Dios mío, ¿en qué se había metido con ella?

Dos horas después, la obra terminó y ella suspiró, dejándose caer contra su silla y mirándolo con tanto placer que olvidó que estaba interpretando a un hombre.

—Eso fue maravilloso —dijo, con voz femenina y nostálgica.

—Recuerda dónde estás, Ash —declaró. La multitud se estaba marchando, y Grady miró

hacia su palco, esperando que estuviera vacío. No lo estaba. Su padre estaba sentado en la única silla de la sala de observación, mirándolo fijamente. Los ojos del duque se estrecharon, y el disgusto en su rostro era casi palpable, incluso a esta distancia.

Ashley se puso a su lado, siguiendo su línea de visión. —¿Es ese tu padre? —preguntó—. Os parecéis —afirmó, moviéndose más allá de él como para irse.

Grady se recompuso y la siguió, ignorando a su padre, a quien no había visto en varios años. Era extraño que estuviera en la obra en absoluto. No era un hombre que disfrutara de tales frivolidades. Quizás había oído que él había asistido a White's la semana pasada y quería asegurarse de que Grady no pensara en volver a la sociedad pronto.

Salió al vestíbulo y se dirigió afuera, buscando alquilar un coche de alquiler.

—No pensé que permitieran a perros callejeros como tú asistir a obras de teatro. Deberías conocer tu lugar, muchacho, y permanecer en el East End donde perteneces.

Grady suspiró y rezó por paciencia antes de volverse y enfrentar a su progenitor.

—No tengo nada que decirte. Vete —dijo, odiando que el hombre pensara que tenía derecho a decirle algo. Había perdido todo derecho a hablarle en el momento en que repudió a su madre y, con el tiempo, a él mismo debido a una situación que no era culpa de ella.

—Tolero tu garito de juego, pero no quiero volver a oír que asistes a bailes o a White's. ¿Me he expresado con claridad? Aunque no pueda desheredarte, por Dios que no permitiré que manches el nombre de los Blackhaven mientras aún haya aliento en mi cuerpo.

Un coche de alquiler se detuvo frente a ellos, y podía sentir la atención fascinada de Ashley en ambos. No quería que ella supiera de su padre y la vergüenza que sus acciones habían causado a Grady y a su madre.

—Nunca he manchado el nombre. Tú lo haces bastante bien por tu cuenta —respondió, subiendo a los asientos y cerrando la puerta de golpe en la cara del duque una vez que Ashley lo había seguido apresuradamente.

El carruaje se puso en marcha, y él tomó un respiro calmante, ignorando los ojos abiertos de Ashley que lo miraban inquietantemente.

—¿Era ese tu padre el duque o no? Parece estar enfadado contigo —dijo ella, con voz ligera y despreocupada, Ashley ya no fingía ser un hombre.

—Eso es porque lo está —dijo él—. No pensé que estaría en el teatro esta noche, pero sé por qué estaba. No deberíamos cruzarnos en su camino de nuevo. No cuando estás buscando visitar lugares que la buena sociedad se resiste a admitir que existen.

Su boca se tensó en una línea de desagrado, y a él no le gustó que lo mirara con lástima. No quería que nadie lo compadeciera. Era rico y legítimo, sin importar lo que su padre pensara, y un día sería el duque. Y nada de lo que su padre dijera o hiciera podría cambiar ese hecho.

—Eso es muy triste. Tu padre no debería haberte hablado tan terriblemente. —Ella extendió la mano, tomando la suya. Grady se deleitó en su reconfortante agarre antes de que el sentido común regresara, y se apartó. Se movió para sentarse tan lejos de ella como fuera posible.

—Lo siento —dijo ella.

Podía oír la sinceridad en su tono. Había tanto que ella no sabía y nunca sabría si él podía evitarlo. Y no necesitaba su simpatía, su vida estaba completa, y nada, ni siquiera su padre el duque, podía tocarlo ahora. Ni herirlo nunca más.

La noche siguiente, Ashley asistió al baile de Lord Flower. Había bailado con varios caballeros, pero la noche, aunque entretenida y agradable para ponerse al día con amigos, carecía de un poco de encanto con la ausencia de Lord Howley.

Había pensado que podría asistir a otro baile ya que había hecho acto de presencia en su presentación en sociedad, pero no parecía ser así. ¿Dónde estaba? ¿Estaba en su club o disfrutando de otros entretenimientos más privados con sus amigas?

El pensamiento le amargó el sabor del syllabub en la boca, y dejó la cuchara, decidida a dejar de torturarse con pensamientos sobre un hombre que de ninguna manera estaría pensando en ella.

A menos que estuviera pensando en formas de deshacerse de ella y poner fin a sus salidas. Una salida que, desafortunadamente, no ocurriría esta noche debido a su compromiso con el baile al que su hermana le exigía asistir.

Sin embargo, mañana por la noche, quería hacer lo que deseaba. Habría un baile al aire libre en Vauxhall. Por supuesto, la alta sociedad no asistiría, solo estaba invitado el demimonde de la sociedad, pero ella estaba desesperada por ir.

No solo para ver cómo vivía la otra mitad de la sociedad, sino para estar a solas con Grady. Claro, él no le había dado permiso para usar su nombre, pero quería ver su reacción cuando lo llamara por su nombre de pila.

¿Se oscurecerían sus ojos en señal de reconocimiento, como un reflejo de los suyos? Ashley recogió su cuchara, revolviendo el syllabub hasta convertirlo en un desastre mientras escuchaba a Lord Walsh hablar con Derby sobre un caballo que saldría a subasta en Tattersalls.

Tomó un respiro fortalecedor para sobrellevar el resto de la noche. No quedaban tantas horas, y su carnet de baile estaba lleno. No se aburriría demasiado.

Aun así, mientras observaba hablar a Lord Walsh, pequeños matices que antes no había notado se volvieron más evidentes. No era tan apuesto como Grady. Eso era un hecho. Y no creía que fuera amable. Ciertamente, se rumoreaba que su amigo Lord Fenton era un sinvergüenza sumamente desagradable.

Lord Walsh haría bien en conseguir mejores amigos, pero si ella se casara con él, su círculo social sería el mismo que el suyo, y Ashley no estaba tan segura de querer estar cerca de Lord Fenton más de lo necesario.

No le agradaba ni confiaba en el hombre, y ciertamente no creía que fuera una buena influencia para Lord Walsh.

Lady Hirch pasó con aire despreocupado junto a su mesa, y Ashley observó bajo sus pestañas entrecerradas cómo la atención de Lord Walsh se dirigió bruscamente hacia la dama y la observó, sin que Ashley pasara por alto su apreciación por el escote bajo de su vestido.

Miró a su hermana frente a ella. Hailey alzó una ceja, habiendo notado el interés de su señoría como ella, la decepción de la duquesa clara de leer en sus facciones.

No, no sería fiel, y ella quería un marido que no calentara otra cama en todo el mundo a menos que fuera la suya. No podía soportar compartir al hombre que amaba, no es que amara a Lord Walsh, pero eso no quería decir que no pudiera haberse enamorado de él con el tiempo.

La advertencia de Grady sobre el hombre pasó por su mente, y se lo agradeció. Puede que él no se moviera en esta sociedad, pero conocía su funcionamiento, y algo le decía a Ashley que tenía razón en sus estimaciones sobre Lord Fenton y Walsh.

Eran dos caballeros que alimentaban los malos hábitos del otro, y ella no quería nada de eso, aunque muchas otras damas sí lo quisieran.

CAPÍTULO
ONCE

ASHLEY LOGRÓ REGRESAR temprano a casa de la reunión de los Mason la noche siguiente. Su hermana Hailey le había preguntado repetidamente si estaba disfrutando de la temporada y por qué deseaba volver a casa tan pronto, especialmente después de que varios caballeros la hubieran sacado a bailar uno tras otro a su llegada.

Pero la reunión no era donde quería estar. Todo el día los nervios habían recorrido su vientre cada vez que pensaba en Grady. ¿Se encontraría con ella en las puertas de los Jardines de Placer de Vauxhall como habían acordado?

Ashley comprobó que su peluca estuviera en su lugar y se inclinó la pequeña gorra negra que llevaba esa noche, haciéndola parecer uno de esos pilluelos callejeros que a menudo veía correteando de camino al infierno de Lord Howley.

Esa noche se había puesto un poco de ceniza de carbón en las mejillas y el cuello, haciéndola parecer menos limpia de lo normal. Con su piel que parecía tan suave como la leche, había querido hacer algo para parecer más como todos los demás que no formaban parte de Mayfair.

El carruaje se detuvo frente a la entrada de Vauxhall, y ella permaneció allí durante varios minutos, buscando ver si Lord Howley estaba presente. No podía verlo, y la decepción la apuñaló al ver que no había venido.

¿No iba a asistir? ¿Le habría pasado algo? Tragó el temor que ese pensamiento evocaba y en su lugar atribuyó su ausencia a que no quería unirse a ella.

Otros, sin embargo, estaban más que felices de asistir a la velada. Los juerguistas entraban en tropel a los jardines, y desde su carruaje, podía oír a los trovadores tocando música para aquellos que deseaban bailar.

Bueno, no permitiría que la ausencia de un hombre le impidiera hacer lo que deseaba. Saltó del carruaje, pagó al cochero y siguió a todos los demás hacia los jardines.

Nadie le prestó atención, aunque fuera más baja que la mayoría de los hombres presentes. Varias damas de mala reputación le sonrieron y batieron sus pestañas, y Ashley inclinó la cabeza, más que feliz de interpretar el papel de pícaro por la noche.

No pasó mucho tiempo antes de que la orquesta en una gran rotonda circular y los muchos bailarines frente a ellos entraran en su campo de visión. Ashley se quedó de pie a un lado del

improvisado salón de baile al aire libre, sin poder creer lo que estaba viendo.

Hombres y mujeres bebían y reían, hablaban y coqueteaban, pero las damas y su ausencia de modestia estaban a la vista de todos para ser observadas, como lo hacían la mayoría de los hombres.

No vio a nadie que conociera y estaba agradecida por ello, pero los hombres eran bulliciosos y de una calaña diferente a la que estaba acostumbrada. Un hilo de inquietud se acumuló en lo profundo de su vientre, pensando que tal vez esto era un error. Una noche de juerga en Vauxhall estaba muy bien, pero quizás esta vez se había metido en más de lo que podía manejar.

Estar aquí sola era peligroso. Si le robaran su dinero, no tendría forma de volver a casa, a menos que caminara. ¿Qué haría entonces?

—Vamos, mi señor, ¿baila conmigo? —una voz femenina balbuceó junto a Ashley, y sin darle la oportunidad de responder, fue arrastrada a la refriega. La orquesta comenzó a tocar una danza campestre, y tratando de olvidar sus preocupaciones, Ashley se lanzó al baile, intentando recordar interpretar al hombre que estaba representando.

—Eres un chico bonito, eso es seguro. ¿Buscando un poco de atención femenina esta noche, eh? —le preguntó a Ashley, sonriendo y mostrando dientes manchados y amarillos.

Ashley no pudo evitar sentir compasión por la mujer y la dura vida que sin duda llevaba. Feliz o no, ser una prostituta ciertamente no era lo que la mujer siempre había querido para su vida. No originalmente, en cualquier caso. Estas eran las mujeres a las que deseaba ayudar, darles una opción, sin importar cuál fuera esa elección. Hacer sus vidas más seguras.

—Me temo que esta noche no. Pero estoy más que feliz de bailar contigo —respondió Ashley, esperando que eso fuera suficiente para la mujer cuyo tamaño era el doble del suyo.

La dama dejó de bailar en medio del salón de baile al aire libre y colocó sus manos en sus anchas caderas. —¿Qué estás haciendo aquí entonces? Si no quieres que te haga cosquillas en el pepino, ¿para qué bailar?

Ashley se encogió de hombros, sin saber cómo responder sin ofender. —Porque quería bailar con mujeres hermosas sin nada más.

Sus palabras provocaron un rubor en el rostro de la dama antes de que echara la cabeza hacia atrás y riera, sosteniendo su gran estómago para dar mayor énfasis. —Oh, eres un gracioso, ¿no? ¿Mujer hermosa? ¿Estás ciego además de frígido, muchacho? —le preguntó a Ashley.

—No soy ninguna de las dos cosas —respondió Ashley, ignorando que varios hombres y mujeres observaban con interés desde un lado.

—Espero que me paguen, incluso por un baile, pero estoy más que feliz de dejar que me dobles por un chelín extra.

—¡Dóblala! —gritó un hombre desde un lado, sosteniendo su hombría en sus calzones y moviéndose de una manera que decía sin palabras lo que imaginaba que Ashley le hacía a la prostituta.

—Eso no será necesario —Ashley metió la mano en su bolsillo buscando su dinero y sintió...

nada. Frunció el ceño, se palmeó la cintura, y aun así, la pequeña cantidad de monedas que había traído consigo ya no estaba allí.

¿Lo habría puesto en el bolsillo de su abrigo? Revisó allí también y escudriñó el suelo. Tal vez lo había dejado caer mientras bailaba, pero aún así, no podía ver su dinero para alfileres.

—No tienes mi moneda, ¿verdad? —acusó la mujer, su labio curvándose con disgusto—. Oh, bueno, mi hombre no estará contento contigo.

Una risa burlona vino de algún lugar detrás de Ashley antes de que la empujaran por la espalda, haciéndola tropezar. —Así que no tienes la pasta para pagar el tiempo que Maggie pasó contigo. Entonces sí, creo que tenemos un problema —arrastró las palabras.

El pánico la asaltó, y sin pensarlo más, Ashley echó a correr. Con el ruido del baile, las risas y la música, no podía oír si alguien la perseguía, pero el miedo le subía por la columna al pensar en lo que le harían si la atrapaban. Empujó sus piernas para moverse más rápido, tratando de esquivar y agacharse entre la multitud de invitados para escapar.

Y entonces lo sintió. El toque de una mano en su espalda, antes de que esa mano agarrara un puñado de su abrigo y la detuviera.

Se agitó y trató de salirse de su chaqueta. El hombre detrás de ella la empujó al suelo, y cayó sobre la superficie del césped con un ¡uf!, su barbilla golpeando la tierra.

—Quiero el dinero. Ahora, muchacho, antes de que te lo saque a golpes.

Ashley se giró sobre su espalda, intentando retroceder del hombre corpulento que parecía tres veces su tamaño. ¿Qué iba a hacer? ¿Realmente la golpearía?

La ira que emanaba de su rostro gruñón le dijo que sí lo haría, y ella sería incapaz de detenerlo. Se estremeció. ¿Por qué había venido aquí sin Grady? ¿Qué le hizo creer que era capaz de cuidarse sola en situaciones como esta cuando era evidente que no lo era?

—Lo siento. No tengo dinero. Debe haber sido robado o perdido, pero solo bailé con su dama. No utilicé sus servicios —dijo, esperando aclarar cualquier confusión si el hombre frente a ella la tenía.

—El baile requiere pago, y si no puedes pagar, entonces pagarás de otras maneras. ¿Me explico? —amenazó el hombre, inclinándose sobre ella y apuntando con su dedo mugriento en su cara.

Oh, Dios mío, iba a morir.

—Aléjate. Ahora —gruñó una voz familiar al lado de Ashley, y ella miró hacia arriba para ver a Grady de pie sobre el hombre que la estaba amenazando. Soltó un jadeo sorprendido ante la rabia asesina que moteaba su rostro normalmente apuesto.

Estaba enfadado. Podía verlo tan claro como el día, sin mencionar que su tono era de intención mortal al que ni siquiera ella se negaría a obedecer.

El hombre se puso de pie, estirando su chaqueta e hinchando el pecho en un esfuerzo por parecer tan alto como Grady. Sirvió de poco.

—Él debe dinero por un baile con mi chica. O paga por ello, o lo haré pagar.

—No harás tal cosa —arrastró las palabras Grady, sin haberla mirado aún—. ¿Cuánto costó el baile? —preguntó, aparentemente aburrido por la situación ahora.

—Dos chelines y todo estará bien.

Grady le lanzó las pequeñas monedas de cobre y luego se acercó al hombre, casi nariz con nariz. —Nunca volverás a amenazar a mi amigo. ¿Me explico? Si lo hubieras tocado, no te habrían gustado las repercusiones. Ten cuidado a quién amenazas. ¿Entiendes?

El hombre entrecerró los ojos y pareció que desobedecería la orden de Grady, pero algo en el rostro de Grady le impidió cometer ese error, y asintió, cediendo el punto. —Entendido. Que tengan una buena noche —dijo antes de desaparecer entre la multitud.

Ashley miró a Grady, su asiento en el césped parecía un lugar más seguro que antes frente al hombre que la miraba con tanta presencia amenazante como el anterior.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —bramó, alcanzándola y tirando de ella para que se pusiera de pie.

Antes de que pudiera responder, la arrastró hacia el camino que conducía fuera de los jardines y lejos de las festividades. Ashley no dijo una palabra, había tiempo de sobra para explicar, y ahora mismo, todo lo que quería hacer era volver a casa. Había tenido suficiente de su noche de iluminación y estudio de cómo vive el otro lado de la alta sociedad. Lo encontró insatisfactorio, y no sin una buena dosis de ansiedad que dudaba que alguna vez olvidaría.

CAPÍTULO
DOCE

GRADY CONTUVO su temperamento todo lo que pudo, pero en el momento en que vio su carruaje —un refugio donde podría colocar a Ashley y mantenerla a salvo durante el tiempo que la tuviera con él— su sangre hirvió por segunda vez.

La visión de Ashley tendida en el frío suelo, amenazada por un hombre, y no cualquier hombre, sino uno que podría haberla matado, le puso el corazón en la boca. Podría haber sido golpeada hasta la muerte, y el hombre no habría sabido que era una mujer, aunque en realidad no le habría importado. Pero Ashley era incapaz de soportar cualquier tipo de agresión física.

Si no hubiera llegado, si no hubiera visto el alboroto y lo hubiera investigado, podría haberla perdido.

La agarró por debajo del brazo y la arrojó dentro de su carruaje antes de seguirla al interior. Golpeó el techo, y el carruaje se puso en marcha, alejándose de Vauxhall y del peligro que acechaba en los jardines cuando eventos como el que estaba teniendo lugar en ese preciso momento estaban en marcha.

—Gracias por ayudarme. Te debo una gran deuda —susurró ella, su voz carente de su habitual tono seguro y lleno de opiniones.

Grady tomó un respiro para calmarse, pero hizo poco para enfriar su ira. —¡¿En qué demonios estabas pensando, mujer?! Podrías haber sido asesinada, golpeada hasta casi morir. ¿Cómo explicarías tu cuerpo ensangrentado y roto a tu tutor, el duque? Tus acciones esta noche no solo te ponen en peligro a ti, sino a tu familia. Si tus acciones se hubieran conocido, no solo tú habrías quedado arruinada.

Esperaba una disculpa, pero en su lugar, ella levantó su desafiante barbilla y le devolvió la mirada. —¿Y de quién sería la culpa en parte? Tuya, me imagino, ya que se suponía que debías encontrarte conmigo en Vauxhall. ¿Dónde estabas? ¿Demasiado ocupado con una amiga para recordar que yo te estaba esperando aquí?

—Incluso si tuviera una amiga, eso no es asunto tuyo. Llegué tarde. Deberías haber tenido el suficiente sentido común para permanecer en el carruaje como te indiqué hasta que yo llegara. Deberías haber sabido que vendría por ti, incluso si llegaba tarde.

Sus palabras parecieron apagar un poco su temperamento, pero el gesto terco de sus labios le

dijo que aún estaba enojada.

Bueno, maldita sea, él también lo estaba.

—No querías ayudarme en primer lugar. No pensé que llegarías cuando no estuviste aquí a la hora acordada. Me disculpo por entrar sin ti, pero no fue mi culpa lo que sucedió una vez allí.

—¿Y qué sucedió? —preguntó, acomodándose en los cojines y cruzando los brazos, cualquier cosa para evitar alcanzarla y arrancarla hacia su abrazo donde sabía que estaría a salvo. Protegida y cálida del frío mundo exterior que quería hacerle daño.

—La mujer me obligó a bailar con ella, y aunque eso fue entretenido, luego empezaron a exigir pago cuando me negué a irme con ella para hacer otras cosas.

Grady tragó saliva, sabiendo qué tipo de otras cosas querían que ella hiciera. Cielos santos, ¿qué estaba haciendo al permitir que la mujer frente a él saliera y experimentara estilos de vida muy por debajo del suyo? Debería ser azotado por permitir que lo persuadiera. No es que ella lo hubiera convencido, le había dicho que lo haría con o sin su ayuda, y él no podía permitir eso. Si no hubiera sabido de sus planes, esta noche era un ejemplo de por qué no podía perderla de vista en tales aventuras. Terminaría matándose.

—¿Por qué no pagaste por el baile y terminaste con ello?

Ashley puso los ojos en blanco, y la visión lo hizo desearla aún más. —Lo intenté, pero cuando metí la mano en mi bolsillo, el dinero que había puesto allí había desaparecido.

—Así que la prostituta te estafó antes de exigirte más. Deberías haberlo dicho de vuelta en Vauxhall. Habría golpeado al bastardo que exigía pago por intentar tales trucos.

—Creo que alguien me robó, pero no estoy segura de que fuera la mujer quien me lo hizo. Podría haber sido cualquiera. Incluso podría haberlo perdido mientras bailaba.

—Poco probable. —Grady la estudió. Su ropa estaba cubierta de hierba y tierra del césped, pero ¿por qué estaba por delante? Se inclinó hacia adelante, le agarró la mandíbula y le inclinó la cabeza hacia él. —¿Qué le ha pasado a tu barbilla? Está sangrando. —Su estómago se retorció al ver el pequeño corte y la suciedad incrustada en la herida. Metió la mano en su bolsillo y sacó su pañuelo, dando toquecitos en el corte con tanto cuidado como pudo mientras trataba de limpiarlo de suciedad. —¿Te golpeó el bastardo? —La furia que lo atravesó lo tomó por sorpresa, y se forzó a calmarse. A relajarse y no asustarla más de lo que ya estaba después de esta noche.

Ella lo miró fijamente, sus grandes ojos marrones capturando su atención. El fondo de su estómago se sacudió caliente con deseo por la mujer frente a él. Nunca había reaccionado a una mujer con tal necesidad y el abrumador deseo de mantenerla a salvo, feliz...

Suya.

—Estaba huyendo de él. Tratando de escapar. Me empujó por detrás y tropecé y caí. No es nada. —Intentó apartar sus manos, pero él se negó a ceder su agarre.

—Déjame limpiarlo. No querrás que se infecte —dijo, sabiendo demasiado bien que no quería ver su herida infectada, y a Ashley postrada con fiebre y enfermedad.

Su tardanza era la razón por la que ella estaba sola. No podía soportar la culpa que tales

acciones le habían causado.

Ella le permitió hacer su voluntad, y él limpió la herida con todo el cuidado que pudo. La sangre empapó su pañuelo, una buena señal de que al menos se estaba deshaciendo de cualquier suciedad y mugre, más de lo que estaba antes.

Ashley contuvo la respiración. Grady levantó la vista para ver una lágrima deslizarse por su mejilla, también manchada con algún tipo de suciedad.

—Siento que estés herida —susurró, besando la solitaria lágrima. En el momento en que sus labios tocaron su suave y cálida mejilla, supo que era un error.

La sintió tensarse, y debería estar nerviosa. Él era tan malo, si no peor, que muchos de los hombres que asistían a Vauxhall esta noche que la asustaron. Grady cerró los ojos, forzándose a retroceder, a olvidar lo que acababa de hacer.

Pero por supuesto, la señorita Woodville no iba a permitirlo. Sus manos se extendieron, aferrándose a las solapas de su abrigo, manteniéndolo cerca. Estaban tan próximos, apenas una pulgada los separaba, y su cuerpo se endureció ante esa realidad.

Ella era tan diferente a cualquier persona que hubiera conocido. Lo miraba fijamente, sus ojos incapaces de ocultar el anhelo y la necesidad que sentía por él. Era una rareza, vestida con ropa de hombre, una peluca rubia corta sobre su cabeza, y a pesar de todos sus intentos de parecer masculina, él sabía la verdad.

No había ni un ápice de masculinidad en ella. Era toda curvas femeninas, ojos bonitos y labios besables que él deseaba reclamar.

La deseaba a ella y a nadie más.

—Me besaste —dijo ella finalmente—. Besaste mi mejilla.

Él tragó saliva, preguntándose si su beso había nublado un poco la mente de ella, o tanto como la suya propia. Luchó por controlar la necesidad que se descontrolaba dentro de él, pero fue inútil. No podía detenerse ahora que la había tocado. Y que lo condenaran hasta el infierno o el East End, necesitaba, al menos una vez en su vida, actuar como un caballero y apartarse de ella.

—Un intento de consolarte, es decir...

Los labios de ella se estrellaron contra los suyos, deteniendo sus palabras de negación. Ella no se movió, simplemente se mantuvo contra él, y él luchó por no reaccionar. Por no darle lo que ella quería.

Pero en el momento en que sintió que ella se alejaba, su deseo superó todo sentido común, y le dio lo que ella quería. Lo que él quería. Dejó caer el pañuelo al suelo, sujetó su rostro y tomó el control del beso.

Y vaya beso que fue.

Su jadeo sorprendido le dio permiso para invadir su boca. Su lengua se enredó con la de ella. El beso, el primero de ella, estaba seguro, no fue suave ni lento, sino duro y rápido. Devoró su boca, saciándose, sin darle oportunidad de alejarse o ralentizar su embestida.

Desde el momento en que ella entró en su infierno, supo que algún día la tendría así.

Le arrancó la peluca de la cabeza, su larga melena castaña derramándose sobre sus hombros. Grady se apartó, mirándola con renovado asombro. Era magnífica, un diamante de primera agua, y estaba a solas con él.

Debería avergonzarse de los pensamientos que atormentaban su mente, pero por la forma en que Ashley lo miraba en ese momento, no pudo evitar pensar que ella, también, estaba pensando lo mismo que él.

Y ese pensamiento significaba una cosa.

Estaba condenado.

CAPÍTULO
TRECE

ASHLEY OLVIDÓ por completo el corte en su barbilla y su desastrosa noche en Vauxhall en el momento en que Grady le besó la mejilla. Una embriagadora urgencia por el hombre latía en su interior y no cedía.

Sabía en lo más profundo de su ser que no podía dejarlo ir, permitirle alejarse. ¿Y si nunca lo volvía a ver? ¿Y si se negaba a ayudarla a obtener un poco de perspectiva sobre cómo vivían los menos afortunados que ella?

No es que quisiera repetir su error de Vauxhall, pero sí quería ayudar a la gente, y necesitaba conocer los entresijos de Londres fuera de Mayfair para hacerlo bien.

Pero nada de eso importaba ahora. No cuando Grady Kolten la besaba y la dejaba tambaleándose en un mar de necesidad.

Y entonces ella lo había besado audazmente de vuelta. Quizás incluso la prostituta de Vauxhall se habría impresionado. Había extendido la mano hacia él y robado lo que había anhelado desde el momento en que lo vio.

Uno que la dejó buscando equilibrio.

Pero un beso no era suficiente. Quería mucho más de él, y obtendría lo que quería sin importar el costo.

Ashley empujó a Grady contra los cojines y se acomodó en su regazo. Podía sentirlo todo con los pantalones puestos y sin una camisa y varias capas de un vestido de seda separándolos. Los músculos de sus piernas se tensaron mientras se ajustaba a tenerla en su regazo.

Su mano se posó en su pecho mientras la otra se deslizaba alrededor de su cuello. ¿La apartaría, la volvería a sentar frente a él? Sin darle un momento para pensar con claridad, lo besó por segunda vez y gimió ante lo delicioso que fue.

Su boca la recibió. Su lengua enredándose con la de ella hizo que se le curvaran los dedos de los pies dentro de sus botas de cuero. Oh, Dios mío, esto era el cielo. Él era un sinvergüenza enviado para atormentarla con su maldad.

Ella gimió cuando su mano le apretó la cintura, rozando la parte superior de su pulgar la parte inferior de su pecho. ¿La tocaría allí? Sus pezones se endurecieron ante la idea, y nunca en su vida había querido tanto alcanzar y obligarlo a tocarla.

—No debería estar haciendo esto contigo. Está mal —susurró entre besos que la dejaban sin aliento.

—¿Cómo puede ser malo algo que se siente tan maravilloso? —respondió ella, besándolo de nuevo.

Él la alzó más en su regazo, y la dureza que empujaba contra su muslo exterior le dijo todo lo que necesitaba saber. Él encontraba este interludio tan excitante como ella. Este calor, el dolor implacable que la atormentaba entre los muslos, tenía que ser de lo que tantas mujeres hablaban con sus amantes.

¿Era por esto que sus hermanas estaban tan contentas y felices en sus matrimonios? Si era así, podía entender por qué pasaban tanto tiempo encerradas en sus habitaciones.

—Si tuvieras idea de lo que quiero hacerte, Ashley, no serías tan atrevida.

Su tono áspero la hizo estremecerse de necesidad. —Dime lo que quieres hacerme. Quiero saberlo —dijo, aprovechando la oportunidad para besarlo por el cuello. El aroma a sándalo y especias emanaba de su piel. ¿Se había bañado hoy? La idea de él lavándose, sumergido desnudo en una bañera de agua, la hizo retorcerse.

Él gruñó, su mano agarrando el interior de su muslo para frotar su pierna contra su miembro endurecido.

Ella le besó debajo de la oreja, siendo tan audaz como para pasar su lengua por su piel. Él giró la cabeza, tomando su boca en un beso castigador. Ashley se entregó a su embestida, sin asustarse por la reacción que tenía a cada toque, a cada palabra suya, sino fascinada, cautivada y completamente suya para que hiciera con ella lo que quisiera, fuera lo que fuera.

—No quieres saberlo. Créeme —gimió mientras ella le besaba el cuello.

Ella se inclinó para susurrarle al oído: —Quiero saberlo todo.

Él recostó la cabeza contra la pared del carruaje, cerrando los ojos. El dolor cruzó sus facciones, y ella le acarició la mejilla, necesitando que dijera algo.

—Dímelo, Grady —dijo, usando su nombre de pila sin permiso—. No me escandalizarás. Te lo prometo.

Él se rio, abriendo los ojos para encontrarse con los de ella. —¿Quieres saber lo que quiero hacer contigo en este carruaje? —Negó con la cabeza, apartándola de su regazo antes de volverla a atraer para que se sentara a horcajadas sobre sus piernas.

Ashley jadeó cuando la posición acercó su núcleo palpitante a su miembro abultado. Sus manos se cerraron sobre los glóbulos de su trasero, y la atrajo contra él, su virilidad provocándola a través de los pantalones.

Una sensación exquisita resonó a través de su centro, y ella se presionó contra él, deseando más de esta maravillosa nueva sensación que él despertaba en ella.

—Quiero arrancarte esos pantalones, sentir el calor de tus muslos contra mis mejillas mientras te follo con mi boca. Quiero comer tu dulce coño hasta que grites mi nombre, sujetándome contra ti mientras te corres en mis labios.

La humedad se acumuló en su centro, y ella se quedó boquiabierta, sin tener idea de que tal cosa fuera posible. ¿Eso significaba que besaría su sexo? El pensamiento la hizo mecerse contra él.

—¿Qué más? —suplicó, necesitando escuchar más de sus perversas maneras—. Dime qué es esta sensación que tengo dentro de mí ahora mismo. Explícame qué es lo que me estás haciendo sentir.

—¿Te gusta lo que te estoy haciendo sentir? —le preguntó, besándola con una lentitud tan exquisita que su corazón pensó que no podría aguantar mucho más.

Ella asintió, la posibilidad de mentirle estaba más allá de su control. Asumiría lo que ahora sentía, esta maravillosa nueva sensación que nunca quería que terminara. —Sí, pero dime, por favor. ¿Qué significa cuando todo lo que quiero hacer es estar aquí contigo? Que me toques... en todas partes —admitió. La idea de sus manos, su boca en cualquier parte de su cuerpo, hizo que su piel hormigueara de expectación.

—Significa que me deseas tanto como yo te deseo en este momento. Tu cuerpo quiere ser llenado por mí, que te penetre, que te reclame como queremos. —Una expresión de dolor cruzó sus facciones antes de que parpadeara y desapareciera—. Significa que quieres follarme tanto como yo quiero follarte. Quiero empujar dentro de tu dulce y apretado coño. Dejarte cabalgarme hasta que ambos nos corramos. La necesidad que te tortura ahora mismo es la misma que la mía.

Ashley se mordió el labio, la idea de todo aquello con lo que él la provocaba estaba fuera de su alcance.

—Quiero tocarte aquí —susurró contra sus labios, mientras sus dedos rozaban el sexo de ella, con los pantalones que llevaba como única barrera entre ellos—. Puedo sentir tu humedad. Estás lista para mí.

Ella asintió, sabiendo que era cierto. —Tócame. Por favor —le suplicó.

Su mano se deslizó sobre su núcleo palpitante, acunándola, su pulgar dibujando círculos en un lugar de su cuerpo que anhelaba su tacto.

—Oh, Grady, eso se siente maravilloso —suspiró, rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Qué me estás haciendo?

—Hacerte llegar al clímax. Así es como debería ser para una mujer cuando está con un hombre. Satisfactorio y absolutamente delicioso. Justo como tú, una pequeña seductora apetitosa que me ha corrompido más de lo que ya estaba —dijo él.

A Ashley le gustaba saber que él estaba tan perdido como ella. Cada vez que estaba cerca de él, se perdía en sus ojos. Todo lo que quería era estar con él, disfrutar de sus bromas, aunque fuera sombrío y regañón la mayor parte del tiempo.

Pero con ella, era diferente. Ahora, con él en sus brazos, sabía que tenía un lado más suave. Un lado que mantenía oculto a todos. ¿Cuánto tiempo habría vivido sin tal pasión? ¿Sin felicidad?

—No puedes decirme que no te gusta mi corrupción —Ella encontró su mirada y vio la risa

en sus ojos.

—No debería quererte cerca de mí. No soy un buen hombre, y tocarte aquí —dijo, provocándola aún más y arrancándole un gemido—, es prueba de ello.

—Me gusta que me toques —jadeó ella—. Quiero que me toques mucho más que eso —admitió, sin saber cómo podía ser tan audaz y decir tales cosas. Pero algo dentro de ella cambiaba cuando estaba cerca de Grady Kolten, y ese cambio era algo que le gustaba. Algo que sabía que quería, no solo ahora, sino siempre.

CAPÍTULO
CATORCE

GRADY TRABAJÓ los días siguientes e intentó mantener a la amenazante minina Ashley Woodville fuera de su mente. Pero fue inútil. Nada podía apartarla de sus pensamientos. Ni sus quehaceres en el garito ni cuando viajaba para visitar a su madre. Ella lo atormentaba, más que nunca ahora que había probado su primer sabor.

Ella embriagaba su mente, cuerpo y alma.

Se pasó una mano por el pelo mientras su madre le servía una taza de té, despidiendo al lacayo que permanecía en la habitación para atenderlos.

—Sé que algo te preocupa, Grady. Dime qué es, porque creo que no puedo soportar verte retorcerte en tu silla ni un momento más —dijo ella.

Él se rio de la perspicacia de su madre. Aún era una mujer hermosa, incluso en su quincuagésimo sexto año. Su cabello seguía oscuro, aunque había algunas hebras plateadas que brillaban a la luz del día. A pesar de la vida de ostracismo que había sufrido debido a la falta de sensatez de su marido, las presiones no habían arrugado su rostro, y parecía mucho más joven de lo que era.

—¿Tan obvio soy? —preguntó, pues siempre le había contado a su madre sobre su vida y nunca le había ocultado nada.

—¿Qué ha pasado? ¿Blackhaven te está causando problemas? ¿Quieres que le escriba? —preguntó ella.

Él levantó la mirada, sin saber que estaban en contacto. —No necesitas hacer eso por mí. Padre sabe que es mejor no meterse en mi mundo y empezar a alardear de su poder.

Su madre lo estudió, entrecerrando los ojos pensativa. —Entonces, ¿qué te preocupa? No es propio de ti visitarme a mitad de semana. No te esperaba en absoluto esta quincena.

Todo eso era cierto, pero necesitaba hablar con alguien, y la única persona en quien confiaba era su madre. —Hay una dama, una mujer con quien he estado pasando tiempo, pero necesito terminar la amistad. Mi vida no encaja con la suya, y su familia nunca le permitiría casarse con un hombre como yo.

Su madre dejó la taza y el platillo con un tintineo. —¿Qué quieres decir con tales falsedades? Eres un conde y futuro duque cuando Blackhaven dé su último suspiro. ¿Qué dama no te vería

como un buen partido? Serían realmente tontas si no lo hicieran —dijo—. Puede que seas dueño de un garito, pero muchos caballeros disfrutan de esos lugares. No hay vergüenza en lo que haces, aunque sea un poco poco convencional.

—No quiero circular en ese mundo. Nunca lo he querido, no después de que te masticara y te escupiera como si no fueras digna de ningún respeto. Ella es hermana de una duquesa, una marquesa y una vizcondesa. No hay forma de que pueda mantenerme al margen si le ofrezco y ella acepta mi mano.

Su madre se reclinó en su silla, estudiándolo. —Si no puedes verte reingresando a la sociedad por ella, entonces es porque no la amas, y el matrimonio sería un error, y te advertiría que no le ofrecieras tu mano. Pero si tienes sentimientos por ella, unos que no se pueden reprimir, entonces tal vez valga la pena volver a la alta sociedad y tomar tu lugar entre aquellos que son tus iguales en todos los aspectos.

Su madre siempre tenía sentido y lo dejaba con más perspicacia de la que tenía cuando llegaba.

—Lord Walsh también está rondando sus faldas. No importa lo que haga respecto a ofrecerle mi mano, no permitiré que se case con su familia.

Grady miró hacia arriba y no se perdió la sorpresa de su madre ante su declaración.

—Lo que el Marqués de Gibson me hizo no debería recaer sobre su hijo, Grady. Debes dejarlo ir, pues no sirve de nada permitir que tales heridas se enconen. Sé por experiencia que la vida se vive mejor haciendo otras cosas que intentar cambiar u odiar un pasado que no podemos alterar.

Grady tomó un respiro calmante, odiando discutir el asunto con su madre pero sabiendo que necesitaba hacerlo. —Lord Walsh es tan malo como su padre, no los confundas ni sientas lástima por el vástago del marqués. Protegeré a la dama de la que hablo, incluso si no ofrezco matrimonio. Se casará con un hombre que la ame y respete como se merece. Si se casara con Lord Walsh, su vida sería un interminable pozo de infierno.

—Seguramente, Lord Walsh no es tan malo como su padre. Pocos podrían ser tan malvados como ese hombre —admitió su madre.

Grady conocía a uno. Su padre era tan malvado como el marqués, tal vez por razones diferentes, pero aun así, eran iguales cuando se trataba de ser un caballero honorable.

—Sé cosas de él que demuestran lo contrario. Mi garito me ha proporcionado más que suficiente información. Sin embargo, te agradezco que me hayas permitido discutir mis problemas hoy.

—Siempre eres bienvenido aquí para discutir cualquier cosa que te preocupe. —Su madre tomó su té y dio un sorbo—. ¿Te he sido de ayuda? ¿Crees que sientes por esta joven misteriosa, cuyo nombre no me has dicho, más que amistad? ¿Ha encontrado por fin mi hijo a su pareja? —preguntó, sonriendo.

—Tal vez —admitió—. Pero tendría que cambiar tanto de mí mismo para estar con ella que

no estoy seguro de que sea posible ahora. Ella tiene tantos planes para ayudar a la gente, sin mencionar que estoy seguro de que desea tener una familia. Nunca vi nada de eso en mi vida. No sé lo que siento ni lo que debería hacer.

—Bueno —dijo su madre, extendiendo la mano para tomar la suya—. No dejes tu decisión para más tarde. Suena como una joven maravillosa, y tales diamantes no se ven a menudo en nuestra sociedad. No pasará mucho tiempo antes de que otros la vean como la joya que es y la quieran para ellos mismos. No la pierdas antes de haber decidido si la quieres o no. Solo te tendrás a ti mismo para culpar si eso ocurre, lo cual es una tortura que nunca deseo verte soportar. Amar a alguien que no te corresponde es una verdadera pesadilla.

Grady sabía que ella hablaba de su dolor respecto a su progenitor, el actual Duque de Blackhaven. El bastardo la había echado sin escuchar razones. Su madre, pobre alma, aún amaba a su marido, aunque el duque no merecía ningún afecto.

Merecía tanto como Lord Walsh, y no vería a otra alma honesta y vibrante como la de su madre destruida por un mal matrimonio. Incluso si ese matrimonio no fuera con él, ciertamente no sería con Lord Walsh.

Ashley estaba sentada en el carruaje frente a Grady, esperando pacientemente hasta que llegaran al orfanato cerca de Cheapside que iban a visitar. El centro para los desafortunados niños huérfanos siempre necesitaba financiamiento, y era allí donde Ashley quería ayudar si le fuera posible.

Aunque el orfanato aún no la conocería, ya que estaba vestida como un hombre. Grady le había sugerido que se cambiara cuando llegara a su garito de juego, por si alguien la veía en la parte menos elegante de la ciudad.

No es que a Ashley le importara ser vista haciendo una obra de caridad tan noble, pero dado que necesitaría a la alta sociedad y su dinero para financiar el trabajo que deseaba hacer aquí y en otros lugares, pensó que era mejor no escandalizar a nadie si la veían con el Conde de Howley, un hombre que él mismo estaba marginado por la alta sociedad.

El vehículo se detuvo frente a un edificio destartalado donde varios niños jugaban en el frente, sus ropas harapientas y caras sucias revelando las condiciones del interior.

Saltó a la acera, sin esperar a que Grady abriera la puerta. Después de todo, estaba interpretando a un hombre y no requería su ayuda.

Algunos de los niños dejaron de jugar con la pequeña pelota que tenían y observaron mientras se dirigían hacia la puerta.

Una pequeña niña de no más de cinco años corrió hacia Grady y le tomó la mano.

—Hola, Cynthia. ¿Cómo está mi niña favorita hoy? —preguntó él.

Ashley cerró la boca de golpe, sin haber sabido que Grady conocía este centro o a los niños que vivían en él.

—Muy bien, gracias, mi señor. He aprendido mis números hasta el diez y mi abecedario.

Él le pellizcó la nariz, sonriendo, y el corazón de Ashley latió con fuerza ante la escena. No

sabía mucho sobre el hombre frente a ella, y verlo con la pequeña niña, orgulloso y feliz por sus logros, no era lo que esperaba al venir aquí.

—¿Me la presentarás? —preguntó Ashley, bajando la voz para sonar más masculina.

—Por supuesto —dijo Grady—. Esta es la señorita Cynthia Smith. Ha vivido en el orfanato desde que tenía un año de edad.

—Mi mamá murió y no había nadie que pudiera cuidarme —declaró sin vergüenza. Ashley sonrió, pero su corazón dolía por estos niños. La vida era tan dura y se volvía aún más difícil cuando no había nadie que los cuidara.

—Encantada de conocerte —dijo ella.

Una mujer mayor llegó a la puerta y los invitó a entrar al edificio, saludando a Grady con calidez. Les mostraron los dormitorios, las pequeñas aulas y el comedor. Había muy pocos juguetes y las camas parecían necesitar mantas.

—Entiendo por Lord Howley que está buscando apoyar nuestra causa aquí —dijo la Sra. Davies—. Estamos muy felices de recibir el apoyo y le agradecemos mucho si puede ayudarnos con la financiación.

—Haré todo lo que pueda —dijo Ashley, notando que la pequeña Cynthia se aferraba a la mano de Grady y no lo soltaba, sin importar a dónde fueran dentro del edificio.

Hablaron por un tiempo sobre la cantidad de niños que llegan al cuidado del orfanato. Cómo progresaba la educación para aquellos que aprovechaban la oportunidad de aprender. Qué tipo de resultado esperaban los niños una vez que se fueran.

Ninguna de las cifras era prometedora, y Ashley sabía que la pobreza a menudo reproducía más pobreza para aquellos criados en circunstancias tan difíciles y que era una carga dura de la cual liberarse.

No sin ayuda.

—Tengo amigos influyentes en Londres. Estoy segura de que podemos hacer mucho más para ayudar a su organización y a otras como la suya. Nosotros, la gente, les debemos una gran deuda por cuidar de aquellos que no pueden cuidarse a sí mismos.

Los ojos de la mujer mayor brillaron ante el cumplido y balbuceó palabras sin sentido mientras trataba de recuperar la compostura. —Es usted muy amable, y gracias. No es barato ni fácil hacer lo que hacemos aquí, y nos gustaría ver que todos los niños que pasan por nuestras puertas se vayan con un futuro más brillante que aquel con el que comenzaron.

Pasaron el resto de su visita con los niños, hablando con ellos y descubriendo lo que querían para sí mismos. La mayoría quería aprender a escribir y sumar, y conseguir trabajos que les dieran estabilidad y seguridad en esta gran e implacable ciudad.

En su viaje de regreso al garito, Ashley se quitó la peluca rubia y miró fijamente a Grady. Él estaba pensativo. Su atención fija en la ventana.

—No me dijiste que conocías el orfanato. ¿Por qué no dijiste nada? —preguntó ella, jugando con el cabello de su peluca, que descansaba en su regazo.

Él se encogió de hombros. —No mucha gente se interesa por estas cosas. Que tú lo hagas fue una sorpresa y una de las razones por las que accedí a ayudarte. Sabía que harías todo lo que amenazaste, sin importar si te ayudaba o no. Pero tales orfanatos necesitan más ayuda, y eres una mejor aliada que enemiga, así que elegí lo primero.

Ashley sonrió. —Es bueno que estés entrando en razón, milord. Y ayudaré, te lo garantizo.

Él la miró entonces, y el afecto que leyó en sus ojos verdes casi la hizo dejar su asiento para sentarse junto a él, pero no lo hizo. No hoy. No era el momento, pero pronto lo vería de nuevo. Solo necesitaba decidir qué harían a continuación.

El tiempo se arrastraría hasta que estuviera con él nuevamente, como lo había hecho desde la última vez que lo había dejado.

CAPÍTULO
QUINCE

EL LACAYO con su librea les dio la bienvenida cuando entraron en Whites. Esta noche Grady había accedido a mostrarle uno de los clubes de caballeros más exclusivos de Londres.

Ella era una mujer vestida de caballero y vería por sí misma dónde se congregaban tantos hombres y disfrutaban de su propio refugio privado, lejos de las debutantes y las madres obsesionadas con el matrimonio de la alta sociedad. Era algo que había anhelado ver.

Los hombres a menudo ridiculizaban a las damas por sus artimañas femeninas, su gusto por Almacks, por el chisme y demás, pero ¿acaso no hacían lo mismo aquí en Whites? Estaba el famoso libro de apuestas, por supuesto, que demostraba que disfrutaban del cotilleo y sabían de qué iba siempre la sociedad. Esta noche vería por sí misma cómo era este exclusivo club de caballeros y casi estallaba de emoción por entrar.

Ashley siguió a Grady escaleras arriba, y llegaron a una gran sala de café que daba a la calle. Esta noche había pocos asistentes, solo un puñado de miembros. Sin duda debido al baile de los Cavendish al que asistiría todo aquel que fuera alguien.

Sus hermanas estaban todas allí, y de nuevo Ashley había alegado agotamiento para quedarse en casa. No podría salirse con la suya con tales excusas por mucho más tiempo. Pensarían que estaba enferma y la enviarían a casa, y eso no serviría de nada.

Grady se dirigió a una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas, y se sentaron. Un lacayo se acercó de inmediato y tomó sus pedidos.

—¿Qué desea tomar esta noche, mi lord? —le preguntó el joven.

Ashley meditó un momento, ya que nunca antes le habían tomado un pedido así. Era una experiencia novedosa. —Una cerveza, por favor —dijo.

Grady sonrió desde el otro lado de la mesa antes de pedir un brandy. El lacayo se marchó, y Grady la miró a los ojos. —¿Una cerveza, Ash? ¿Alguna vez has probado una?

Ashley se encogió de hombros, mirando alrededor y acomodándose más en la silla de cuero. La habitación era opulenta, la alfombra Aubusson bajo sus pies gruesa y suave. Había libros en varias estanterías, el esquema de color de la habitación era masculino y oscuro. —No, pero he visto a mi padre beberla una o dos veces, y parece disfrutarla mucho. Estoy segura de que me pasará lo mismo —respondió, mirando hacia la puerta cuando un grupo de jóvenes dandis que no

había visto antes entró en el club.

—Ignora a cualquiera que entre y mantén tu atención en mí o en el periódico sobre la mesa frente a nosotros. No intentes llamar la atención sobre ti si puedes evitarlo. Sigues siendo absolutamente encantadora y femenina a pesar de tu ropa y corte de pelo masculino.

Ashley se inclinó hacia adelante para asegurar la privacidad. —¿Me estás diciendo, Lord Howley, que encuentras a un caballero apuesto? ¿Y lo suficientemente apuesto como para tentarte?

La mirada lasciva que le dirigió la hizo estremecer. —Si no hubiera sabido que eras una mujer bajo esa ropa, entonces sí, admito que te habría estudiado más a fondo. Pero esos pómulos altos y tu piel pronto te delatan. Ni un solo vello a la vista, y tampoco nuez de Adán.

Ashley tragó saliva y se subió la corbata para cubrir más su cuello. —Bueno, ha engañado a suficientes personas hasta ahora, y eso es todo lo que necesito que haga mi disfraz. Y en cualquier caso —añadió—, no quiero que nadie más me mire con interés.

—¿En serio? —dijo arrastrando las palabras, agradeciendo al lacayo mientras dejaba sus bebidas, dejándolos solos de nuevo—. Dime a quién te gustaría que te mirara.

Ashley lo miró a los ojos y esperó que pudiera leer todos los deseos y necesidades que sentía por el hombre sentado frente a ella. Lo deseaba, todo él, si tan solo le diera más de lo que ya le había dado a probar.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —lo provocó.

—Sí —dijo, señalando su bebida—. Tómate tu cerveza, y luego te mostraré el lugar. No podemos quedarnos mucho tiempo. Los entretenimientos de la noche solo mantendrán alejados a los caballeros por un tiempo, y no quiero que estés aquí cuando esté lleno.

Cogió su vaso y dio un sorbo. La bebida amarga y sin gas le revolvió el estómago, y luchó por no escupirla. —Puaj, es asquerosa. ¿Por qué no me dijiste lo horrible que era mi elección? —le preguntó acusadoramente.

Él se encogió de hombros, sorbiendo su brandy. —Era mucho más divertido verte probar algo nuevo. A veces, cuando experimentamos algo que nunca hemos probado antes, puede ser placentero, agradable, valioso.

Ashley entrecerró los ojos, teniendo la clara sensación de que ya no hablaba de bebidas. Cogió la cerveza de nuevo, decidida a bebérsela por completo aunque solo fuera para decir que la había probado en su totalidad y la había encontrado insatisfactoria.

La bebida no bajó fácilmente, pero ambos terminaron sus tragos en los minutos siguientes. —¿Qué tal ese recorrido? —sugirió ella.

Él desenredó sus piernas y se puso de pie. Ashley lo siguió, y él le mostró el comedor trasero central del edificio. Un pequeño pasillo partía de allí que los llevaba de vuelta a la escalera. Una sala en la parte trasera del edificio estaba reservada para las cartas y el juego.

Luego bajaron de nuevo, entrando en el vestíbulo principal. Las dos salas delanteras que daban a la calle estaban divididas por el vestíbulo principal en este nivel. Donde estaba la sala de

cartas arriba, abajo una sala de billar ocupaba el lugar de honor.

Justo cuando se dirigían de vuelta al vestíbulo principal, las puertas del club se abrieron, y entraron Lord Walsh y Lord Fenton. Entregaron sus abrigos a un lacayo que esperaba, y sin previo aviso, Grady la empujó a una pequeña habitación bajo las escaleras.

La poca luz que se filtraba mostraba que el pequeño espacio tenía un escritorio y otros objetos, un cubo y trapos. Tal vez un cuarto de limpieza. Grady permaneció en la puerta, escuchando lo que Lord Walsh decía en el vestíbulo.

—No creo que nos haya visto —susurró ella, abriéndose paso hasta el escritorio antes de sentarse en él. Balanceó las piernas, una pequeña sonrisa levantando sus labios mientras Grady persistía en mantener la guardia.

En el momento en que las botas rozaron los escalones de la escalera, solo entonces se unió a ella en el escritorio. Se paró frente a ella, alto y masculino, y el calor se acumuló en su centro.

Después de aquella noche en el carruaje de regreso de Vauxhall, sabía que lo deseaba de nuevo. Quería sentir lo que él podía hacerle.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó, extendiendo audazmente la mano para agarrar su chaqueta de superfina.

—No quieres saberlo —respondió él con voz grave y profunda.

Oh sí, sí que quería saberlo. —¿Quieres saber en qué estoy pensando yo? —inquirió.

Él se acercó cuando ella lo atrajo hacia sí. —Siempre —dijo.

—Bueno, quiero que me beses otra vez.

Grady no necesitó más persuasión para hacer lo que ella deseaba. Tomó sus labios en un beso ardiente, y el delicioso suspiro de ella mientras sus lenguas se entrelazaban lo excitó.

No podía tomarla aquí —en Whites, nada menos—, pero tampoco podía apartarse de su dulce boca.

Las manos de ella estaban por todas partes sobre él, tocándolo, deslizándose bajo su camisa, bajando hasta su trasero, atrayéndolo para que se acunara entre sus muslos.

No pudo evitarlo. Aprovechó la oportunidad para frotarse contra su sexo, siendo sus pantalones lo único que le impedía tomarla.

Estaba seguro de que ella también lo tomaría, pero se merecía algo mucho mejor que un revolcón rápido bajo las escaleras de un club de caballeros. Merecía seda y flores, champán y una cama digna de una reina.

Su reina.

—Oh, Grady —gimió ella, moviendo sus caderas contra él.

—¿Te gusta eso? —le preguntó.

—Sí —suspiró—. Me enloqueces de deseo. No puedo tener suficiente de ti —dijo.

Él tampoco parecía tener suficiente de ella. Algo que se dio cuenta con creciente preocupación. Ella era una dama, y él estaba tan lejos de ser un caballero como se podía estar. No podían estar juntos, a menos que ambos sacrificaran cosas en su vida que no estaba seguro de

que pudieran.

Grady guió sus caderas, ayudándola a cabalgar sobre él a través de la ropa. Nunca en su vida había llegado al clímax de esta manera, pero por Dios que quería hacerlo, justo en este momento.

Ella estaba sonrojada, con su dulce labio inferior atrapado entre sus dientes. Él quería bajarle los pantalones de un tirón y empalarla con su miembro.

El pensamiento hizo que sus testículos se tensaran, y supo que pronto llegaría al clímax.

Ashley emitía dulces gemidos entrecortados, echando la cabeza hacia atrás, sin importarle dónde estaban.

—Oh sí, Grady —suspiró.

El sonido de la risa de los hombres lo hizo volver a sus sentidos, y se quedó quieto cuando se oyeron pasos que entraban en la sala de billar afuera.

Ashley también se quedó quieta, ambos conteniendo la respiración mientras el peligro pasaba. —Tenemos que irnos —dijo él, sin darle oportunidad de hacerle cambiar de opinión.

Antes de salir, la apartó del escritorio y comprobó rápidamente que estuviera presentable. Se dirigió a las puertas principales, sin mirar a nadie que pudiera estar por ahí mientras Ashley lo seguía de cerca.

La llevaría a casa, sana y salva, y sin daño alguno. Excepto que él sabía el daño que ella le había causado. De alguna manera, ella también había logrado meterse bajo su piel en sus excursiones. Y ahora, no podía negarle nada.

Ni siquiera a sí mismo.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

—Así que ya ves, Hailey, esta es la obra benéfica perfecta a la que deberías donar y ayudarme a recaudar fondos. Ahora eres duquesa. La gente espera que ayudes a los demás, ¿sabes? —insistió Ashley, eligiendo cuidadosamente sus palabras para que su hermana la asistiera.

Estaban en casa esa mañana y esperaban visitas. Hailey dejó su taza de té, suspirando ante la continua mención del orfanato.

—¿Y cómo sabes de este orfanato? Espero que no hayas estado viajando a lugares a los que no deberías, y sin compañía. Sabes que Londres no es seguro, y ciertamente es muy diferente de Grafton. No puedes ir por ahí de la misma manera.

Ashley desechó sus preocupaciones con un gesto justo cuando el mayordomo anunció al primero de varios invitados.

—No lo he hecho, pero a través de amigos he sabido de este orfanato, y creo que debemos ayudar en todo lo que podamos. Necesitan juguetes y ropa para los niños, sin mencionar ropa de cama antes de los meses de invierno. Por favor, ayúdame —suplicó.

Hailey la miró un momento antes de asentir.

—Muy bien. Por supuesto que te ayudaré, y lo discutiremos más a fondo cuando no estemos ocupadas recibiendo invitados.

Ashley asintió, sonriendo a su hermana justo cuando Lord Walsh se inclinaba ante ella, tomando su mano y besándola. Un escalofrío de repulsión la recorrió antes de que él se sentara a su lado.

Ashley ajustó su asiento, aprovechando la oportunidad para alejarse un poco de su señoría.

—Lord Walsh, qué amable de su parte visitarnos.

—Lo es, ¿verdad? —respondió él—. He tenido la intención de hacerlo durante varios días, pero hoy, su día de suerte, pensé que finalmente debería venir y hablar con usted.

Ashley no comentó nada, simplemente esperó a que el lacayo le sirviera una taza de té a Lord Walsh.

—Qué afortunadas somos de que nos visite —mintió, con la advertencia de Grady sobre Lord Walsh resonando en su mente—. ¿De qué deseaba hablarme?

—Bueno, en cuanto a eso, quería decir lo original y audaz que es usted. No pensé que

ninguna mujer de la alta sociedad llamaría mi atención, pero usted, señorita Woodville, ciertamente lo ha hecho.

—¿De verdad? ¿Cómo así? —preguntó, aunque la presunción en sus ojos le decía que tal vez preferiría no saberlo en absoluto.

—La vi el otro día en un carruaje. Usted no me vio cuando pasó porque estaba enfrascada en una conversación dentro del vehículo, pero yo ciertamente la vi.

Algo en sus palabras le hizo un nudo en el estómago, y forzó una sonrisa en sus labios, esperando disuadirlo de cualquier cosa que pudiera haber visto que pudiera arruinarla. Dependiendo de cuándo su señoría la hubiera visto, claro está.

—Me sorprende que pudiera distinguir a alguien en un carruaje, a mí o a cualquier otra persona, milord. Los vehículos pasan tan rápido que uno a menudo se equivoca al creer haber vislumbrado a alguien.

Él se rió, negando con la cabeza.

—Oh, no, no me equivoqué. La vi con Lord Howley, sola además, debo añadir. Pero lo extraño de todo esto es que usted llevaba ropa de hombre. La seguí, por supuesto. Estaba en esa parte de Londres y tenía mi caballo a disposición, y la alcancé en el orfanato que estaba visitando. Al principio, pensé que me había equivocado, que no era usted quien visitaba las instalaciones, pero luego la vi caminar y supe que era usted. El contoneo de sus deliciosas caderas es algo que está grabado en mi mente.

Ashley tragó saliva, obligándose a no reaccionar a sus palabras, pero poco pudo hacer para evitar que la sangre se le drenara del rostro. Quería reprenderlo, darle una buena lección por sus palabras directas y groseras. Cómo se atrevía a pensar que podía hablarle a cualquier dama de manera tan solapada.

Ashley calmó su corazón acelerado y su temperamento y luchó por no delatarse.

—Me hace reír, milord. ¿Por qué tendría yo razón para usar ropa de hombre en un orfanato? ¿Está seguro de que no había bebido demasiado vino ese día? —preguntó, tratando de disuadirlo del hecho.

—Oh, no, era usted, sin duda. Lord Howley a su lado, con esa mirada lobuna que pone cuando ve a una mujer que quiere follarse. Y como sé que sus gustos no se inclinan hacia el género masculino, me convenció aún más de que era usted a quien vi.

Ashley ya había oído suficiente de su grosería. Se puso de pie, y él la agarró del brazo, tirando de ella para que se sentara.

—No lo niegue. Sé que era usted, y quiero saber por qué se asocia con Howley. Es un marginado, un don nadie. Debería comportarse mejor considerando con quién se casaron sus hermanas. Asociarse con un hombre así solo traerá vergüenza a su familia.

El insulto contra Grady la irritó, y luchó por no gritarle que él era el vil y que debería ser ostracizado de la sociedad. Sus modales, tales como eran hoy y su discurso grosero e irrespetuoso hacia ella, mostraban a un hombre nada parecido al que se presentaba ante la alta

sociedad.

—Está equivocado, milord. No era yo a quien vio, y no hay nada más que decir al respecto —Alcanzó su taza de té, agradecida de que su mano no temblara—. ¿Hay algo más que desee discutir antes de que dé un paseo por la sala? ¿O le gustaría expresar más palabras vulgares solo para mis oídos? —le preguntó, con voz tranquila y dulce. Nada parecido al tumulto que se agitaba dentro de ella.

Él meneó un dedo frente a su cara, chasqueando la lengua.

—Oh, no, no lo hará, señorita Woodville. Esta conversación está lejos de terminar. Con este conocimiento, hay cosas que quiero. Cosas que solo usted puede dar, y que accederá a menos que quiera que la arruine a usted y a su hermana en Grafton, que aún debe hacer su debut.

El miedo se le revolvió en el estómago, y levantó la barbilla, decidida a no ser chantajeada por semejante criatura. Él no podía probar nada sobre ella.

—¿De verdad, milord? Cuénteme —dijo—. Soy toda oídos.

—Quiero que se case conmigo. Aunque sé que su familia son meros granjeros del campo, sus dotes son sustanciales, según he oído. Además, se ajustará a mis gustos, que varían de vez en cuando, pero siempre disfruto de las morenas. Eso nunca cambiará.

Ashley casi devolvió sus alimentos ante la idea de casarse con el hombre frente a ella. ¿Estaba loco? Nunca haría lo que él deseaba.

—Como dije, está equivocado al pensar que estaba con Lord Howley. Apenas conozco al caballero. Como usted mismo dijo, rara vez asiste a eventos sociales.

—Asistió a tu presentación en sociedad, lo cual es prueba suficiente si estuviera buscando un vínculo entre ustedes dos. No ha asistido a ningún evento de la alta sociedad en años, no después de que su madre fuera expulsada por una buena razón. No sufras el mismo destino que ella. Odiaría que arruinaras tu futuro simplemente porque tenías alguna esperanza infundada de casarte con Howley. Él nunca se casará. Eso es algo que se sabe del hombre.

Ashley intentó ignorar la punzada de desesperación que las palabras de Lord Walsh provocaron en ella. Había albergado la secreta esperanza de que Grady volviera a la sociedad y la deseara tanto como ella lo deseaba a él.

No solo por las salidas secretas que la estaba ayudando a disfrutar, sino porque lo quería como su esposo. Quería que fuera el hombre con el que envejeciera, tal vez tener hijos si tenían la fortuna. No lo deseaba con el hombre que tenía delante.

—Le diré algo, señorita Woodville. Le daré una semana más o menos para que piense en mi propuesta. Pero si decide poner a prueba mi palabra sobre arruinarla, le sugeriría que no me dé la respuesta que desencadenaría tales eventos.

—Es usted un hombre despreciable. Había pensado que quizás lo que había oído de usted podría estar equivocado, que no era tan terrible como me lo habían pintado. Pero me equivoqué y he estado creyendo lo mejor de alguien que no lo merece.

—Miente. Nadie mancharía mi nombre. Soy un ciudadano respetable de Londres, un buen

partido para cualquier joven, si me permite decirlo. Así que tenga cuidado, señorita Woodville. Si vamos a casarnos, no querrá verme de mal humor. Ese rasgo, lo admito, no es tan bonito como mi rostro.

Ashley se puso de pie, apartando la mano de Lord Walsh de un manotazo cuando intentó nuevamente retenerla cerca. —Abandone la casa de mi hermana ahora antes de que le pida al duque que lo escolte fuera. No es bienvenido aquí de nuevo.

Él sonrió con suficiencia, la diversión vergonzosa en su mirada hizo que se le helara la sangre. —Enviaré noticias en una semana y esperaré una respuesta suya entonces. Que tenga un buen día, señorita Woodville. Siempre es un placer.

Ashley observó cada uno de sus pasos mientras salía de la habitación. ¿Qué iba a hacer? Qué desafortunado era que la hubieran visto con Grady, especialmente cuando habían sido tan cuidadosos de no ser descubiertos.

Solo había una cosa que hacer. Tendría que dejar de hacer sus excursiones por Londres durante al menos las próximas semanas. Ser vista en cada baile y fiesta, para que nadie creyera sus mentiras cuando Lord Walsh intentara manchar su nombre.

Ciertamente no podía ser vista con Grady de nuevo. No hasta que hubiera superado este problema preocupante.

Ashley tragó saliva, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con brotar. No quería mantenerse alejada de él. En ese momento, quería correr hacia él, que la abrazara y le dijera que todo estaría bien. Que no dejaría que nada le pasara y que no se vería obligada a casarse con un hombre al que había llegado a detestar debido a su error.

Un error de su propia creación.

CAPÍTULO
DIECISIETE

GRADY DABA golpes con los talones frente al Museo de Londres, esperando que Ashley llegara, pero dos horas después de la hora acordada, ella aún no se había presentado.

Cuando no envió una nota ni explicó su ausencia en su excursión a Richmond, supo que algo andaba mal. O al menos algo había sucedido, y ella no se lo estaba contando.

¿Se habría aburrido de sus salidas? ¿Habría encontrado a alguien más para hacer su voluntad? ¿Algún otro caballero la habría deslumbrado? Grady se reclinó en su silla detrás de su escritorio y miró con furia el pergamino de facturas de los muchos comerciantes que abastecían su infierno.

Echó un vistazo al reloj en la repisa de la chimenea. Ya pasaban de las diez de la noche, los eventos de la alta sociedad apenas empezarían a animarse, y era una oportunidad perfecta para encontrar a Ashley y ver qué tramaba.

No quería pensar que tal vez la mujer que ocupaba su mente día y noche se hubiera encariñado con otro caballero y pronto anunciaría su compromiso con él.

Se apartó de su escritorio, dirigiéndose a su alcoba y cambiándose rápidamente por un traje de superfina que siempre tenía listo. Esta noche era el baile del Marqués de Craig, que mantenía a muchos caballeros lejos de sus puertas, al menos hasta las primeras horas de la madrugada cuando entrarían tambaleándose en su garito y perderían dinero que algunos ni siquiera tenían para perder en primer lugar.

Se paró frente a su espejo, anudándose la corbata antes de dirigirse a la puerta, decidido a averiguar qué le había pasado a Ashley. ¿Estaba bien? No había oído que estuviera enferma, pero eso no significaba que no lo estuviera.

El viaje en carruaje a Mayfair tomó varios minutos, y pronto se encontró de pie en las puertas de entrada del salón dorado, donde los cientos de invitados no prestaban atención a su presencia.

La gente deambulaba por el borde de la sala mientras otros bailaban la alemanda. El aroma a sudor y perfume impregnaba el aire, y él paseó su mirada por el mar de cabezas, tratando de encontrar a su presa.

Y entonces la vio. De pie junto a Lord Walsh, su palidez, el disgusto y el miedo que acechaban en sus ojos eran algo que nunca deseaba ver en ninguna mujer, y menos aún en

Ashley.

Empezó a caminar hacia ellos, sin importarle si su franqueza causaba revuelo. Sabía que necesitaba estar a su lado y mantenerla a salvo del buitre que se cernía sobre ella como si fuera su próxima presa.

Lord Walsh lo vio primero, el asombro se registró en el rostro del bastardo, seguido por su palidez, calentando las fibras de su corazón.

—Lord Howley, qué bueno que haya venido. Señorita Woodville —dijo Walsh.

La atención de Ashley voló hacia él como si estuviera lista para saltar a sus brazos y dejar que la alejara del infierno que estaba viviendo. Lo cual no estaba seguro de que no fuera a hacer. —Recuerda a Lord Howley, por supuesto. Sé que se conocen.

Grady encontró los ojos de Walsh y fulminó al bastardo con la mirada. ¿Qué estaba insinuando? ¿Era esta la razón por la que ella no había ido a verlo? —Buenas noches, señorita Woodville. Espero que haya estado disfrutando de la temporada desde que nos vimos por última vez en su baile de presentación —le recordó a Walsh, sin estar dispuesto a permitir que ninguna calumnia manchara la reputación de Ashley.

—Oh, por supuesto, su presentación —dijo Walsh, con voz burlona.

Ashley hizo una reverencia. —Mucho, milord. No pensé verlo aquí esta noche. ¿Espero que haya venido a bailar? —preguntó, mirándolo con tanta esperanza que no pudo negarse.

Extendió su mano, que ella tomó sin dudar. —Por favor, concédame este próximo baile, señorita Woodville, aunque debo disculparme porque mi baile puede ser un poco tosco ya que nunca participo en esta actividad.

—No me importa en absoluto —respondió ella—. Me encantaría bailar con usted.

Grady la llevó a la pista de baile justo cuando los músicos comenzaron a tocar un minué. Grady la atrajo a sus brazos, disfrutando de la sensación de tenerla de nuevo. A pesar de negar sus sentimientos por la mujer, la había echado de menos y se había preocupado por ella durante el tiempo que estuvieron separados.

El alivio lo inundó al ver que estaba a salvo y bien, y sin importar la razón por la que no había estado cerca de él estos últimos días, nada podía ser tan malo como no estar juntos como lo habían estado.

—¿Dónde has estado? No asististe al Museo de Londres ni al paseo a Richmond como acordamos. Tuve que venir a buscarte y asegurarme de que todo estuviera bien.

—Lo siento, milord —dijo ella, mirando al suelo antes de lanzar una mirada rápida hacia Lord Walsh, que seguía observándolos.

—Ya no puedo participar en nuestras excursiones, aunque por supuesto, ayudaré al orfanato como acordamos. Ya tengo a mi hermana, la duquesa, ayudándome con la financiación.

—No me importa nada de eso. Sé que cumplirás tu palabra, pero ¿por qué no has venido a verme? —preguntó, odiando sonar como un tonto enamorado que no podía vivir sin la mujer en sus brazos.

No estaba seguro de no ser ese hombre.

Dios mío, en qué me he convertido, se preguntó mientras esperaba su respuesta.

Díselo, Ashley. Las palabras resonaban en su mente, y sabía que debería contarle a Grady lo que Lord Walsh la estaba amenazando. Él la ayudaría, detendría la amenaza o al menos sabría qué hacer.

Levantó la mirada hacia él, la preocupación en su rostro casi rompiendo su resolución de permanecer callada.

No podía decírselo. Ya lo había arrastrado a sus juegos cuando él nunca había pedido involucrarse en primer lugar. Él nunca había querido llevarla por Londres, mostrarle todo lo que no podía aprender y ver sin su ayuda.

—Lord Walsh no es más que una molestia que pronto se cansará de mí y buscará a otra. No hay nada malo. Simplemente he visto todo lo que deseaba de Londres y ya no necesito tu ayuda.

—¿En serio? —dijo con sorna, sus palabras burlonas como si no le creyera, y no debería hacerlo. Nada de lo que ella había dicho era cierto—. ¿Por qué siento que no me estás diciendo la verdad? Hay algo más detrás de por qué no has venido a verme. Lo sé. No puedes haber sido tan apasionada, sentir lo que creí que sentías en mis brazos, y luego cortarme como si no te importara.

Ella le sostuvo la mirada y tragó saliva con dificultad. No podía casarse con el hombre que tenía delante. Él era todo aquello de lo que le habían advertido que se mantuviera alejada, y sin embargo, casarse con Lord Walsh, un lobo que se paseaba como si fuera un santo, era mucho peor.

Grady nunca la había amenazado, intimidado o intentado aprovecharse de ella. Era amable, atento y tan apasionado. Puede que no formara parte del Londres de moda, pero eso no lo hacía menos atractivo. Si acaso, lo hacía más.

—Somos amigos, y te agradezco sinceramente por mostrarme el Londres que de otra manera no conocería, pero leer más allá de lo que ha estado sucediendo entre nosotros es un error que deberías corregir en ti mismo.

—Vaya —dijo él, llevándola a un lado de la habitación y alejándose de ella—. No pensé que pudieras ser fría, señorita Woodville, pero parece que me equivoqué.

Ella asintió, mirando más allá de Grady para ver a Lord Walsh sonriéndole con suficiencia a unos metros de distancia—. No soy fría, me agradas mucho como amigo, pero no debes creer más que eso. Sé que no eres del tipo que se casa. Tendrías que estar ciego para no verlo por ti mismo. Y esa es tu elección que no intentaré cambiar. Eres un hombre activo, y mi insistencia en que me lleves por todo Londres es un estorbo. Debí haberlo sabido mejor. No volveré a importunarte.

Él hizo una reverencia, las duras líneas de su rostro haciendo que ella quisiera retorcerse bajo su inspección. ¿Sabía que estaba mintiendo? ¿Quería desenmascarar sus falsedades?

—Asegúrate de no hacerlo —espetó él, sus palabras cortándola hasta el alma antes de darse

la vuelta y salir a zancadas. Ashley lo vio desaparecer por las puertas del salón de baile, deseando ir tras él. Quería decirle la verdad. Pero como caballero, mucho más honorable que Lord Walsh, Lord Howley se sentiría obligado a ofrecer matrimonio si lo que se sabía de ella se convertía en un rumor en la alta sociedad.

Ella no quería que ningún hombre se casara con ella por deber y no por amor.

Miró con furia a Lord Walsh y se dirigió hacia su hermana Hailey, deseando volver a casa y alejarse de la viciosa alta sociedad.

Lejos de un hombre al que aborrecía más con cada respiración. En casa, al menos, no tenía que tolerarlo ni escuchar sus amenazas.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

ASHLEY PASÓ los siguientes tres días atormentada. Las palabras que le había dicho a Grady la torturaban. No importaba si estaba en un baile o en una cena, nada impedía que pensara en lo que le había dicho. Las mentiras que había pronunciado.

Se encontraba sentada en un coche de alquiler, vestida como un hombre como solía hacer cuando viajaba al East End. Vería a Grady y lo haría escucharla para poder decirle la verdad. Se disculparía y pediría ayuda.

Él sabría cómo podría librarse de Lord Walsh, quien parecía más decidido que nunca a causarle problemas. El carruaje se detuvo con una sacudida, y ella saltó, lanzando al conductor una moneda de plata antes de dirigirse a la entrada trasera del garito.

Vestida como estaba, sabía que podía entrar por las puertas principales, pero necesitaba ver a Grady a solas. No podía arriesgarse a que Walsh estuviera allí y la viera una vez más visitando a un hombre sin compañía en medio de la noche.

Pasó junto a varios trabajadores que le lanzaron miradas interesadas mientras caminaba a zancadas, dirigiéndose a la puerta. Por qué ninguno de ellos le preguntó qué hacía allí era curioso, y no pudo evitar preguntarse si Grady les habría hablado de su amigo Ash, que era bienvenido allí.

Ashley subió las escaleras y se detuvo en seco frente a la puerta de la oficina de Grady. Él estaba sentado en su silla, reclinado hacia atrás y sonriendo a la mujer que estaba sentada en su escritorio frente a él.

Tragó la bilis que le subió por la garganta, y el jadeo de sorpresa, que para su mortificación fue completamente femenino, no masculino como pretendía aparentar, se escapó de sus labios.

La atención de Grady se dirigió bruscamente hacia la puerta, y se puso de pie, su silla golpeando la pared detrás de él.

—Señor Ash —dijo, usando su alias.

La mujer en su escritorio se giró para mirarla, y debió haber algo en Ashley que la delató, porque la sonrisa burlona de la mujer pronto desapareció de su rostro maquillado y se convirtió en un ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, rodeando su escritorio.

Ashley observó, fascinada, cómo la mujer se deslizaba del escritorio y deambulaba por la habitación hasta la chimenea, donde se quedó calentándose. Su vestido, o lo que quedaba de él, colgaba de ella, dejando poco a la imaginación de los hombres.

—Disculpas. Veo que estás ocupado —Ashley huyó por el pasillo tan rápido como sus pies se lo permitieron.

¿Qué estaba haciendo allí? Por supuesto, él tenía una vida antes de que ella se involucrara en ella. Sabía que era el tipo de hombre que tendría una amante, si no amantes. Por qué se creería superior a su pasado, tenía poca idea. Una distracción que lo haría renunciar a todo lo que tenía antes. Se había estado engañando, y no debería estar allí. Las lágrimas inundaron sus ojos, y aceleró el paso, necesitando alejarse antes de que él viera lo mucho que la escena la había alterado.

Una mano cálida y fuerte se envolvió alrededor de su brazo y la detuvo justo cuando llegaba a las escaleras.

—Oh, no, eso sí que no —gruñó Grady detrás de ella, arrastrándola a una habitación en la que no había estado antes. Era tan opulenta como la suite ducal en la casa de su hermana, y por un momento, se quedó estupefacta, absorbiendo la grandeza.

—¿Esta es tu habitación? ¿Aquí? —logró decir, incapaz de encontrar las palabras para expresar lo que su mente estaba viendo. Una gran cama con dosel con rica ropa de cama de terciopelo azul se apoyaba contra una pared, una gran chimenea de mármol ardía y daba a la habitación un calor que le faltaba al semblante de su dueño en este preciso momento. También tenía un escritorio aquí, cubierto de papeles y una pluma dorada que habría sido perfecta para robar durante su primera incursión en su guarida.

Cruzó los brazos y levantó la barbilla. La ira palpitaba en su interior por haber lo visto con otra mujer y parecer encantado con ese hecho. El pensamiento hizo que sus ojos ardieran aún más, y luchó por no sollozar.

—Sí —dijo él, cerrando la puerta con llave y pasando junto a ella para acercarse al fuego. Se volvió para mirarla. Su boca se apretó en una línea de desagrado—. Pensé que estarías en algún baile o cena esta noche. Se rumorea que pronto te comprometerás con Walsh. Debería ofrecerte mis felicitaciones, pero creo que mis condolencias serían más apropiadas.

Ella negó con la cabeza. ¿Acaso Lord Walsh había difundido tales mentiras sobre sus intenciones por todo Londres? ¿La gente pensaba que estaba ansiosa por ser su esposa? La mortificación la inundó, y el calor besó sus mejillas.

—Estaba en un baile. Me fui. Necesitaba verte —admitió—. Para explicarte por qué necesito distanciarme de ti.

Él alzó las cejas, su fuerte mandíbula y sus mejillas cinceladas parecían más amenazantes bajo la luz del fuego de su habitación—. Explícate, señorita Woodville —le pidió, sus ojos ardiendo de dolor y decepción. Ambas emociones eran algo que ella había causado y no con orgullo.

Se acercó a él, necesitando estar cerca—. Lord Walsh me ha visto contigo. Aunque no he admitido sus acusaciones, está amenazando con contarle a todos lo que ha visto a menos que me case con él.

—¿Qué? —ladró—. Ni hablar. —Grady la agarró por los brazos y la sacudió un poco—. ¿Qué dijo exactamente ese bastardo? Necesito saberlo antes de matarlo.

Ashley relató su conversación con Lord Walsh, palabra por palabra, y la mirada asesina en el rostro de Grady le provocó un escalofrío por la espalda.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo, llevándola a sentarse en un diván cercano—. Yo habría puesto fin a sus amenazas. No puede probar nada, y no tiene nada si tú no lo admites.

—Sé eso, y no he dicho ni una palabra, pero sentía que era tan mala como él y no podía decirte la verdad. Te forcé a entrar en mi lío. Manipulé tu conciencia para que me ayudaras a recorrer Londres. Incluso sabiendo el estilo de vida de soltero que llevas y que sería poco probable que ofrecieras matrimonio, una unión que necesitaría si alguna vez me atraparan. —Se encogió de hombros, sin saber qué hacer—. Si Lord Walsh cumple su amenaza, no quería que te vieras obligado a proponerme matrimonio. —Ashley hundió la cabeza entre sus manos—. Lo siento mucho por traer tantos problemas. —Se puso de pie, necesitando irse—. Parecías ocupado cuando llegué, y he irrumpido de nuevo. Debería irme. Solo quería que supieras por qué no puedo verte más.

Ni hablar de que no la volvería a ver. Grady la hizo volver a sentarse en el diván, sin querer que se fuera a ninguna parte. No estaba seguro de qué le pasaba cuando estaba cerca de Ashley, pero sabía que no estar con ella era peor que cualquier otra cosa.

Él era un paria en la sociedad. Su familia nunca lo aprobaría, especialmente porque su padre no ocultaba su creencia de que Grady ni siquiera era legítimo.

Era una mentira, desmentida por muchos, pero aun así, la sombra acechaba, y dudaba que la familia de Ashley quisiera que esa sombra la siguiera a ella —o a los hijos que tuvieran —.

Aun así, no podía dejarla ir. No podía dejar que pensara que él no quería ayudarla o estar con ella tanto como pudiera.

—No estaba ocupado en absoluto —mintió, sabiendo que su amante estaba intentando, sin mucho éxito, cabe añadir, llevarlo a su cama. Había permitido su coqueteo, pero nada más. La idea de acostarse con alguien no le atraía en absoluto, no si ese alguien no era la mujer sentada frente a él.

—Pero la dama en tu oficina. No debería haber irrumpido —dijo ella de nuevo.

Grady le levantó la barbilla para encontrarse con sus ojos, necesitando ver su hermoso rostro. —La dama es parte de mi pasado, Ashley —admitió, sin estar seguro de por qué era tan honesto cuando se trataba de ella—. Si quisiera estar con ella, no te habría perseguido fuera de mi oficina como si los sabuesos del infierno estuvieran mordisqueando mis botas.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa, la esperanza iluminando sus ojos por primera vez esa noche. —Necesito confesarte algo —dijo.

—¿Qué? —respondió él, bebiendo de su hermoso rostro mientras esperaba que ella encontrara el valor para decir lo que debía.

—Cuando te obligué a ayudarme a tener mis noches en Londres, fue porque la primera vez que te vi, te quise para mí. Y cuando me besaste en el carruaje, supe que nunca podría alejarme de ti.

Grady deslizó su mano por su nuca, acercándola. Inclinó la cabeza, suspirando en parte de placer y alivio al besarla una vez más. Ella era su hogar, dulzura y fuego todo envuelto en un delicioso y encantador paquete que era Ashley Woodville.

Sus lenguas se entrelazaron, y ella se acercó más, sus manos aferrándose a las solapas de su abrigo. —Dame esta noche, Grady —pidió—. Dame una última petición.

¿Última? Que lo condenaran si esta sería la última vez que la tuviera en sus brazos. —Te daré todo lo que pueda, Ashley —dijo, amando el sonido de su nombre en sus labios. La besó de nuevo, el placer vibrando a través de él, caliente y salvaje, a diferencia de cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Forcejeó con su chaqueta y camisa, sin haber desvestido a otro hombre antes. Ella no rehuyó su toque. Sus dedos se mezclaron con los de él mientras se despojaban de sus ropas.

No debería vivir a la altura del libertino que era, pero nada, ni siquiera otro escándalo en los muchos de su vida, podría impedirle tenerla. De darle lo que ella quería.

Esta noche sería la primera, pero no la última.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Los nervios recorrían su piel mientras Grady la despojaba de su ropa. Sus propias manos estaban ocupadas quitándole el chaleco y la camisa. No llevaba corbatín, y la visión de su pecho, con su dispersión de vello oscuro, la dejó sin aliento.

Nunca había visto a un hombre desnudo antes, y aunque todavía llevaba sus pantalones, sabía que pronto vería todo de él, cada delicioso centímetro de su cuerpo.

Ashley extendió la mano, recorriendo su pecho. Los músculos se contrajeron bajo su toque. Estaba caliente, su respiración tan agitada como la de ella.

—Eres tan musculoso —dijo, mordiéndose el labio y disfrutando de su pequeño recorrido por su cuerpo.

—Eres tan hermosa —dijo él, quitándole la peluca. Su cabello se derramó sobre sus hombros. En su prisa por verlo, no lo había trenzado ni recogido.

Ashley se arrodilló en el diván y empujó a Grady sobre los numerosos cojines que los rodeaban. —Quiero estar contigo tanto —admitió, inclinándose para besarlo. Gimió cuando las manos de él rodearon su cintura y se deslizaron sobre su trasero, apretándola.

—Yo también quiero estar contigo —dijo él. Alcanzó los botones de sus pantalones y los abrió de un tirón, deslizándolos por sus piernas. Ashley le ayudó en sus esfuerzos y los pateó el resto del camino.

Él rodó sobre ella, inmovilizándola debajo de él, y ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura. La sensación de tenerlo encima, su calor y su fuerza, la sensación de su hombría engrosada presionando contra su sexo era demasiado. No podía esperar mucho más.

Hizo lo mismo que él y abrió los botones de sus pantalones de un tirón. Grady se movió fuera del diván, alzándose sobre ella mientras se bajaba los pantalones. Ashley suspiró, su atención pasando de su hermoso rostro a su pecho musculoso. Sus ojos prometían cosas perversas y encantadoras que ella aún tenía que aprender.

Su mirada se deslizó hacia la V en la base de su estómago hasta el miembro erecto y pesado que se erguía en atención.

Su atención, una parte perversa de su mente cantó.

Recordaba a un dios griego, magnífico y viril.

Grady se arrodilló al borde del diván, sus ojos brillando con una perversidad que ella nunca había visto antes.

La atrajo bruscamente hacia él, y Ashley chilló antes de quedarse quieta cuando su boca comenzó a besar el interior de su muslo.

Tragó saliva, intentó relajarse y miró al techo mientras esperaba lo que él haría. El calor se extendió por su rostro, y se alegró de que él no pudiera ver su vergüenza.

La sensación de su lengua rodeando la piel sensible de su muslo la hizo doler, y se quedó quieta, esperando lo que haría a continuación. Esperando que lo que imaginaba que él haría se hiciera realidad.

Pequeños y suaves besos rozaron su monte de Venus, y ella gimió, dejando caer sus piernas abiertas, permitiéndole tomar tanto como ambos querían.

—Eres una dulce diablilla —murmuró antes de que su lengua se deslizara por su sexo, provocándola, besándola con caricias implacables—. No puedo tener suficiente de ti —admitió.

Ashley gimió, sus manos alcanzando para sostener su cabeza donde le hacía el amor con su boca, sin querer que se moviera nunca de sus perversas atenciones.

Su boca la besaba, succionaba y provocaba. Arriba y abajo, la besaba antes de que la presión de un dedo rodeara el exterior de su sexo.

—Grady, sí, por favor, sí —murmuró ella, su mundo girando fuera de control.

—¿Te gusta que te folle con mi boca? —le preguntó, sus palabras crudas solo aumentando su placer.

—Sí, sí, me gusta —admitió.

Lentamente, empujó un dedo en su carne húmeda y dolorida, y las estrellas flotaron detrás de sus párpados. Imitó lo que ella suponía que haría el falo de un hombre con su dedo. Con las atenciones de su boca, su lengua, el calor recorrió cada parte de ella.

Su cuerpo se sentía vivo, en llamas, necesitado y ávido de más. Él trabajaba en ella, le hacía el amor con su boca, y era demasiado. La sensación que había provocado en ella en el carruaje hormigueaba en su sangre.

Cerró los ojos y permitió que las sensaciones crecieran, florecieran y estallaran.

Y entonces lo hicieron.

El placer la sacudió. Grady gimió contra su sexo, su mano y su boca trabajando en ella hasta el frenesí. —Grady —gritó, sosteniéndolo contra ella como una desenfrenada, deshecha por cómo la hacía sentir y sin importarle cómo sería percibida mientras él no se detuviera.

Mientras su placer disminuía, él se colocó sobre ella, posicionándose en su centro. —¿Estás segura? —preguntó, la sensación de su miembro, duro y enorme en su entrada, ya no tan atemorizante como había sido.

Ahora el pensamiento de tenerlo dentro de ella, tomándola como ambos deseaban, era un deseo que no quería esperar ni un segundo más.

—Estoy segura. Por favor, te quiero —dijo.

Se deslizó dentro de ella, su humedad, la sensación de su orgasmo extendiendo su placer. No podía tener suficiente de él. ¿Cómo podría alejarse ahora, después de lo que habían compartido esta noche?

La besó. Fuerte. Su boca exigía una respuesta que ella estaba feliz de dar. Ashley se envolvió a su alrededor, sosteniéndolo mientras la tomaba con embestidas implacables e imperiosas. No hacían el amor. Esto era demasiado rápido, demasiado duro y furioso para tales sentimientos. Él la poseía, la marcaba con su toque y la empujaba a alturas que nunca antes había escalado.

—Ashley —gimió, sus lenguas enredándose, sus cuerpos unidos.

—Grady —susurró ella en respuesta, encontrando sus ojos.

Él la observaba, la tomaba, y algo dentro de ella cambió. Una sensación y un sentimiento como ninguno que hubiera conocido antes vibraron a través de ella, y supo que su vida nunca sería la misma después de esta noche.

Y esperaba que no lo fuera. Porque una vida sin Grady no era vida en absoluto. ¿Cómo lo convencería? Eso no lo sabía, pero sabía que lo intentaría. Su felicidad futura dependía de ello.

Grady caminaba de un lado a otro en su despacho la noche siguiente. Después de haber acompañado a Ashley a casa en las primeras horas de la mañana. Antes de que su hermana y el duque regresaran de los entretenimientos nocturnos. No podía esperar para verla de nuevo.

No estaba acostumbrado a sentir esa nueva emoción, pero era algo a lo que podría habituarse. El sonido de un carruaje llamó su atención, y echó un vistazo al patio de entregas. Había instruido a su cochero para que la dejara allí y sonrió al ver a Ashley bajando del carruaje.

Sus movimientos eran cuidadosos y femeninos, nada parecidos a la ropa de hombre que llevaba puesta.

Comenzó a cruzar la habitación, dirigiéndose a las escaleras, y la encontró a mitad de camino. Sin paciencia para esperar un momento más, la atrajo hacia sus brazos, besándola profundamente.

Ella era cálida, acogedora y apasionada, y su cuerpo rugía con la necesidad de tenerla. Con la presencia de ánimo de mantenerla siempre a salvo.

—¿Estás lista para nuestra aventura? —le preguntó, tomando su mano y comenzando a bajar las escaleras hacia el carruaje que esperaba afuera.

—Sí, pero no me has dicho a dónde vamos. ¿Estoy vestida adecuadamente? —le preguntó ella.

Él asintió, soltando su mano antes de entrar al patio, para evitar que alguno de sus trabajadores lo viera tomado de la mano de un joven varón. No era el tipo de escándalo en el que quería verse envuelto. Ya era bastante malo si lo atrapaban con una heredera, una debutante soltera, sin añadir más leña al fuego que habían creado.

Abrió la puerta y observó cómo ella subía al carruaje. La vista de su trasero redondo y respingón le hizo agua la boca, y sus manos ansiaban tocarlo.

Grady la siguió y dio un golpecito en el techo, indicando a su cochero que partiera. —Pensé

que esta noche deberíamos hacer algo relativamente a solas.

Ella ladeó la cabeza, lanzándole una mirada inquisitiva. —Eso no es nada útil, Grady. Dime, ¿a dónde vamos? —le preguntó, sentándose a su lado y tomando su mano, jugando con sus dedos con los suyos propios.

Estaba tan feliz y despreocupada que su estado de ánimo era contagioso, y él quería bañarse en su luz. Nunca abandonar la comodidad que ella aseguraba.

—No tardaremos mucho en llegar —dijo, tocando su nariz con el dedo—. Paciencia, querida mía.

Ella puso los ojos en blanco, pero su sonrisa revelaba su estado de ánimo. Se inclinó hacia adelante, mirando por la ventana, sin duda tratando de ubicar su posición.

—Nos dirigimos hacia el Támesis —Se volvió para mirarlo—. ¿Vamos a una aventura? ¿Me estás llevando en la oscuridad de la noche para casarnos en Gretna?

Él soltó una carcajada, pero la idea tenía mérito. —¿Aceptarías una fuga si consiguiera los medios para tener una? —preguntó, sin saber de dónde venía esa extraña propuesta, pero sin arrepentirse.

Ella se acurrucó a su lado, mirándolo a los ojos. —Iría a cualquier parte contigo. Solo tienes que pedirlo —dijo, con esperanza y expectación ardiendo en sus hermosos ojos marrones.

El carruaje se detuvo, y aparentemente olvidando toda su conversación, Ashley saltó hacia la puerta, mirando para ver dónde estaban.

—Estamos en el Támesis —dijo, con voz insegura.

—Sí, y ahora comienza nuestra aventura.

CAPÍTULO VEINTE

ASHLEY ABRIÓ la puerta del carruaje antes de que Grady pudiera hacerlo por ella y saltó. Miró a su alrededor e intentó ver cuál sería la aventura que su amado había organizado para la noche.

El sonido del agua chapoteando llenaba el aire nocturno, junto con risas y música. Se dio la vuelta y divisó una taberna un poco más allá en el muelle. Grady se acercó a ella, señalándole unas escaleras que conducían hasta la orilla del agua.

—¿Es seguro? —preguntó ella, deteniéndose en lo alto. Las escaleras estaban oscuras, con solo la luz de la luna sobre el agua iluminando el lugar adonde él quería que fuera.

—Por supuesto que lo es —silbó, y apareció una lámpara en la base de las escaleras, un hombre sosteniéndola en alto para ayudarles a encontrar el camino.

Grady la tomó del brazo y la ayudó a bajar. Los nervios y la emoción convergían en su vientre. Nunca antes había estado en el Támesis, aunque había visto a gente trabajando en él cuando iban y venían de Londres.

—Esta es nuestra aventura —Grady saludó con un gesto al hombre mayor que estaba en la parte trasera de la barca veneciana. El área donde se sentaban los ocupantes estaba cubierta por telas caprichosamente drapeadas, dándoles privacidad del hombre que dirigía la embarcación.

Había cojines por todas partes, junto con una botella de vino y dos copas para su uso. Los asientos les ofrecían una vista de las estrellas y de Londres en esta hermosa y cálida noche.

Nunca en su vida Ashley había visto algo tan romántico.

Grady la ayudó a subir a la barca antes de ayudarla a sentarse. Se unió a ella, acomodándose a su lado. Ella miró alrededor. Todo Londres bullía a su alrededor, pero aquí en el agua, estaban solos, aislados y a salvo de miradas indiscretas.

—Espera —dijo, mirando a Grady a los ojos—. ¿No habrá comentarios sobre ti escoltando a un joven a una barca hecha para la seducción? —le preguntó, no queriendo que se metiera en problemas.

—No —negó con la cabeza—. Mi cochero y el barquero me conocen, y les he explicado la situación. No hay nada que temer —explicó.

—Muy bien. Estoy satisfecha —dijo, sintiendo que la emoción burbujea en su interior por su noche a solas.

—Así que sorpresa, mi querida Ashley —dijo, extendiendo la mano para quitarle la peluca de la cabeza—. Eres tan hermosa. Haces que me duela el corazón.

Ella sonrió, recostándose con Grady, incapaz de borrar la sonrisa de sus labios.

—Eres un adulador. Espero que no les digas tales palabras a todas las damas —bromeó.

—Solo cuando están a solas conmigo como ahora —ella le pellizcó el estómago, y él soltó una carcajada, quejándose cuando lo hizo de nuevo.

—Retira eso antes de que me zambulla en el agua y te deje para siempre —le advirtió.

Él siguió riendo, haciendo que sus labios temblaran.

—Muy bien. Lo retiro —le acunó el rostro, mirándola a los ojos—. Debes saber que nunca he dicho tales palabras a nadie más que a ti.

Ella se estremeció, complacida de que fuera tan abierto con ella. Quería un matrimonio por amor, un hombre en quien pudiera confiar y que confiara en ella con todos sus secretos, deseos y sueños.

—Sabes, cuando nos conocimos, pensé que eras malvado y duro, pero en realidad, no eres nada de eso. No realmente. Creo que dentro de esa dura coraza exterior que llevas, tu corazón no es más que un órgano palpitante de afecto.

Él se encogió de hombros pero no apartó la mirada de sus ojos.

—Para ti, puede que sea así, pero para nadie más.

¿Estaba tratando de decirle que la amaba? Mientras yacían bajo las estrellas, el sonido relajante del agua golpeando la barca sería el momento perfecto para que un caballero declarara tales sentimientos a una dama.

Aun así, si no lo hacía, Ashley no podía evitar sentir que si no la amaba, al menos la apreciaba más que a nadie antes en su vida. Y eso era suficiente para ella.

Por ahora.

—Hay más en mi noche bajo las estrellas —dijo, sentándose y arrastrando una cesta hacia ellos—. Pensé que podríamos hacer un picnic.

El estómago de Ashley eligió ese preciso momento para rugir, y ella colocó su mano sobre él, riendo.

—Me disculpo. No he comido desde la cena, y eso fue hace varias horas.

Él se rió, sacando un sándwich de pepino. Su favorito.

—Toma, esto debería ayudar.

Ashley mordió la ligera comida y saboreó su gusto. Tal vez tenía más hambre de lo que pensaba. Aprovechó la oportunidad para observar a Grady morder una fresa dulce y jugosa y supo que, por mucho que apreciara la comida en este momento, estaba más hambrienta del hombre a su lado.

Él estaba empezando a convertirse en una adicción de la que no podía prescindir, y tampoco quería hacerlo.

Grady sabía que Ashley lo estaba observando. No es que le importara, él la observaba mucho

más de lo que jamás revelaría a nadie. Mientras ella alimentaba su estómago rugiente, sus pequeños gemidos de placer hacían que su cuerpo anhelara tenerla de nuevo.

Había sido doncella, una debutante inocente, debería ofrecerle matrimonio, y lo haría. Iría al duque mañana y pediría su mano, aunque no sabía qué tipo de recepción recibiría del caballero.

No habían hablado en años, el padre de Derby cuando vivía creyendo las falsedades que su progenitor había difundido por la ciudad, y no podía evitar preguntarse si el duque también pensaría como su padre lo había hecho.

Muchos en Londres lo hacían. Demasiados para contarlos.

—De repente te ves muy serio. ¿Ocurre algo malo? —le preguntó ella, tocando su brazo.

Negó con la cabeza, cubriendo la mano de ella con la suya. —No pasa nada —dijo, recostándose sobre los numerosos cojines que los rodeaban—. Dime, ¿lo estás pasando bien? ¿Alguna vez has tenido un picnic acuático en una barca veneciana en Londres? Espero que no.

—Claro, tuve uno la semana pasada con mi otro amante —bromeó ella, uniéndose a él en los cojines.

Grady la agarró y la hizo cosquillas hasta que ella suplicó que la soltara. —Dime que eso no es cierto —dijo, haciéndola pagar por tal broma, aunque sabía que ella no hablaba en serio.

Ella rio, un sonido contagioso que le hizo sonreír. Nunca en todos los años que había vivido en Londres había reído y sonreído tanto como en estas últimas semanas con Ashley.

—Te prometo que solo eres tú. Solo serás tú siempre —admitió ella.

Él encontró su mirada y pudo ver la verdad de sus palabras en sus ojos castaño oscuro que prometían años de felicidad, de satisfacción. Nada parecido a lo que jamás había conocido. Ni siquiera dirigir el garito de juego le brindaba tanto placer como estar con Ashley.

—Sé exactamente a qué te refieres —respondió, queriendo que ella supiera que aunque aún no había pronunciado las palabras para pedir su mano, pronto tendría el derecho. Después de mañana, cuando visitara al duque, estarían prometidos, y nada se interpondría jamás entre ellos.

Le contaría sobre los rumores y la crueldad de su padre una vez que estuvieran casados. Ella no necesitaba preocuparse innecesariamente hasta después de la boda. No es que tuviera nada de qué preocuparse.

Grady cerró el espacio entre ellos y tomó sus labios en un beso abrasador. Ella lo encontró a medio camino, sus brazos rodeando su cuello, atrayéndolo sobre ella.

Él no se lo negó. La deseaba. Su cuerpo ardía con la necesidad de estar con ella de nuevo. Bajo el dosel, el barquero no podía verlos, y Grady no veía razón para negarse a ambos el placer mutuo.

—Esto puede ser un poco difícil con tus pantalones —susurró.

—Date prisa —jadeó ella, ondulando contra su duro miembro. Él gimió, la volteó sobre su estómago y la atrajo contra sí.

Ella miró por encima de su hombro, su cabello cayendo en cascada por su espalda. Maldición, era hermosa, una sirena tentándolo hacia su tumba acuática. —¿Qué estás haciendo?

—preguntó, sus ojos ardiendo de interés.

—¿Confías en mí? —cuestionó, alcanzando su bragueta y abriéndola de un tirón antes de deslizar sus pantalones por sus nalgas.

Aprovechó la oportunidad para apretar sus firmes glóbulos, besando ambos para mayor satisfacción.

Ella jadeó y gimió cuando él besó la base de su columna.

—Confío en ti —suspiró.

Grady se arrodilló detrás de ella, nunca había abierto su bragueta tan rápido en su vida. Su miembro saltó libre en su mano, y se inclinó sobre ella, guiándose hacia su cálido y apretado sexo.

Maldita sea, se sentía bien, apretada y húmeda, su jugoso sexo diciéndole más que las palabras cuánto lo necesitaba ella tanto como él la necesitaba a ella. Ella gimió su nombre contra los cojines, animándolo.

Era una locura, por supuesto. Quizás podrían ser vistos desde la orilla u otros botes que pasaran, pero no le importaba. Todo lo que quería era poseerla, tomarla, hacerla llegar al clímax y alcanzar su propio alivio mientras lo hacía.

Ella se incorporó sobre sus manos y empujó contra él mientras la tomaba con embestidas implacables. Los dulces sonidos de su placer eran música para sus oídos.

Sus testículos se tensaron, y supo que no duraría mucho. Grady alcanzó alrededor de sus caderas, acariciando el pequeño botón que rogaba atención.

—Grady —gimió ella—. Tócame. Tómame —dijo, empujándose con más fuerza contra él.

Él mantuvo su ritmo constante, su miembro trabajándola mientras su mano la provocaba. Ella se mecía contra él, y pudo sentir los primeros temblores de su liberación contrayéndose alrededor de su miembro.

Ella gritó su nombre, sin importarle dónde estaban o quién operaba el bote a escasos centímetros de ellos.

Grady la dejó cabalgar su liberación antes de llegar con fuerza, bombeando su semilla profundamente en su sexo, y deleitándose en la sensación de ella recibiéndolo, dándole tanto como él le daba a ella.

Se inclinó y besó su espalda antes de retirarse. La atrajo a su lado sobre los cojines, sus pantalones aún alrededor de sus rodillas. Nunca había visto una imagen más erótica en su vida.

Ella alzó la mano y acarició su mejilla. —Te adoro —dijo, su rostro reflejando satisfacción.

Él la besó suavemente. —Yo también te adoro —dijo, y por primera vez, la adoración podría ser mucho más que esa palabra mediocre.

Amor reverberaba en su mente, pero había tiempo para declarar tales sentimientos. A partir de mañana se lo diría. Le diría que la amaba. Le daría la oportunidad de elegirlo. Dejaría que ella decidiera si casarse con Grady Kolten, dueño de un garito de juego y paria social, era adecuado para su futuro.

Maldita sea, esperaba que lo fuera.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

A GRADY lo escoltaron hasta la gran biblioteca del duque de Derby en Berkeley Square la tarde siguiente. Reprimió los nervios que se le agolpaban en el estómago. No había razón para estar preocupado. El duque era, según todos los informes, un hombre razonable y no del tipo que creía en rumores que no podían ser corroborados, especialmente si esos rumores eran falsos.

Aun así, mucho dependía de la decisión del duque hoy. Necesitaba casarse con Ashley. Esa era una certeza que conocía más que cualquier otra. Vivir sin ella, sabiendo que existía en algún otro lugar o que pertenecía a otro, era una tortura que no podía soportar. Nunca.

El duque tenía que decir que sí a su petición, y eso era todo lo que había al respecto.

El mayordomo anunció su llegada, y el duque se puso de pie, indicándole que se sentara. Grady hizo lo que se le indicó y no pasó por alto que el duque no le deseó ningún saludo a su entrada.

—Su Gracia —dijo Grady, rompiendo el silencio—. Es bueno volver a verlo.

El duque se sentó, observándolo atentamente.

—Lord Howley, ha pasado mucho tiempo.

—Así es —concordó—. Felicidades por su matrimonio. No lo había visto desde que se convirtió en esposo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios del duque. Claramente, los rumores eran ciertos, y el matrimonio del duque era por amor. Muy parecido a lo que Grady estaba seguro que tenía con Ashley. Si pudiera obtener la aprobación para seguir adelante con casarse con ella.

—Gracias. Estoy muy contento —respondió—. Usted solicitó una audiencia conmigo hoy, pero debo confesar que estoy confundido en cuanto al porqué.

Grady asintió, todo comprensible.

—Vine aquí porque hay cierto asunto que deseo discutir con usted.

—¿En serio? —preguntó el duque, levantando una ceja con incredulidad—. Me cuesta creerlo. Usted es Grady Kolten, el conde de Howley que dirige un escandaloso garito en el East End, ¿no es así? Por lo que he oído, nunca necesita la ayuda ni las buenas opiniones de nadie, y ciertamente, yo no frecuento su establecimiento, así que la visita de hoy es un misterio para mí.

Grady ignoró lo que sintió como una pequeña pulla dirigida contra él y recordó por qué

estaba aquí. Para asegurar la aprobación para pedir la mano de Ashley. Él y el duque no necesitaban ser amigos. Simplemente necesitaba que accediera a su petición.

—Eso es cierto cuando se trata del negocio, por supuesto, pero no estoy aquí por mi garito. Estoy aquí porque deseo pedir la mano de la señorita Ashley Woodville en matrimonio y me gustaría su consentimiento antes de hacerlo. Sé que ella lo aprecia mucho a usted y a su familia y no quisiera hacer nada que causara dolor a otros.

—¿Qué? —ladró el duque, claramente sorprendido—. ¿Está pidiendo la mano de Ashley? ¿Cómo es que conoce a la muchacha? —preguntó, frunciendo el ceño severamente—. ¿O acaso no quiero saber cómo es que está relacionado con la hermana de mi esposa?

—Asistí a su baile de presentación y a otro durante la temporada. Nos llevamos bien y disfrutamos de la compañía del otro. Creo que si le pregunta a la señorita Woodville, ella revelará que está de acuerdo con mi petición. Es algo que ambos deseamos.

—Ni hablar —espetó el duque—. Usted dirige uno de los garitos más sórdidos y poco éticos de Londres, ¿y espera que permita que mi pupila, una joven que mis suegros pusieron bajo mi cuidado durante la temporada, se case con un sinvergüenza como usted? —El duque se reclinó en su silla, claramente ofendido—. Y eso sin siquiera tomar en cuenta las afirmaciones de su padre sobre su ilegitimidad.

Grady tomó un respiro calmante, habiendo esperado un poco de resistencia a su petición de casarse con la cuñada del duque, pero no esta vehemente negativa que estaba recibiendo.

—Mi padre es un bastardo. Habría pensado que, habiendo tenido usted mismo un padre cortado por la misma tijera, me habría mirado con más favor que eso.

El duque se quedó boquiabierto antes de pensarlo mejor sobre lo que estaba a punto de decir. Levantó las manos, tratando de calmar la situación que Grady podía sentir que estaba escalando a un punto que ninguno de los dos caballeros deseaba enfrentar.

—Tiene razón, mi padre era el peor de los hombres, y por lo que sé del suyo, no es mucho mejor. Pero su madre huyó de Londres hace años, y hay un dicho, ¿no es así? Los inocentes permanecen y los culpables huyen. Cierto o no —continuó el duque—, hay una nube de incertidumbre sobre su nombre, y esa sombra oscurecerá a cualquier mujer que elija como esposa.

Grady negó con la cabeza. Él era legítimo. Su madre, una mujer en quien creía y en quien confiaba con su vida, ya estaba embarazada de tres meses cuando fue violada. Su padre era un imbécil y uno que no entendía el funcionamiento del cuerpo de una mujer.

Un estúpido e ingenuo imbécil.

—Mi madre no hizo nada malo, y no permitiré que su nombre sea arrastrado a ninguna mentira calumniosa que mi padre o cualquier otro invente. Soy legítimo, y seré el duque de Blackhaven cuando mi padre muera, y nada, ni rumores ni falsedades que alguien difunda sobre mí, cambiará ese hecho.

—¿Ashley sabe de este escándalo pasado? —le preguntó Derby.

Grady tragó saliva, sabiendo que no lo sabía. Negó con la cabeza, avergonzado de no haberle contado todo sobre sí mismo cuando tuvo la oportunidad. Debería habérselo dicho antes de esta reunión con su familia. Si le pidieran su opinión sobre su pasado, la sorprendería y posiblemente la haría dudar. Nunca un buen resultado cuando esperaba obtener su apoyo para sus deseos.

—No, ella no lo sabe.

—Entonces le sugiero que se lo diga, aquí y ahora, y veremos qué quiere hacer ella, pero debo advertirle, Howley, no creo que esto sea un buen partido para ella.

—¿Y eso por qué? ¿Porque Lord Walsh y otros de su calaña andan husmeando sus faldas? Ese hombre es un canalla. Si cree que yo soy un derrochador, no ha visto nada comparado con las payasadas de ese individuo.

El duque entrecerró los ojos, meditando sus palabras.

—No he oído nada inconveniente sobre Lord Walsh. De hecho, se ha comportado como un caballero más que todos los hombres que cortejan a Ashley. No me opondría a un enlace con el conde apropiado —el duque se levantó y caminó hacia la chimenea, haciendo sonar la campanilla.

—Si lo viera en mi club y en otros, no sería de esa opinión —intervino Grady justo cuando el mayordomo entraba, y Derby mandó llamar a Ashley y a su hermana, la duquesa, para que se unieran a ellos.

Grady supo el momento en que ella entró en la habitación, el aroma a jazmín acarició sus sentidos, y respiró hondo, volviéndose para sonreírle. Ella le devolvió la sonrisa. Un ligero rubor rosado apareció en sus mejillas.

Era tan pura y encantadora, y la quería para sí mismo.

Hizo una reverencia a la duquesa.

—Buenas tardes, Su Gracia, señorita Woodville —dijo, esperando a que se sentaran en las dos sillas que el duque había colocado para ellas.

Grady se sentó y esperó no equivocarse con respecto a Ashley. Que ella viera más allá de las mentiras que estaba a punto de escuchar y se mantuviera a su lado de todos modos porque lo amaba.

Tal como él sabía, desde lo más profundo de su corazón, que también la amaba a ella.

Ashley se ajustó el vestido, riendo para sus adentros al pensar que era la primera vez en mucho tiempo que Grady la veía vestida sin ropas de hombre.

Miró entre Derby y Grady y no pudo evitar notar la tensión que parecía irradiar en la habitación. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba Grady aquí, y por qué el duque parecía estar listo para cometer un asesinato?

Su semblante tempestuoso no auguraba nada bueno para ninguno de ellos.

El terrible pensamiento de que alguien los hubiera visto y le hubiera contado al duque sobre sus salidas le daba ganas de devolver el estómago. ¿Habría cumplido el temible Lord Walsh su amenaza?

Juntó las manos en su regazo, esperando que su rostro no revelara los tumultuosos pensamientos en su mente.

—Ashley, querida, Lord Howley ha venido hoy aquí para solicitar mi aprobación para pedir tu mano en matrimonio. Si estás dispuesta, por supuesto...

—Sí —dijo ella, levantándose de un salto y acercándose a Grady, tirando de él para que se pusiera de pie—. Me casaré contigo —dijo, con la euforia recorriendo su cuerpo como una droga. Quería saltar de alegría y abrazarlo, pero lo pensó mejor debido a la compañía en la que se encontraban.

—Ah, antes de llegar a eso —dijo el duque, apartándola de Grady y sentándola de nuevo junto a su hermana—. Hay algunos asuntos que discutir.

Grady le dedicó una pequeña sonrisa, y ella pudo sentir el calor quemando sus mejillas ante la muestra pública de, bueno... desesperación que acababa de mostrarles a todos. No es que estuviera demasiado desesperada, pero quería casarse con Grady tanto que saber que estaba allí intentando obtener su mano la había dejado mareada de emoción.

—¿Qué asuntos? —preguntó la duquesa, tomando la mano de Ashley como si previera algo que Ashley no veía.

—Howley, ¿le gustaría contarle a Ashley sobre su familia y el escándalo que le persigue y que la perseguirá a ella si acepta ser su esposa?

Grady fulminó con la mirada al duque, pero se volvió hacia ella, y Ashley pudo ver que se estaba preparando para explicar algo que ella no sabía. Fuera lo que fuese, le preocupaba y hacía que su corazón se acelerara y su estómago se revolviera.

¿Qué iba a decir, y por qué sentía que no sería bueno? Nada bueno en absoluto.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

GRADY LA MIRÓ A LOS OJOS, y Ashley pudo ver la preocupación ardiendo en ellos. —Señorita Woodville, antes de que se dé cualquier consentimiento o se hagan promesas y se firmen contratos, hay algunas cosas sobre mí que debe saber.

Ashley jugueteó con la mano de su hermana, sin que le gustara cómo hablaba Grady ni el tono que parecía distante y cauteloso. Nada parecido al tono dulce y divertido que solía usar con ella.

Él continuó: —Usted sabe del garito que poseo. Y que mi madre tiene poco que ver con la sociedad, pero hay una razón para ello, de la cual debe estar al tanto antes de que se discuta más sobre el asunto del matrimonio.

Ashley miró a Derby y notó su preocupación. Tomó un respiro para calmarse, esperando que lo que estaba a punto de escuchar no fuera demasiado impactante. La idea de no casarse con Grady era una situación que no podía soportar. Lo deseaba con cada parte de su ser. No podía vivir con una parte de sí misma faltando.

—Por favor, continúa y dímelo. Estoy segura de que todos están haciendo un escándalo mayor del necesario —dijo, riendo para intentar romper la tensión en la habitación. No funcionó. Oh, cielos, esta reunión no estaba procediendo como ella había esperado cuando entró en la habitación y vio a Grady con el duque.

—Estoy distanciado de mi padre. Lo has visto tú misma, pero lo que no sabes es que desterró a mi madre de Londres y a mí durante muchos años debido a su creencia de que soy ilegítimo.

Ashley sintió que su boca se abría ante la declaración y la cerró de golpe. —¿No eres legítimo? Pero eso no puede ser cierto. Eres un conde y futuro duque. ¿Cómo puede tu padre creer que no eres legítimo y aun así tenerte como su heredero?

Grady frunció el ceño, claramente buscando las palabras adecuadas para explicárselo. —Mi madre fue acusada de tener una aventura hace muchos años, y mi padre creyó que soy el producto de esa unión. No lo soy, y creo a mi madre cuando me dijo que estaba embarazada mucho antes de que ocurriera la ruptura en su matrimonio. No entraré en detalles, pero mi padre no puede probar que no soy suyo, y por lo tanto el ducado de Blackhaven y el título honorífico de conde que ahora ostento son míos para heredar. Lo heredaré, y no permitiré que ningún

escándalo manche tu nombre si aceptas casarte conmigo.

Ashley se quedó estupefacta por un momento, sin haber esperado que un asunto tan escandaloso fuera la razón detrás del distanciamiento entre Grady y su padre.

¿Era cierto? Tendría que confiar en la palabra de Grady, y en la de su madre, a quien no conocía. Pero no la había conocido antes, y efectivamente vivía fuera de Londres. ¿Había dado a luz a un hijo de un hombre que no era su esposo?

¿Y podría Ashley casarse con un hombre así?

¿Poner su corazón y su futura felicidad en sus manos y esperar que tal escándalo histórico no la manchara a ella y a sus hijos?

—Necesito que me creas, Ashley. No importa lo que estés debatiendo en tu mente ahora mismo, soy el hijo de mi padre, sin importar lo que él diga. Es un terco necio que nunca puede escuchar la razón, y perdió a su familia por tal insensatez. No cometas el mismo error y pierdas a un hombre que se sienta ante ti este mismo día ofreciéndote matrimonio por una mentira. Un hombre que te ama tanto que la idea de perderte me enferma el alma.

Ashley se mordió el labio, nunca antes lo había escuchado decir cosas tan maravillosas. Pero ¿podría casarse con él, sin saber nunca si lo que decía era la verdad o no?

Quería decirle que también lo amaba, pero las palabras no salían. Necesitaba tiempo para pensar, para decidir. Casarse con Grady podría significar escándalo, afectando las posibilidades de su hermana menor el próximo año durante su presentación en sociedad. Sin mencionar que sus hermanas ya eran parte de la alta sociedad. No quería que se avergonzaran por su asociación con ella y Grady.

¿Qué iba a hacer?

—Necesito tiempo —logró murmurar.

La puerta se abrió de golpe en ese momento, y Lord Walsh entró, con el rostro enrojecido y la corbata y el abrigo desarreglados. El mayordomo tropezó tras él, su ropa en peor estado.

¿Habían estado peleando en el vestíbulo?

El duque se puso de pie, con una mirada furiosa en su rostro que Ashley nunca había visto antes. —¿Qué significa esto? Lord Walsh, esta es una conversación privada a la que no recuerdo haberlo invitado. Váyase. Ahora, antes de que desarregle más que su corbata como lo hizo mi mayordomo —declaró, claramente percibiendo que habían estado en una pelea en el vestíbulo, sus palabras no admitían discusión.

Lord Walsh resopló como si el duque no hubiera dicho una palabra y simplemente se acercó al escritorio, señalando con un dedo corto y rechoncho a Grady. —Usted no puede bajo ninguna circunstancia estar considerando la propuesta de este hombre hacia la señorita Woodville —dijo Lord Walsh al duque—. Hay cosas sobre él, sobre ambos, que deberían descalificarlo inmediatamente, y estoy aquí para salvar su reputación del canalla que profesa cualquier cosa que haya estado declarando aquí sentado.

Grady lanzó una mirada preocupada a Ashley, y ella se estremeció, sabiendo demasiado bien

a qué se refería Lord Walsh.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la duquesa, clavando en Lord Walsh una mirada tan severa como la de su esposo—. Suena como si los estuviera acusando de un comportamiento indecoroso.

Lord Walsh asintió solemnemente. —Eso es cierto, Su Gracia. Esa es precisamente la naturaleza de mi visita hoy. Oí que Lord Howley había venido a verlos, y sabía cuáles eran sus intenciones aquí.

—¿Y sus intenciones? —preguntó el duque—. ¿Las conoceremos en algún momento hoy, o simplemente insinuará saber algo sin decirnos nada?

Lord Walsh sonrió con suficiencia, lamiéndose los labios cuando miró a Ashley a los ojos. Un escalofrío frío y detestable recorrió su espina dorsal, y nunca en su vida había aborrecido a alguien tanto como odiaba al hombre frente a ella.

—Este hombre que proclama ser un caballero, un conde, y futuro duque, ha estado escoltando a su protegida por Londres en plena noche. Asistiendo a bailes y fiestas de cortesanas. Paseos por el parque, escoltas sin chaperón a orfanatos, su garito, Whites, e incluso una casa de trabajo.

La duquesa jadeó al mencionar el último lugar, y Ashley negó con la cabeza. —No hemos visitado ninguna casa de trabajo. Al menos, no todavía —añadió, rechinando los dientes ante la audacia y las amenazas del hombre.

—El lugar que ha visitado ya es bastante malo si el ton llegara a enterarse de sus excursiones nocturnas —comentó Lord Walsh—. Estoy aquí para salvar a la señorita Woodville, por supuesto. Algo que Lord Howley estaba empeñado en hacer todo lo contrario. Me casaré con ella, y la verdad morirá con un voto ante un sacerdote.

Ashley se burló. El duque miró entre ella y Grady. —¿Es cierto lo que dice? ¿Has estado escapándote y visitando tales lugares por Londres con Lord Howley?

El calor de la vergüenza besó sus mejillas, y se mordió el labio, odiando haber jugado al azar con su reputación. Que había mentido a su hermana y cuñado, dos personas a las que respetaba y amaba. —Es cierto, y lamento mis acciones, pero han llegado a su fin. Lord Walsh me amenazó con su conocimiento de mis excursiones y exigió que me casara con él. La presencia de su señoría esta tarde es simplemente su intento, una vez más, de salirse con la suya.

—Sin mi intervención, querida, no tendrás futuro.

—Podría tener un futuro conmigo —afirmó Grady, sosteniendo su mirada—. Esté arruinada o no por tu boca suelta. Jamás permitiré que se sienta menos de lo que es.

—Ni yo, excepto que con mi propuesta, ella mantiene su reputación y estatus en el ton —declaró Lord Walsh.

Ashley no podía apartar la mirada de Grady. Realmente la amaba. Pero ¿qué debía hacer?

Una cosa tenía clara, no se casaría con Lord Walsh.

—Solo sobre mi cadáver tocarás un solo cabello de la cabeza de la señorita Woodville. Eres

un canalla, un libertino y tengo pocas dudas de que estás a un revolcón de contraer la sífilis. Reprendes a la señorita Woodville por sus aprendizajes, y sin embargo tú haces cosas mucho peores en el mundo cada noche. De tal palo tal astilla cuando se trata de un Walsh y la reputación de su padre —declaró Grady, con un tono mortífero.

Ashley no sabía a qué se refería, pero el significado claramente había tocado una fibra sensible si el palidecimiento del rostro de Lord Walsh por la implicación de las palabras de Grady era una indicación.

—Ashley no será feliz con Walsh, y sería una tontería forzar esa unión simplemente porque usted, como tantos otros, cree que soy ilegítimo. No lo soy, y seré duque algún día, y cuando ese día llegue, lamentará este día si permite que Ashley se case con un hombre, cualquier hombre, que no la ame como yo lo hago.

—La elección es de Ashley —respondió el duque—. No la obligaría, pero hay más en juego que tus sentimientos por ella. Su familia, su hermana soltera, y cómo sería recibida en la sociedad. Y si Lord Walsh cumple sus amenazas, honestas o no, ella quedará arruinada, lo cual nos afectará a todos.

La habitación giró, y el estómago de Ashley se revolvió. Se levantó y huyó. Corrió escaleras arriba, a cualquier lugar menos ante esos cuatro ojos que la ridiculizaban y juzgaban. A cualquier lugar menos esa maldita biblioteca donde no podía pensar y decidir.

Lo que haría por el resto de su vida.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

ASHLEY ESTABA SENTADA en el asiento de la ventana de su habitación, contemplando los terrenos ducales que eran tan impecables como grandiosos. Se oyó un ligero golpe en la puerta y ella dio permiso para entrar, girándose para ver a Hailey deslizarse en su aposento.

—Ashley, ¿estás bien? Te veías tan pálida cuando te fuiste, y bueno, realmente debemos hablar, querida —dijo, sentándose a su lado.

Suspiró, sin saber cómo o qué más decir. —Si no me caso con Lord Walsh, estoy arruinada. Si me caso con Lord Howley, estoy arruinada. Si no me caso con ninguno, estoy arruinada. ¿Qué más hay que decir? —Ashley se limpió con enojo una lágrima rebelde que se atrevió a deslizarse por sus mejillas. Qué desastre era toda la situación. Sin mencionar que en este mismo momento, no podía pensar en una sola cosa que pudiera ayudarla a decidir qué hacer.

—La situación es muy grave, pero no puedo entender por qué has actuado así. ¿No eres feliz aquí? ¿No te hemos mantenido entretenida? Pensé que estabas disfrutando de la temporada y todas sus diversiones —le preguntó Hailey.

Ashley le agarró la mano, apretándola, sin querer jamás que su hermana pensara que era ingrata o infeliz, porque no lo había sido. Ni una sola vez desde que había viajado a Londres. —Tú y Derby han sido tan maravillosos conmigo, y estoy feliz con la temporada. He conocido amigos y tenido aventuras, pero en el momento en que conocí a Lord Howley, sentí algo que nunca antes había sentido y supe que tenía que involucrarlo de alguna manera en ayudarme solo para poder estar cerca de él. No pensé que Lord Walsh me vería en mis salidas, pero lo hizo, y ahora está tratando de usar ese conocimiento a su favor.

—Como el duque le ha dicho a Lord Walsh después de que te fuiste, nuestra palabra está contra la suya, ya que no ha habido ninguna otra mención o rumores de tus escapadas. Estoy segura de que podemos lidiar con Lord Walsh lo suficientemente bien, pero Lord Howley es otro asunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ashley, el destello de esperanza que tenía disipándose ante las palabras de su hermana.

—Lord Howley, ilegítimo o no, dirige uno de los garitos de juego más exclusivos y escandalosos de Londres. Con o sin el título y el dinero de su padre, podría mantenerte a salvo y

viviendo una vida lujosa. Pero se han dicho cosas después de sus apariciones esporádicas en los eventos de la alta sociedad esta temporada. No te las he compartido, porque no pensé que fueran relevantes para ti y tu vida. —Su hermana le lanzó una mirada de consuelo—. Lord Howley es tolerado en la sociedad y nada más.

Ashley frunció el ceño, odiando la idea de que alguien tolerara a Grady. Él merecía mucho más que eso.

—Muy probablemente porque muchos caballeros de la alta sociedad le deben grandes sumas de dinero y no se atreverían a echarlo de sus eventos. Pero habría desaires y exclusiones contra ti si te casaras con él. Y eso significaría que la temporada que tanto has disfrutado podría ser muy diferente de la que has saboreado este año. Podría afectar cuánto te vemos aquí en Londres durante esos meses. Podría impactar quién mira a Millie el próximo año. Hay mucho en lo que debes pensar y decidir qué estás dispuesta a arriesgar para tenerlo.

Ashley se sobresaltó cuando un trueno retumbó sobre la ciudad, haciendo temblar el cristal de la ventana con su intensidad. Nubes de tormenta oscuras amenazaban el cielo de la tarde, paralelas a las emociones que se agitaban dentro de ella.

—No sé qué hacer —admitió, las lágrimas que había estado conteniendo se liberaron como un diluvio—. Si no me caso con él, no creo que pueda casarme con nadie. Lo amo como él me ama, pero sé que ese amor tiene un precio.

—¿Pero lo amas, Ashley? Él no te contó el rumor de que podría ser ilegítimo antes de hoy. Que su madre había sido enviada a vivir al campo porque el duque creía que era una mujer ligera que dio a luz a un niño que no era el heredero legítimo. ¿Te ha contado sobre su pasado, su futuro, o simplemente te ha seducido para que lo ames sin darte la verdad para que puedas saber con quién estás realmente enamorada?

Ashley se quedó boquiabierta, nunca había pensado en su tiempo con Grady de esa manera. En verdad, sabía muy poco de él. ¿Le había ocultado cosas para que se enamorara y su separación fuera casi imposible para ella?

Si no había verdad en las acusaciones hechas contra él, ¿por qué no le contó él mismo lo que algunos de la alta sociedad creían? ¿Lo que su padre creía?

—Lo amo, de verdad. Pero hay tantas cosas que considerar, no solo mi felicidad —dijo, encontrándose con los ojos tranquilizadores de su hermana—. Lo siento por no actuar como se esperaba.

Hailey sonrió, atrayéndola a un abrazo reconfortante. —No siempre somos, ninguno de nosotros, perfectos. No pienses que yo lo soy, porque no lo soy, pero superaremos esto, no importa cuál sea tu elección.

Asintió, su mente luchando por decidir qué elegiría. Su familia, su amor o su reputación...

Grady vio a Ashley huir de la habitación. Quería golpear a Lord Walsh, quien fingía estar alarmado y molesto por la repentina partida de Ashley. El hombre no engañaba a nadie. No tenía un hueso en su cuerpo capaz de ningún afecto real. No por nadie más que por sí mismo.

—Miren lo que su influencia le ha hecho a la señorita Woodville. Ahora está alterada —declaró Walsh, señalando hacia la puerta y mirando con furia a Grady.

—Es poco probable que Ashley consienta en ser su esposa, Walsh. Durante esta temporada, en ningún momento ha insinuado un creciente afecto hacia su señoría. Incluso después de que usted ha sido más que obvio con el suyo —añadió el duque.

—Bueno. —Walsh se sonrojó—. Eso es porque está confundida en este momento. Pero déjeme recordarle, Derby, que tengo amigos, pueden ser unos sinvergüenzas, pero estarían dispuestos a arruinarla si yo así lo deseara. Y si ella me rechaza, así lo desearé, ¿lo entiende?

Grady se puso de pie, acercándose para alzarse sobre el petimetre. —Olvida que yo, junto con el duque, también tengo amigos en lugares poderosos. Puede que haya intentado mancharme frente a Ashley hoy, pero no funcionará. Ella verá a través de sus mentiras.

—La arruinaré si no obtengo lo que quiero —Walsh sonrió con suficiencia—. Qué lástima, pero entonces una esposa adecuada para un hombre que es lo mismo. Un paria en la sociedad, un bastardo, un-

El crujido del puñetazo de Grady en la nariz de Walsh fue música para sus oídos. Lo observó con satisfacción mientras el hombre volaba hacia atrás y aterrizaba con un golpe seco sobre la gruesa alfombra Aubusson a sus pies.

El duque se puso de pie, inclinándose sobre su escritorio para mirar con fastidio al hombre inconsciente.

—Será aún más vengativo contigo y con Ashley si ella decide ignorar los riesgos y se casa contigo de todos modos.

Grady se encogió de hombros. —Creo que es poco probable que me elija a mí por encima de su familia. Son muy unidos por lo que pude percibir, y ella no haría nada que pusiera en peligro las oportunidades de su hermana menor el próximo año.

El duque asintió, y por primera vez en ese día, Grady vio un destello de preocupación en el semblante de Su Gracia. ¿Acaso le preocupaba que Ashley nunca fuera feliz si no se casaba con él? ¿Que algún día se diera cuenta de que había elegido la alternativa equivocada?

—Lamento todo esto, Howley. Si eres legítimo, entonces no hay palabras para expresar cuánto lamento que hayas sido mancillado todos estos años. Sé lo que es tener un padre cruel y una madre que pagó el precio de esa crueldad —el duque suspiró, caminando hacia la ventana, mirando de reojo cuando Lord Walsh gimió en el suelo y luego volvió a quedarse quieto—. Si solo fuera eso, si pudiéramos probar de alguna manera que eres legítimo, eso sería una cosa, pero tu reputación es atroz. Las historias que he oído sobre tu tiempo en el antro de juego y las payasadas que ocurren allí, no puedo permitir que Ashley entre en ese mundo.

Grady podía entenderlo. Él tampoco permitiría que su hermana o su hija, si llegara a tener una, entraran en una unión de ese tipo que la empujara hacia semejante vida. Pero tampoco podía imaginarse con nadie más que Ashley. Ella era su rayo de sol en el frío y gris Londres.

¿Qué haría sin ella?

—¿Y Walsh? ¿Qué pasará con él? —preguntó Grady, pateando la bota del hombre y obteniendo otro gemido de protesta.

—Podemos ignorar su conocimiento sobre los errores de Ashley y calificarlos como un triste intento de un hombre decidido a casarse con ella y no dispuesto a permitir que se case con nadie más. Sus amigas darán fe de su paradero, y no hay pruebas. Nadie más vio a Ashley correteando por Londres vestida de hombre. Walsh —dijo el duque, levantando el labio con disgusto— se escabullirá de vuelta al agujero infernal del que salió y se quedará allí por lo que a mí respecta.

El pensamiento le dio cierto consuelo a Grady. Al menos Ashley no se vería obligada a una unión que no deseaba. Puede que no pudiera tenerlo a él, pero tampoco tendría que soportar a Walsh.

Un pequeño consuelo con el que tendría que contentarse. —Me retiraré. Haga que me envíen un mensaje al antro cuando Ashley haya tomado su decisión.

El duque asintió. —Por supuesto.

Grady salió a grandes zancadas de la habitación, resistiendo el impulso de mirar hacia el primer piso. Por favor, elígeme, rezó en silencio. Escógeme y sé feliz. Eso era todo lo que quería y lo que esperaba que Ashley también deseara.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

ASHLEY NO PERMANECIÓ EN LONDRES. Los interminables bailes y fiestas perdieron su encanto desde su separación de Grady. No lo había visto ni tenido noticias de él en una semana. La separación carcomía su cordura, y sabía que debía marcharse para volver a casa y ver a su mamá y papá, y a su mejor amiga Daphne en Grafton.

Su amiga Daphne estaba sentada en una silla frente al fuego en el salón de la planta baja de su madre, su puesta al día largamente esperada. Ashley le había relatado a su amiga todo lo que había sucedido en Londres. Sus salidas nocturnas con sus amigos. Cómo había conocido a Lord Howley a través de un reto. Cuánto había disfrutado de su compañía y sus bromas, sin mencionar sus besos.

—¿Y este Lord Walsh ha cumplido su amenaza y ha difundido el rumor de que te vestiste con ropa de hombre y anduviste por Londres con Lord Howley? ¿Sabes qué cree la alta sociedad? —preguntó Daphne.

Afortunadamente, la alta sociedad tenía más sentido común del que Lord Walsh les había atribuido. —No le creen. Sus acusaciones han sido recibidas con confusión e incredulidad.

Fiel a la palabra del duque, había hecho que Lord Walsh pareciera un perro celoso que no pudo salirse con la suya y, por lo tanto, inventó chismes fantasiosos sobre la señorita Woodville en un intento de manchar su nombre y conseguir una esposa.

—En cualquier caso, recibí una carta de Hailey ayer mismo, y mencionó que Lord Walsh y su buen amigo Lord Fenton habían huido de Inglaterra hacia Francia. Esperemos que sea allí donde se queden —dijo.

Daphne extendió la mano, apretando la suya. —Bueno, estás miserable aquí. Puedo verlo escrito en tus hermosas facciones, y ya no lo toleraré más. Debes volver a Londres y luchar por lo que quieres —declaró Daphne acaloradamente, señalando con el dedo a Ashley para dar más énfasis.

—Grady no me ha escrito ni ha suplicado mi regreso. El día que me dijo la verdad, mis acciones hicieron parecer que creía en lo que se acusaba a su madre. Dudé en mi elección incluso después de que negara vehementemente ser un hijo ilegítimo, y creo que eso ha afectado mis posibilidades de felicidad. —¿Tal vez estaba enojado con ella? ¿Pensaba que ella creía que su

madre había sido infiel y que él era el resultado de esa unión? Cuanto más pensaba en el asunto, más entendía que él nunca podría creer tal cosa.

—Le dijo al duque que esperaría tu respuesta. Tal vez deberías escribirle y decirle que crees que cometiste un error. —El sonido de un carruaje en el camino de entrada llamó su atención. Daphne frunció el ceño y se levantó, caminando hacia la ventana para investigar.

—Alguien ha llegado. Una mujer, por lo que parece. Es muy distinguida, y vaya, tiene el cabello más hermoso para una mujer de su edad.

Ashley rápidamente se unió a Daphne y jadeó. La mujer era la viva imagen de Grady. ¿Era su madre? ¿Había viajado su madre a Grafton para hablar con ella o con sus padres? Tal vez quería reprenderla por sus travesuras. Por causar problemas a su hijo que él no necesitaba.

Ashley tragó su miedo y se volvió cuando la puerta se abrió y un lacayo anunció a la Duquesa de Blackhaven para verla.

Los ojos de Daphne estaban tan abiertos como platos, y Ashley sabía que los suyos eran una imagen especular. Ambas hicieron una reverencia antes de que, sin previo aviso, Daphne huyera de la habitación, cerrando la puerta con un decidido chasquido sobre su oportunidad de escape.

Vaya amiga que era. Ashley tendría una o dos palabras sobre la apresurada partida de su amiga.

—Señorita Ashley Woodville, supongo —dijo la duquesa no sin amabilidad, su voz suave pero con un filo de acero—. He estado deseando conocerla desde hace tiempo. Grady me ha hablado mucho de usted.

Ashley hizo un gesto para que Su Gracia se sentara. Su mente daba vueltas ante la idea de que Grady hablara con alguien sobre ella. Pero entonces, la mujer frente a ella era su mamá, su aliada y amiga más cercana. Por supuesto que le contaría sus problemas. Y cuántos problemas le había causado Ashley.

—Es un honor conocerla, Su Gracia —dijo—. Espero que haya dejado a Lord Howley con buena salud en Londres. —Era tan patética preguntando por él de manera tan indirecta, pero estaba desesperada por saber si él estaba tan miserable como ella. Si la añoraba tanto como ella lo anhelaba a él.

—Está bien, señorita Woodville. Tan bien como se puede esperar cuando tiene el corazón roto —dijo, la pequeña y triste sonrisa haciendo que el corazón de Ashley se encogiera.

Ashley bajó la mirada a sus manos, retorciéndolas en su regazo. Cualquier cosa menos mirar a la mujer frente a ella que no hacía más que despertar una punzada de culpa después de que regresó a casa.

—Lo siento por eso. De verdad lo siento. Pero estaba tan conmocionada por lo que aprendí de Lord Howley ese día que no sabía qué hacer. De lo que la sociedad piensa de él y, a su vez, de mí misma si me casara con su señoría, que entré en pánico. Volví a casa porque necesitaba ver a mi amiga y estar con mis padres. Para decidir qué es lo mejor para mi familia en estas circunstancias.

—Y es por eso que estoy aquí, para ayudar a explicar. —La duquesa frunció el ceño como si el recuerdo que estaba a punto de relatar fuera demasiado doloroso de recordar—. Mi hijo no confía en muchos en el mundo aparte de mí, y eso es en parte mi culpa. Estuve enojada durante tanto tiempo que él asoció esa ira a través de mí como ver a todos como enemigos, personas en las que no se podía confiar o que podían hacernos daño hasta que demostraran lo contrario. Y aunque ese rasgo lo ha ayudado con sus negocios y ha sido un digno aliado, también ha tenido sus desventajas. Pero con usted, señorita Woodville, por primera vez en la vida de mi hijo, veo que confió en usted, la ama, y creo que necesita darle otra oportunidad para demostrar que es digno de su amor a cambio.

El conocimiento de que la mamá de Grady incluso creía que él estaba enamorado de ella era música para sus oídos. No había estado segura de que lo estaría después de su altercado. No deseaba nada más que ir a él. Disculparse, decirle que ella también lo amaba y que no le importaba si ambos eran parias de la sociedad, siempre y cuando se tuvieran el uno al otro.

La idea de no vivir según las reglas de la sociedad tenía sus aspectos positivos que había llegado a afrontar estos últimos días, y la mayoría de ellos harían la vida más interesante y mucho más emocionante que cualquier cosa que hubiera imaginado para sí misma antes.

—¿Me dirá por qué no pudo compartir la verdad de su pasado? Estoy tratando de entenderlo todo, pero tiene tan poco sentido.

La duquesa miró hacia el fuego, observando cómo las llamas hambrientas consumían la madera. —Me casé con el duque de Blackhaven porque lo amaba. Estábamos hechos el uno para el otro, y la vida era perfecta cuando concebí a nuestro hijo. Esperé para decírselo al duque. Quería estar segura y no decepcionarlo, ya que sabía que él deseaba tener hijos, pero durante mi segundo mes, casi el tercero, asistí a una reunión, una noche como cualquier otra, pensé, pero me equivoqué. Asistió un hombre, uno de la nobleza a quien había negado mi mano cuando me lo pidió un año antes de casarme con el duque. Creía que éramos conocidos, amistosos pero no cercanos. Embarazada como estaba, frecuentaba el tocador más a menudo que la mayoría de las damas, y durante una de mis estancias arriba, este hombre me abordó.

Ashley sintió que la sangre se le iba del rostro ante las palabras de la duquesa, y una sensación de hundimiento se acumuló en su vientre, presintiendo que no le iba a gustar nada esta historia. Que esto no era lo que ella había pensado que era la razón detrás de los rumores sobre la ilegitimidad de Grady.

La duquesa jugueteaba con sus manos en su regazo, girando el anillo de bodas que aún llevaba en movimientos circulares. —Me empujó a una habitación, amenazó con golpearme si no me quedaba callada y hacía lo que él decía. Estaba embarazada, y de alguna manera él había sabido amenazarme de una forma que equivaldría a mi inmediata sumisión. No quería que mi hijo resultara herido, así que no hice ningún ruido. Me quedé allí y dejé que hiciera lo que quería. Me sentía tan avergonzada —dijo la duquesa, con la voz quebrada.

Ashley se acercó a ella, tomando sus manos y sosteniéndolas con fuerza. —No tiene nada de

qué avergonzarse. Él fue el villano en esto, no usted. Usted no hizo nada malo.

La duquesa se aclaró la garganta, su atención en aquel tiempo lejano que tan obviamente aún le causaba dolor. —El hombre se jactó ante mi marido de haberme tenido. Que me había acostado como una ramera y lo había aceptado con los brazos abiertos. Todo mentiras, por supuesto, pero mi marido, un hombre que me amaba, se consumió tanto por el dolor y la ira que dirigió esa emoción hacia mí en lugar del verdadero culpable. Cuando le dije que estaba esperando, no creyó que fuera suyo y me desterró a la casa de la viuda. He vivido allí desde entonces. Ahí es donde se crió Grady antes de mudarse a Londres.

—Pero ¿no habría tenido a Grady tres meses antes de lo que el duque esperaba si hubiera creído tal historia? ¿No empezó a pensar, incluso entonces, que tal vez se había equivocado al acusarla de adulterio?

—Estaba tan enojado que no quería ver la razón. Simplemente creyó que yo estaba teniendo una aventura antes de esa noche, pero Grady se parece tanto a Blackhaven como a mí, y yo sé la verdad, aunque el duque sea demasiado testarudo para creerla.

—Lo siento mucho, Su Gracia. Cuánto debe haber sufrido. Eso nunca debería haberle pasado. —Ashley tragó el nudo en su garganta, odiando la idea de que se cometiera un acto tan vil contra alguien. Cómo se atrevía ese caballero a violar a otro ser humano y luego jactarse del hecho. Qué hombre tan horrible.

—Por eso también te advierto sobre Lord Walsh y te explico por qué mi hijo lo detesta tanto. Fue el padre de Lord Walsh, el marqués de Gibson, quien me agredió esa noche y se tomó libertades que no le correspondían. Su hijo está cortado por la misma tijera, y Grady no quiere verte a ti ni a nadie aliado con él. La familia no es lo que aparenta.

La bilis le subió a la garganta, y en lo más profundo de su ser, supo que lo que la duquesa decía era cierto. Pensar que al principio de la temporada le agradaba Lord Walsh. ¿En qué había estado pensando?

—Eso es realmente impactante —logró decir, pensando en lo que había aprendido y lo que significaba para Grady y para ella. Había cometido un gran error al creer que podía haber algo de verdad en la acusación contra él. Cómo deseaba poder retractarse de tantas cosas.

—¿Por qué Grady no me contó esto él mismo? Si lo hubiera sabido, nunca habría actuado como lo hice. Nunca lo habría dejado solo. ¿Cree que yo creo las mentiras? No las creo, se lo aseguro. Estando en casa, me he dado cuenta de que nunca las creí.

La duquesa le dedicó una pequeña sonrisa. —Grady no le contaría a nadie lo que me pasó. Es mi historia para contar, y yo esperaba que él hubiera superado lo que me sucedió, pero parece que los rumores siguen circulando. Voy a ponerles fin. Volveré a entrar en sociedad y desafiaré a cualquiera que intente difamar mi nombre. Es hora de que Lord Walsh y su padre, el marqués de Gibson, sean tratados como las alimañas que son y sean rechazados en su lugar.

—¿Y el duque? —preguntó Ashley—. ¿Su marido?

—Bueno, tendrá que aprender a vivir con su esposa de nuevo. A lo largo de los muchos años

que he vivido sola, me he vuelto bastante fuerte de mente y con opiniones firmes. Creo que es hora de que escuche lo que tengo que decir tanto sobre el pasado como sobre el futuro. Mi hijo merece su lugar en la sociedad, y durante demasiado tiempo he permitido que viva en las sombras del East London. Pero ya no más. Es un futuro duque y empezará a comportarse como tal, o él también conocerá mis opiniones al respecto.

Ashley sonrió, sintiendo ligereza y emoción por lo que estaba por venir por primera vez en días. Su futuro con Grady, si él podía perdonarla por ser ingenua y estúpida.

—¿Puedo pedirle algo, Su Gracia? —preguntó.

La duquesa asintió. —Lo que sea, querida.

—¿Me permitirá regresar con usted a Londres? Necesito volver y ver a Grady. Intentar arreglar las cosas.

Sonrió, y el gesto hizo que se le formara un nudo en la garganta. Grady se parecía tanto a su madre, lo que la hizo extrañarlo aún más. —¿Permitirte regresar conmigo? Habría exigido que lo hicieras. Quiero que mi hijo sea feliz, y creo que tú, querida, eres la única que lo hará posible.

Él era el único que también la haría feliz a ella.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Los nervios se acumulaban en el estómago de Ashley mientras caminaba de un lado a otro dentro de la oficina de Grady en su casa de juegos. Hoy no iba vestida de hombre, decidiendo que si quería casarse con él, la gente tendría que empezar a acostumbrarse a verla con él tal como era.

Una mujer de la alta sociedad, de familia y fortuna. Eso si él la aceptaba de vuelta. Rezaba para que la perdonara, para que aún la amara tanto como ella lo amaba a él.

Se había visto tan decepcionado la última vez que lo vio. Como si ella hubiera demostrado ser como tantos otros en la alta sociedad, creyendo mentiras viciosas y repugnantes sobre su madre y, por consiguiente, sobre él mismo.

La puerta se abrió de golpe y ella dio un respingo. Grady entró a zancadas en la habitación y se detuvo bruscamente al verla. Tenía los ojos enrojecidos y oscuras ojeras debajo, como si no hubiera dormido en días.

Su ropa estaba impecable como siempre, pero había un desaliño en él que no había visto antes. Una parte de ella se quebró al pensar que acababa de regresar después de una noche con otra mujer. ¿Había estado con alguien más? ¿Estaba tan enojado con ella que ya la había olvidado? ¿La había considerado indigna?

—¿Por qué estás aquí? ¿No deberías estar con Lord Walsh, tragándote sus mentiras sobre mi madre y sobre mí? No pensé que una dama quisiera que la vieran asociándose con el bastardo Conde de Howley.

Ashley se estremeció. Se había enfadado desde que ella se había ido, y no podía culparlo. Había huido de Londres sin promesa de volver. Si ella hubiera estado en su lugar, habría tenido una disposición similar.

—No eres un bastardo, y lamento que pienses que yo creía eso, pero simplemente me sorprendió lo que escuché. En el fondo, nunca lo creí, y cuando tu madre vino a verme y me explicó todo, supe que lo que sentí la primera vez que escuché la historia era verdad. Que eres legítimo. Que eres maravilloso y cariñoso y divertido y todo lo que es bueno en mi vida. Sé que nos conocimos en circunstancias extrañas, y que fui una molestia, pero te amo, Grady Kolten, Conde de Howley, futuro Duque de Blackhaven, y quiero que seas mi esposo. Quiero casarme

contigo y que se condene lo que cualquier otro piense o diga al respecto —Ashley se encogió de hombros—. No me importa mientras te tenga a ti.

Ahí estaba. Todo lo que había venido a decir. Grady la perdonaría o no. Pero al menos lo había intentado, y eso era todo lo que podía hacer.

Grady miró fijamente a Ashley. ¿Se había vuelto loca la chica? La última vez que la había visto, estaba confundida, de eso estaba seguro, pero debería haberle creído. Ella lo conocía mejor que la mayoría, y debería haber sido suficiente para ella que él defendiera el honor de su madre, y que creyera eso y nada más.

Pero no lo había hecho.

—Sé que nunca te conté sobre mi madre porque debería haber sido suficiente mi palabra de que cuando dije que se le había hecho un mal durante su matrimonio, deberías haberme creído.

Ashley pasó junto a él y el pánico lo asaltó pensando que se iba. Se dio la vuelta para detenerla y se sintió como un completo idiota cuando ella simplemente cerró la puerta.

—Debería haberte creído —dijo ella—. Pero todos me presionaban. Derby con su advertencia de que la casa de juegos era mala para las posibilidades de matrimonio de mi hermana Millie. Lord Walsh insinuando que eres ilegítimo y que nos expondría por nuestro comportamiento escandaloso. Estaba asustada, insegura y aterrorizada de que alguien me obligara a casarme con Lord Walsh, un resultado horroroso de solo pensarlo. Tenía miedo de perderte, y de que tuviera que hacer sufrir a mi familia para casarme contigo, así que huí.

—Deberías haberte quedado —la regañó.

—Y tú deberías haberme dicho la verdad. Si lo hubieras hecho, no habría cuestionado si me respetabas y me amabas como decías. ¿No hay mentiras entre dos personas que profesan tales emociones? Deberías haber confiado en mí con ese secreto. No importa cuán doloroso fuera. Sé que estabas protegiendo a tu madre, y te honra que lo hicieras, pero si voy a ser tu esposa, deberías habérmelo dicho.

—¿Así que ahora yo tengo la culpa, es eso? —preguntó, odiando ser tan obtuso. Terco simplemente porque estaba enfadado con ella y consigo mismo por no haber sido tan honesto como debería.

Ella lo miró con enojo, y su corazón dio un vuelco al ver que efectivamente estaba de vuelta en su oficina, de nuevo a su alcance. Maldita sea, había extrañado a su sol.

—¿Entonces estamos de acuerdo en que ambos hemos actuado mal? —dijo, agarrando sus caderas y atrayéndola hacia sí. La había extrañado desde que se había ido de Londres, y por un tiempo, se había preguntado si alguna vez volvería.

—Si vamos a seguir adelante, creo que debemos estar de acuerdo con esa afirmación —Ella rodeó su cintura con sus brazos, mirándolo—. Lo siento, Grady. Desde que volví a Londres, mi hermana me ha señalado que tu padre, y tu madre tiene razón, y ustedes se parecen. Pero tu sonrisa y tus ojos amables son todo obra de tu madre. Verla en Grafton me hizo extrañarte más de lo que pensé que podría, pero ella no es la razón por la que estoy aquí.

—¿No lo es? —preguntó, apartando un mechón de cabello de su rostro para poder verla mejor.

—Iba a volver a Londres para estar contigo sin importar tu pasado. Cuando estuve lejos de ti, me di cuenta de que no me importaba si eras legítimo o no. Ningún otro hombre me servirá. Me has arruinado para cualquier otro, y solo existes tú.

Un peso se levantó de su pecho, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, pudo respirar de nuevo. La envolvió en sus brazos, abrazándola con fuerza. —Renunciaría a todo esto si eso significara que pudiera ganarte. Mientras estuviste fuera, no pensé en nada más que en cómo recuperarte. La idea de que te casaras con alguien que no fuera yo me llevó al borde del asesinato, principalmente Walsh, porque pensé que podrías verte obligada a una unión con él. No podría soportar tal tortura de estar separado de ti. Nunca más.

Ashley se secó una lágrima, acurrucándose contra él con más fuerza. —No podría soportar la idea de casarme con nadie más. Y no te preocupes por Lord Walsh. Derby ha puesto fin a sus amenazas, y creo que su señoría y su amigo han huido a Francia. Imagino que no volverán a oscurecer nuestras puertas por mucho tiempo.

—Pero al casarte conmigo, ¿qué hay de tu familia? ¿Tu hermana Millie? —preguntó él—. ¿Y si nuestro matrimonio afecta sus posibilidades de un buen partido?

—No lo hará —le aseguró Ashley—. Mis hermanas tienen una posición lo suficientemente alta en la nobleza como para excluir de la sociedad a cualquiera que diga algo en contra de Millie. Y a pesar de tus costumbres salvajes al ser dueño de un garito, eres un conde y futuro duque. No permitiré que nadie te menosprecie porque tu padre fue demasiado estúpido para ver el sentido y la razón. Y tu mamá ayudará a asegurar tu futuro —explicó.

—¿Cómo? —preguntó Grady, curioso—. Madre no ha estado en sociedad desde antes de mi nacimiento.

—Va a volver a entrar en sociedad y asumir su posición como Duquesa de Blackhaven. Después de todo, es su título, y ya no permitirá que su marido siga siendo el necio que ha sido hasta ahora. Luchará por ti y por nosotros, y la amo por eso tanto como te amo a ti. Muchísimo —dijo, con los ojos brillantes a la luz de las velas.

Grady se inclinó y tomó sus labios, bebiendo de ellos como un hombre sediento. Ella era suave y tan dulce como recordaba. El sabor salado de sus lágrimas se mezcló con su beso. La levantó en sus brazos y la llevó al diván cercano, recostándola sobre los frescos cojines de seda.

Grady hizo un trabajo rápido con su ropa. La despojó de su vestido mucho más rápido que de su atuendo masculino. Ella yacía ante él, un delicioso festín desnudo solo para sus ojos. Para su boca y manos exclusivamente.

Sus ojos observaban ávidamente mientras él se quitaba la camisa por la cabeza, se sacaba las botas y los pantalones y los arrojaba al suelo.

Le gustaba tener sus ojos sobre él. Nunca quiso a nadie más que a la mujer dispuesta y esperando su toque.

Se colocó sobre ella, levantando sus piernas para que rodearan su cintura, y la penetró de una sola y dura embestida. Ella jadeó su nombre, echando la cabeza hacia atrás en éxtasis. Grady besó su cuello, su pecho, sus senos, deleitándose en su calidez y lascivia mientras le hacía el amor.

Su cuerpo rugía por liberarse, por reclamarla como suya, pero se contuvo. Quería que ella alcanzara el clímax primero. Su viaje hacia la euforia hacía el suyo aún más dulce.

—Grady —jadeó ella. Apretó las piernas y empujó su pecho, volteándolo sobre su espalda.

Él se recostó, decidido a disfrutar la vista. Qué mujer tan maravillosa era. Ardiente y audaz. Amorosa y amable. No creía que su corazón pudiera amarla más de lo que lo hacía en ese momento. Tan lleno de emoción que podía estallar.

—Eres una pícara. Lo supe desde el primer momento en que nos conocimos, que serías un problema.

Ella lo cabalgaba, sus dedos en su pecho, marcando su piel. Gemía, moviendo sus caderas de una manera que hacía que sus testículos se tensaran. Tragó saliva, luchando por controlarse, no queriendo parecer un muchacho inexperto incapaz de complacer a su pareja.

—Te gusta que lo sea —dijo ella. Todo cierto, por supuesto. Le gustaba. Era una de las razones por las que accedió a ayudarla en sus misiones. Simplemente para estar con ella, para tenerla a su alcance siempre que pudiera.

—Me gusta —dijo, agarrando sus caderas y empujando dentro de ella. Ella echó la cabeza hacia atrás, su larga melena castaña deslizándose sobre sus hombros. Sus senos se balanceaban con cada movimiento descendente, y él supo que estaba cerca. Mirándola, disfrutando de verla disfrutarlo a él, sabía que era demasiado.

—Vas a hacer que me corra, amor.

Ella se rió, un sonido profundo y seductor que fue directo a su miembro. —Todavía no —dijo, deslizándose fuera de él—. Aún no hemos terminado, mi amor. Esto es solo el principio.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

La visión de Grady debajo de ella, desnudo y suyo para hacer lo que quisiera, le provocó una sensación de deleite evocador que recorrió todo su cuerpo. Maniobró sus manos sobre el pecho de él, disfrutando de la sensación cosquilleante del vello disperso bajo sus palmas mientras se deslizaba entre sus dedos.

Su estómago se tensaba y se elevaba con cada respiración, y su virilidad se erguía, brillando a la luz de las velas.

Nunca había visto un pene tan de cerca como estaba del de Grady en ese momento. Era largo y ancho, con finas venas azules recorriendo su longitud. Quería tocarlo y jugar con él como él lo había hecho tantas veces con ella.

Él la observaba, el desafío pícaro en sus ojos verdes la hacía sentir audaz. Lo agarró con firmeza, deslizando su mano a lo largo de su extensión, imitando cómo lo había cabalgado momentos antes.

Él cerró los ojos. Su inhalación y el gemido que siguió le dijeron todo lo que necesitaba saber. Disfrutaba de su toque, y por la forma en que empujaba contra su mano, quería más de lo mismo.

Se arrodilló a su lado, posicionándose para darle lo que él quería, lo que ella también deseaba. Brindarle placer, como él tan a menudo le daba a ella, era para lo que estaba hecha la vida. Quería complacer y ser complacida, y este maravilloso pene en su mano le había dado tanto placer que quería devolverle el favor.

Una pequeña gota de líquido se posó en la punta antes de rodar por su longitud, ayudando a lubricar su mano. Sin pensarlo, Ashley inclinó la cabeza y lamió el extremo de su miembro.

—Maldita sea, Ashley —gimió él—. Me deshaces. —Jadeó, mordiéndose el labio y observándola con ojos entrecerrados.

—Tú me deshaces todo el tiempo. Es justo devolver el favor —dijo ella, inclinando repetidamente la cabeza.

Esta vez, fue más allá, tomando su virilidad en su boca, deslizándola más profundamente en su garganta mientras intentaba aceptarlo por completo. Él era grande, y la acción no era fácil, pero quería darle todo lo que pudiera.

Él gimió, sus manos aferrándose a los cojines mientras ella trabajaba con su boca. Con cada caricia de su lengua, con cada succión de sus labios, él se ponía más duro. Empujaba un poco más en su boca.

Sus manos sujetaron su cabeza, guiándola, manteniéndola sobre él, y la humedad se acumuló en su centro. Quería su boca sobre ella. Quería este maravilloso miembro en su intimidad.

Él la había convertido en una mujer lasciva, y le encantaba que lo hubiera hecho. Que solo con él quisiera esto.

Ella gimió, chupándolo con fuerza, provocándolo con su lengua. Sabía delicioso, salado, y era suyo.

Todo suyo.

Para siempre.

Ashley chupó con más fuerza e intentó aumentar el ritmo. Grady se incorporó, la apartó de su miembro y la arrastró a su regazo. Ella se sentó a horcajadas sobre él, bajando su dolorida intimidad sobre su pene.

Estaba tan duro. La llenaba y la provocaba desde dentro, lo que siempre la volvía loca.

Ella lo cabalgó, y él la ayudó. Sus bocas chocaron, su lengua enredándose con la de ella. Este no era un beso lento y seductor. Este beso estaba lleno de pasión, calor y exigencias que ambos satisfarían.

Así continuaron. Él la tomó mientras ella lo tomaba a él en un ardiente enredo de deseo.

—Cásate conmigo —le pidió, mirándola a los ojos.

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa, y ella detuvo sus movimientos, enredando sus dedos en el cabello de la nuca de él—. ¿Casarme contigo? Puede que tenga que pensarlo —bromeó.

Él empujó dentro de ella, y ella gimió, deseando que lo hiciera de nuevo—. Sí, muy bien. Me casaré contigo, mi querido amor. Ya que me lo has pedido tan amablemente.

Ashley chilló cuando él la levantó de su regazo y la puso de rodillas. Él se arrodilló detrás de ella, deslizando su miembro sobre su sexo pero sin entrar.

Ella empujó hacia atrás contra él, deseando tenerlo dentro—. No me provoques, Grady —suplicó, sabiendo que haría mucho más que eso si él no la tomaba pronto.

—Eres tan hermosa. No te merezco —dijo él, presionando la punta de su miembro contra ella pero sin ir más allá.

¡El hombre irritante estaba tratando de volverla loca!—. Sí me mereces, como yo te merezco a ti. Estamos hechos el uno para el otro, y si entraras en mí, bueno, verías que estamos hechos para encajar perfectamente.

Él se rio pero no dijo una palabra.

Ashley se movió hacia atrás, gimiendo mientras su miembro se deslizaba un poco más adentro.

Sí, esto era lo que quería.

A él.

Grady.

Sus manos se apretaron en sus nalgas, y él embistió dentro de ella, repetidamente, con empujes duros y deliciosos que atormentaban su intimidad. Ella jadeó su nombre, echando la cabeza hacia atrás mientras él la tomaba sin contemplaciones.

—Sí, Grady —gritó ella cuando las primeras contracciones de su delicioso clímax se extendieron desde su centro, a través de su cuerpo en olas satisfactorias.

Su ritmo nunca cambió, y ella sintió que su miembro se hinchaba antes de que él también encontrara su liberación. Él jadeó su nombre, bombeando su semilla dentro de su cuerpo sin reparos. Prometiéndole todo lo que tenía, el mundo y más.

Ella cabalgó su clímax y esperó que su semilla echara raíces. Que de su amor, de su unión, se creara una pequeña parte de ambos.

Un futuro, una familia, que fuera de ellos.

Juntos.

EPÍLOGO

1809 Finca Blackhaven, Surrey

UNA SONRISA se dibujó en los labios de Ashley mientras galopaba hacia su hogar en Surrey, donde Grady la esperaba cerca de los establos. Llevaban casi ocho meses casados, y la temporada de 1809 estaba a punto de comenzar.

Habían decidido organizar una fiesta de una semana para dar inicio a la temporada e invitaron a toda su familia y amigos a la Finca Blackhaven.

Se deslizó del caballo a los brazos de Grady. Rodeó su cuello con los suyos, besándolo frente al personal del establo sin importarle quién los viera.

—¿Me echaste de menos, querido? —le preguntó, riendo cuando él la estrechó aún más.

—Siempre, pero he venido a buscarte. Millie está discutiendo con Romney otra vez.

Ashley suspiró, luchando contra el impulso de poner los ojos en blanco. —Ayer discutieron sobre los arenques del cocinero en el desayuno. ¿De qué están discutiendo ahora? —preguntó. Seguramente no había tanto de qué pelear con alguien. Estaba casi al límite de su paciencia con su hermana, que prometía ser todo un desafío durante la próxima temporada. Algo que sus hermanos habían puesto bajo su responsabilidad como su patrocinadora.

—Están discutiendo sobre qué caballo ganó el Derby de Kiplingcotes de 1805. Es una discusión absurda, pero ninguno de los dos cede, y creo que tu madre necesitará sales aromáticas pronto si no los separamos.

—Cielos —dijo Ashley, acelerando el paso hacia la casa—. ¿Cómo va el resto de la fiesta? ¿Tu padre se está comportando?

—Hasta ahora —dijo Grady, con voz un poco insegura.

Ashley lo miró de reojo, pero no tuvo oportunidad de interrogarlo más, pues tan pronto como entraron en la casa, pudo oír a Millie y Romney discutiendo en el salón delantero donde todos se reunían después del desayuno.

Entraron en la habitación, y Millie hizo un gesto hacia Ashley y Grady. —Ah, aquí están. Por favor, díganle al duque que no tiene ni idea de moda femenina. Está tratando de decirme que *La Belle Assemblée* no está a la vanguardia de lo que las mujeres deberían leer si desean estar al día

con la moda femenina. Él cree —dijo, fulminando al duque con la mirada y recibiendo una mirada similar a cambio— que una dama debería leer la *Lady's Magazine*. ¿No es absurdo? Díselo, Ashley, que está equivocado y que debe dejar de opinar sobre cosas que no le conciernen.

—Protesto. Creo que la moda femenina tiene todo que ver conmigo —Romney sonrió con suficiencia.

Millie se rio, un sonido nada divertido. —Qué gracioso es usted. Pero díganos por qué, Su Gracia. No lo tomaba por un hombre que necesitara saber qué debería usar para un baile o una cena. Me pregunto, ¿qué bonito vestido llevará esta noche? —se burló Millie.

Un intenso rubor cubrió las mejillas de Romney antes de que se levantara y saliera a grandes zancadas de la habitación. Millie lo miró como si acabara de vencer a una bestia con un abrigo de superfino.

—Ya basta, Millie. No puedes ser tan grosera —la reprendió Ashley—. Aunque tengas razón. *La Belle Assemblée* es la revista que se debe leer.

Grady gimió antes de que tomaran asiento. La mayoría de la familia ya estaba aquí, excepto el vizconde y la vizcondesa Leigh, que llegarían mañana.

Derby y Chilsten y sus hermanas Hailey y Julia estaban hablando con su mamá. Su hermana Hailey, que no hacía mucho había formado su familia y dado a luz a un saludable niño. Derby lo miraba, arrullando al nuevo miembro de la familia con tanto orgullo y amor que Ashley no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta.

—Yo quiero eso para ti también, mi amor. Y un día, sucederá. No te desanimes —dijo Grady, sabiendo cuánto deseaba Ashley tener un hijo con él. Aún no había sucedido, pero él tenía razón. Un día serían bendecidos.

—¿Cómo se están llevando tu mamá y Blackhaven? —le preguntó a Grady.

Después de su boda en Londres, la duquesa, fiel a su palabra, se había propuesto reintegrarse a la sociedad. Y al hacerlo, parecía haber encontrado una fortaleza que el duque no esperaba.

Y de alguna manera, en el torbellino de su boda y la mudanza a una encantadora casa en Berkeley Square para que ella pudiera estar cerca de Hailey, el distanciado duque y la duquesa habían formado una especie de tregua.

—Míralo por ti misma. Están junto al pianoforte, decidiendo qué música se tocará esta noche.

Ashley estudió a la pareja y no pasó por alto cómo la duquesa miraba al duque y Su Gracia a ella a su vez. Todavía había amor allí, y tal vez ahora que él aceptaba que Grady era suyo, que se parecía demasiado a él en apariencia como para no serlo, aún podría haber un futuro para ellos. Incluso después de todo este tiempo.

—Tu mamá se ve feliz, mi amor. Pero, ¿qué hay de ti? ¿Cómo te sientes acerca de lo que está sucediendo entre ellos? —le preguntó a Grady.

Sus ojos se estrecharon y se encogió de hombros. —No sé qué siento al respecto. Estoy feliz

por ella, pero él nos abandonó durante tanto tiempo. Dejó que la gente hablara de nosotros como si fuéramos escoria. Eso no es tan fácil de perdonar y olvidar.

Ashley le sujetó la mandíbula, volviéndolo hacia ella. —No tienes que perdonar ni olvidar nada que te haya causado dolor.

Él se inclinó hacia ella y la besó, algo que hacía a menudo, sin importar quién estuviera a su alrededor.

—¿Te he dicho hoy cuánto te adoro y te amo? —le preguntó.

Ella sonrió, acercándose más a él. Él la rodeó con su brazo y la estrechó. —Sí, esta mañana, ¿recuerdas? —dijo.

Una luz traviesa entró en sus ojos y arqueó las cejas. —¿Deberíamos volver arriba para que pueda decírtelo de nuevo? ¿En privado?

—Tu biblioteca está más cerca.

—Querrás decir la biblioteca de mi padre —dijo él.

Ashley negó con la cabeza. —Esta casa es nuestra ahora, ¿recuerdas? Él se ha mudado a la casa de la viuda con la duquesa. Así que eso significa que la biblioteca es ahora tuya para usarla a tu voluntad.

Otro maravilloso cambio de corazón con el que sabía que Grady estaba luchando. Que su padre, aunque seguía siendo el Duque de Blackhaven, había dado un paso atrás en la administración de las propiedades y había entregado todo a su hijo, excepto el título. Ashley sabía que la madre de Grady tenía todo que ver con el cambio de opinión y modales del frío y despiadado duque. Y no podía evitar sentir un poco de lástima por el duque. El hombre estaba desesperado por recuperar el amor de su hijo, pero Ashley no sabía si eso llegaría a suceder. Y ella no forzaría a Grady a hacer nada que él no quisiera.

—Eso es muy cierto... Y nunca llegamos a terminar lo que empezamos en Whites. ¿Nos disculpamos un momento?

Ashley se levantó sin decir otra palabra y se dirigió a la puerta. El sonido de los pasos apresurados de su marido detrás de ella la hizo sonreír, y para cuando cruzaron el pasillo hacia la biblioteca, ambos estaban riendo.

Él era tan travieso como la noche en que lo conoció, y su corazón no podía estar más lleno.

Grady metió a Ashley en la biblioteca y cerró la puerta, echando el pestillo para asegurarse de que estaban solos y que así permanecería.

La acechó por la habitación hasta que su delicioso trasero chocó contra el escritorio.

La subió sobre la caoba roja y brillante y se deshizo rápidamente de su lujoso traje de montar azul que aún no se había cambiado. Se amontonó en su cintura, y él se acomodó entre sus muslos, su calidez, el aroma de su deseo haciendo que se le hiciera agua la boca.

—Siempre te deseo —susurró contra su oído, provocándole un estremecimiento por todo el cuerpo.

Los dedos de ella se enredaron en su pelo, atrayéndolo hacia sí. —Me pasa lo mismo.

Grady se abrió la bragueta de un tirón, su miembro saltando a su mano. No habían podido hacer esto en Whites. Les habían interrumpido, y sus testículos habían estado azules durante días hasta que finalmente había tenido a Ashley de verdad.

Se deslizó en su calor, las piernas de ella sujetándolo contra sí. Estaba tan apretada, caliente, y era suya. Ella jadeó y lo besó con una lascivia que lo dejó sin sentido de necesidad.

Después de todos estos meses como su esposo, ella aún lo llevaba a la distracción. No podía vivir sin ella. Sin su amor y su luz.

—Eres tan hermosa. Te amo tanto —jadeó contra sus labios.

Ella se rió a través de su beso, su lengua enredándose con la de él. Sus testículos se endurecieron, y su miembro anhelaba derramarse. Ella inclinó las caderas, acogiéndolo más profundamente, y todos los pensamientos coherentes se desvanecieron.

—Fóllame, Grady —dijo ella, su habla sucia empujándolo al borde.

Él hizo lo que le pedía. Sin importarle lo ruidosos que fueran, le dio todo lo que ella quería, la empujó, embistió en ella con movimientos enloquecedores. Una pluma, un libro y un pergamino cayeron al suelo, y él no se dio cuenta de nada.

Estaba consumido por la necesidad de hacerla estallar.

Los primeros temblores de su sexo apretaron su miembro, y ella jadeó su nombre, atrayéndolo contra ella mientras cabalgaba su orgasmo hasta el final. Su nombre en sus labios se ahogó contra su hombro. Grady la siguió, se derramó hasta el éxtasis total en sus brazos. Se quedaron en el escritorio durante varios minutos, unidos y abrazándose mientras recuperaban el aliento.

—Tal vez deberíamos colarnos en Whites algún día como lo hicimos una vez y completar nuestra excursión. Debo admitir que el escritorio es un invento maravilloso para tales encuentros.

Él negó con la cabeza, riendo por sus travesuras, que habían sido muchas desde que se casaron. —Eres un problema, tal como dije que eras.

—Y tú eres mi problema, tal como siempre supe que serías.

Eso era. Siempre y para siempre.

Mío.

Suya.

Suyo.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

